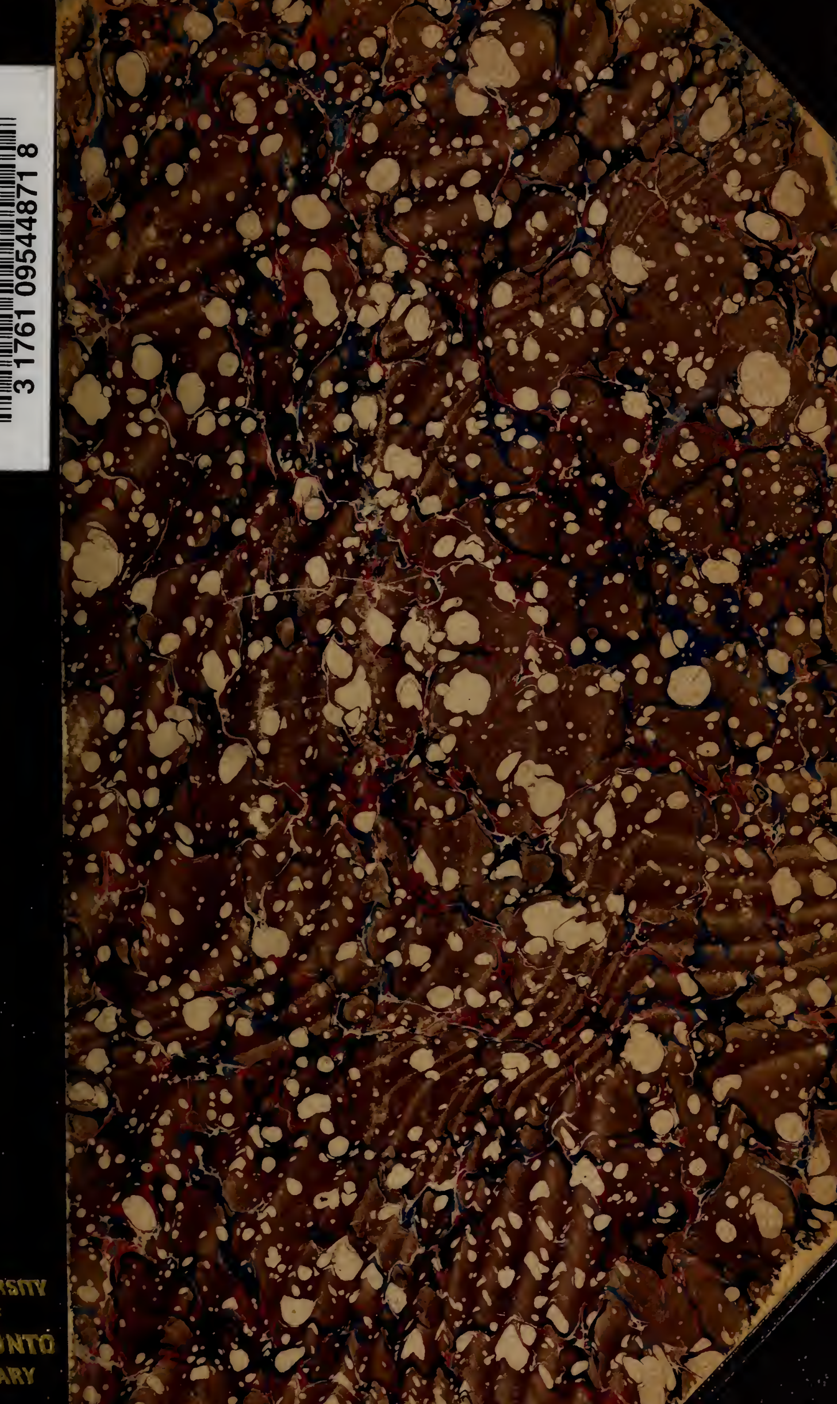


BIBLIOTECA ESCOGIDA.

TESORO DE AUTORES ESPAÑOLES.

# POESÍAS SELECTAS

DE

# D. LUIS DE GÓNGORA

## Y ARGOTE,

PRECEDIDAS DE SU BIOGRAFIA

POR

M. G. LL.



MADRID:
IMPRENTA Á CARGO DE TOMÁS ALONSO,
calle de la Justa, 21 y 23, bajo.
1868.

# VIDA

DE

# DON LUIS DE GÓNGORA Y ARGOTE.

No sin cierto recelo acometemos la empresa de formular nuestro juicio sobre las poesías de GÓNGORA, uno de los poetas españoles que ha ofrecido á la crítica literaria las más diversas y hasta opuestas opiniones. Que el trabajo es árduo, lo demuestra de un modo indudable la misma divergencia de los fallos, y si bien es verdad que en la actualidad se ha depurado mucho la crítica en todas las materias á que puede aplicarse, no es fácil medir al génio empleando leyes hasta cierto punto convencionales, y que desde su espresion abstracta y científica, hasta su aplicacion á un punto concreto, sufren, en la mayor parte de los casos, una completa mudanza.

Ninguno de nuestros poetas, ha sido como GÓNGORA objeto á la vez de las más ardientes apologías y de las más graves censuras, privilegio destinado siempre, á todos aquellos que, abandonando los senderos trillados, se lanzan con teme-

ria osadía por caminos aún inesplorados. Tarea muy larga seria el indicar, aunque fuera sumariamente, las peripecias y distintas fases porque ha atravesado la lucha tan notable en nuestros fastos literarios, entre los partidarios del culteranismo y los adeptos de la sencillez y naturalidad clásicas; pero ocupándonos de GÓNGORA, no podemos prescindir de examinar el fondo de esta cuestion, ni de apuntar las consecuencias que para nuestra literatura ocasionó la revolucion iniciada por este célebre poeta, más conocido frecuentemente por sus estravíos, que por aquellas obras que bastan para tejerle una inmarcesible corona, digna del más preclaro ingénio.

Con solo advertir que algunos de sus poemas, aunque cortos, y varias de sus composiciones, han provocado largos comentarios, creemos haber apuntado lo suficiente, para que se comprenda la índole del génio de GÓNGORA, y sus tendencias á separarse de la senda trazada por sus antecesores, que él creyó recorrida en toda su estension y buena tan solo para los talentos adocenados. Los célebres ingénios, los que poseen en sí mismos el maravilloso don de la intuicion propia, al adquirir la conciencia de sus fuerzas, propónense á las veces los más elevados fines, é impulsados tambien por el ardiente anhelo de la originalidad, suelen estraviarse en su camino, ó medir inexactamente sus fuerzas y recursos.

Lo original, no es, ni puede ser lo estraordinario, ni lo estravagante; debe tal cualidad realizarse dentro de la comun medida, y si bien esto presenta respetables dificultades, tambien en cambio es mayor la gloria que resulta del triunfo.

Cuando GÓNGORA se dedicó al cultivo de las musas, ya la lengua castellana habia llegado á su mayor grado de esplen-

dor. Notabilísimos poetas habian enriquecido nuestra literatura con famosas producciones, y era tanto más difícil conquistarse un nombre respetable en la república de las letras, cuanto mayor era la competencia. Y si esto podia considerarse árduo é inseguro, ¿hasta qué estremo no se aumentarian las dificultades y los obstáculos, cuando se menospreciaba el ser par entre los mejores, y se aspiraba á ocupar el primer puesto y gozarle, imponiéndose á todos con el irresistible influjo de la victoria? Tal presuncion debia provocar naturales pugnas, que habiéndose originado en el amor propio, en lo que podriamos llamar propiamente el *genus irritabile vatum,* habrian de distinguirse por su acritud y destemplanza.

Pero antes que descendamos á tales pormenores, y antes tambien de ocuparnos de los apuntes biográficos de GÓNGORA, siguiendo fielmente el plan que hemos adoptado, creemos preciso investigar los orígenes del culteranismo, no con la profundidad y trascendencia que reclamaria una obra especial literaria, sino con la sobriedad que nos impone el límite á que debemos sujetarnos.

El renacimiento que tanto influjo ejerció en la literatura europea, así como en las demás bellas artes, debió naturalmente producir una importante y profunda modificacion en el modo de ser de nuestro desarrollo literario. Las frecuentes comunicaciones, que durante los siglos XV, XVI y XVII se establecieron entre la Península española é italiana, al mismo tiempo que contribuyeron poderosamente á esta influencia, produgeron tambien la revolucion literaria iniciada por Boscan y Garcilaso, la cual, despues de una lucha con nuestra poesía original, alcanzó un predominio indisputable sobre nuestros más preclaros ingénios.

Los metros italianos, y los más célebres poetas de aquella nacion, fueron desde entonces adoptados como modelos entre los más notables cultivadores de la poesía castellana, y el género original, quedó reservado esclusivamente para las producciones literarias, que inspirándose en el sentimiento y en las tradiciones naturales, rechazaban, ó hablando con más propiedad, desconocian las combinaciones estudiadas de los poetas italianos y sus tendencias hácia el clasicismo latino y griego.

En un principio, redújose esta imitacion á límites justos y razonables, y los nombres de Fray Luis de Leon, de Rioja, de Herrera y algunos otros eminentes vates, vienen naturalmente en apoyo de este aserto. Sin embargo, lo mismo en Italia que en España, una vez abierta esta nueva senda, no faltaron ingénios que penetrasen por ella hasta los últimos estremos, y que, desdeñando la sencilla y significativa poesía popular, dedícasen toda su atencion al estudio de los clásicos, cuyas bellezas y hasta defectos se intentaban copiar con la mayor exactitud posible, sin tener en cuenta, ni la diferencia de los tiempos, ni la índole diversa de ambas sociedades.

Bien pronto, al mismo tiempo que se traducian con especial predileccion las obras maestras de las literaturas clásicas antiguas, todos los poetas aspiraron á seguir aquellos modelos, y así como la mitología habia sido una fuente inagotable de belleza para las artes de Grecia y Roma, así tambien se trató de beber en ella la inspiracion que no podian dar, tratándose de una sociedad cuyas bases fundamentales eran completamente opuestas. Por eso estas manifestaciones de la poesía tenian mucho de convencional y arbitrario, y jamás pudieron encarnarse en el sentimiento popular, que

no comprendia los atractivos que encerraban ideas y afectos, que para él no tenian significacion alguna.

Hubo además otra tendencia, que ya no tenia por principal objeto el aspirar á la elevacion, por medio de la imitacion clásica, sino que siguiendo diverso rumbo, pensó que el mérito consistía en la oscuridad, en la profundidad aparente y rebuscada de los conceptos, en el artificio del estilo, en una palabra, en todo aquello qne se sale de los límites de lo usual y acostumbrado. El fundador de esta escuela, pues tal nombre merece por el respetable número de sus secuaces. fué Alonso de Ledesma, que en un tomo de poesía que tituló *Conceptos espirituales*, llevó la exageracion y el artificio hasta un estremo difícil de concebir y espresar. Entre los *conceptistas*, figuraban en primer lugar los escritores místicos, que introdugeron aquel estilo metafórico hasta en la oratoria sagrada. La influencia del *conceptismo* ha sido notable en nuestra literatura, pues de él encontramos vestigios, aun en los más célebres escritores pertenecientes al siglo de oro de nuestra literatura.

Sin embargo, los que no podian aspirar á la espresion de ideas elevadas y metafísicas por medio de oscuros y embrollados conceptos, apelaron, para dar novedad á sus escritos á la lengua latina, tomando de ella muchos giros, muchos vocablos, y afectando un hiperbaton tan exagerado, que escede con mucho los límites que permite la índole de nuestra lengua, aun con ser de todas las neo-latinas, una de las que más se presta á los giros clásicos.

Caracterizó esta escuela Vasco Diaz de Fregenal, que floreció á mediados del siglo XVI. Para que pueda juzgarse de su estilo, copiamos á continuacion algunas líneas de un prólogo que puso á su libro, titulado: *Veinte triunfos*, que dedica

á veinte duques españoles, empleando las siguientes palabras:

«Baste que la ferventísima afectacion y la observantísima veneracion que á vuestras dignísimas y felicísimas señorías debo, á la dedicacion de mis *Veinte triunfos* me ha convidado. Como quiera que más coronas ducales segun mi noticia, en la indómita España no hay, verdaderamente el presente es de poco precio, y las obras de menos valor, y el autor de ellas de menos estima. Pero su apetitosa observancia, su afeccionada fidelidad y su optativa servidumbre por las nobilísimas bondades y prestantísimas virtudes de vuestras escelentes y dignísimas señorías, en algun precio estimadas ser merecen.»

La poesía, aunque no tan plagada de violentas trasposiciones y de vocablos latinos, porque en este punto las mismas dificultades y exigencias del metro, ponian un límite á la deplorable exhuberancia de este autor, no por eso deja de obedecer al mismo sistema. Sirva de ejemplo la siguiente estrofa, tomada de uno de sus *Veinte triunfos* (1).

"Al tiempo que el fulminado
Apolo muy radial
Entraba en el primer grado
Do nasció el bello dorado
En el equinocial;
Pasado el punto final
De la espérica nacion,
Su máquina mundanal
Por el curso occidental
Equitando en Phelegon."

De lo que precede, y teniendo en cuenta las diferentes influencias esteriores á que obedeció nuestra literatura nacional en su desarrollo, observamos la tendencia á salir por uno ú otro camino de los límites de la razon y del buen gusto;

(1) *Triunfo nupcial vandálico*, folio IX.

para lanzarse en brazos de la estravagancia, hasta el más completo olvido, no ya de las reglas de los preceptistas, que nunca á ellas se sujeta el génio, sino de las que imponen las eternas leyes de la belleza.

El que debia dar el último paso en esta errada senda, sintetizando todos los estravíos, fué Góngora, quizá el más eminente de nuestros poetas líricos, y que sin esta circunstancia, que ha perjudicado sobremanera á su nombre, tomado despues como sinónimo de perversion del buen gusto, acaso no hubiera hallado quien le disputára el primer puesto en nuestro Parnaso.

D. Luis de Góngora y Argote, pues ya creemos llegada la ocasion de consignar sus antecedentes biográficos, nació en la ciudad de Córdoba, en la nobilísima pátria de los Lucanos y los Sénecas, el jueves 11 de Julio de 1561 (1). Su padre fué Francisco Argote, distinguido letrado, corregidor de Madrid y de otras varias ciudades, y su madre Doña Leonor de Góngora. Deberia por lo tanto llamarse Argote y Góngora; pero siguiendo una costumbre muy comun en aquel tiempo, colocó en primer lugar el apellido materno, por parecerle más sonoro y distinguido.

A los quince años abandonó Góngora el hogar paterno, marchando á Salamanca á dedicarse á los estudios. Las intenciones de su padre eran que siguiese la carrera del foro; pero el jóven escolar, se fastidió muy pronto de las leyes, y se entregó con especial predileccion al cultivo de las musas, en

(1) Pellicer, *Lecciones solemnes*. Puede verse tambien la edicion que de las poesías de Góngora, publicó Hoces en Madrid, 1634, en 4.º A la cabeza del tomo, figura una corta biografía, en estilo por demás campanudo y estrafalario, en la cual á vueltas de muchos circunloquios oscuros y pedantescos se dan algunas noticias biográficas de escaso interés.

lo cual demostró muy á los principios un privilegiado y fecundo ingénio.

En 1584, es decir, cuando GÓNGORA contaba solamente 23 años, ya es citado con encomio por Cervantes en su *Galatea*, é igual recuerdo mereció en el *Viage al Parnaso*, debido tambien á la pluma del príncipe de nuestros ingénios.

GÓNGORA, compuso todas sus poesías amatorias y satíricas mientras que seguia sus estudios en la universidad Salmanticense, por lo cual alcanzó una merecida fama entre todos los que entonces se dedicaban al cultivo de la poesía, por las altas dotes, fecundidad, elevacion y soltura que se revelaban en todas sus composiciones, aun en aquellas que menos pretensiones encerraban.

Ignórase la causa que le indujo á abrazar el estado religioso, costumbre muy frecuente en aquellos tiempos entre los poetas, y que en nuestro concepto, en la mayor parte, más que á una especial vocacion, debe achacarse á necesidad de apelar á los beneficios eclesiásticos, en una época en que las letras no podian considerarse como una profesion.

A pesar de haber pretendido GÓNGORA por espacio de once años algun cargo ó empleo que le ayudase á cubrir sus necesidades más urgentes, al cabo de este tiempo solo obtuvo un beneficio en la Iglesia de Córdoba, su pátria. Por los años de 1591, volvió GÓNGORA á Salamanca, acompañando al canónigo Alonso Venegas, que llevaba el encargo de prestar obediencia en nombre del cabildo al obispo Jerónimo Aguayo y Manrique.

Estando en esta ciudad, en donde habian trascurrido los alegres y borrascosos dias de su mocedad, padeció una aguda dolencia, que le tuvo sumido por espacio de

tres dias en un letargo tan profundo que ya se le consideraba como muerto (1).

Despues que se hubo repuesto de su enfermedad regresó á la córte; pero por más que su ingénio era conocido y estimado, tanto por los monarcas, como por los nobles, algunos de los cuales, aficionados á la poesía, se vanagloriaban de seguir sns huellas, no alcanzó ningun favor de la Córte, y á esto sin duda debe achacarse, tanto una composicion en tercetos como algunos sonetos que dirigió contra las intrigas y desengaños que esperimentan los que se ven en el amargo trance de pretender algun cargo ó empleo.

Sin embargo, su mérito no pasó desconocido, y al cabo de largos años de pacientes peticiones, el Duque de Lerma, valido à la sazon de Felipe IIì y el Marqués de Siete Iglesias, D. Rodrigo Calderon, le nombraron para una capellanía de honor. Muerto Felipe III, y habiendo obtenido la absoluta privanza de su sucesor el célebre Conde-Duque de Olivares, á instancias de Góngora, fueron agraciados dos sobrinos suyos con el hábito de Santiago, gracia que demuestra de un modo indudable, que aunque tarde, se habia hecho justicia al preclaro ingénio del ilustre poeta.

Cuando el año de 1826 se trasladó la córte temporalmente á Aragon, Góngora siguió á los Reyes; pero enfermó tan gravemente, que se temió por su vida. Entonces recibió muestras inequívocas del afecto de los monarcas, pues la esposa de Felipe IV, Isabel de Borbon, dió órdenes á sus propios médicos para que empleasen todos los recursos de la ciencia en favor del distinguido vate. Aunque se restableció de aque-

(1) En uno de sus sonetos, que comienza:

"Muerto me lloró el Tormes en su orilla"

alude con su natural donaire y gracia á este suceso.

lla peligrosa enfermedad, su cerebro quedó lastimado hasta el punto de perder la facultad de la memoria, contratiempo que le disgustó tan profundamente, que tan luego como pudo arrostrar las incomodidades del viaje, regresó á Córdoba. Poco tiempo disfrutó GÓNGORA de su voluntario retiro, pues en la tarde del lunes 23 de Mayo de 1627 entregó su alma al Criador, á la edad de sesenta y seis años.

Fué sepultado en la capilla de San Bartolomé de la catedral de Córdoba, patronato de su familia.

Por esta breve reseña de su vida, compréndese fácilmente que la fortuna no se le mostró muy propicia. En algunas cartas que de él se conservan, se duele con varios amigos íntimos de su pobreza, compañera inseparable en la mayor parte de las ocasiones del génio.

No consintió GÓNGORA que sus composiciones se imprimiesen durante su vida, por más que fuesen sumamente conocidas y celebradas por las muchas copias manuscritas que de ellas circulaban, especialmente en la córte.

D. Jerónimo de Hoces imprimiólas por primera vez en Madrid el año de 1639, precedidas de una biografía escrita en un estilo conceptuoso y enfático, segun ya más arriba dejamos indicado, y que es digno de las *Soledades,* de la *Fábula de Polifemo y Galatea* y del *Panegírico del Duque de Lerma,* obras en las cuales GÓNGORA desplega el *culteranismo*, de que fué iniciador hasta los más exagerados límites. En 1654 volvió á imprimirse la edicion de Hoces con algunas adiciones, y sobre ella se hicieron posteriormente otras varias en Sevilla, Zaragoza, Lisboa, Bruselas y en otros puntos, más ó menos aumentadas, más ó menos corrompidas.

Hiciéronse además otras varias ediciones parciales por sus comentadores, tales como la de Pellicer, que comentó

los poemas titulados las *Soledades*, el *Panegírico al Duque de Lerma*, el *Polifemo*, y el romance de *Píramo y Tisbe*; la de García de Salcedo Coronel, que hizo lo propio con todas las obras de arte mayor; la de Francisco de Anaya, que esplicó la *Soledad primera*; la de Pedro de Rivas, que comentó las *Soledades primera y segunda*, y la de Salazar y Mardones, que verificó esto mismo con el romance de *Píramo y Tisbe*.

Las poesías escogidas de Góngora se imprimieron tambien en la coleccion de Fernandez, formando el tomo IX, que no llega á 200 páginas. Esta edicion hecha en Madrid el año de 1789, es en estremo incorrecta, así como las anteriores, y si bien en general no está mal hecha la eleccion, como se reduce á límites demasiado estrechos, deja bastante que desear, pues muchas de las más notables poesías no han podido caber en tan reducido espacio. La edicion de Fernandez volvió á repetirse sin cambio notable en Madrid el año de 1820.

Todas las ediciones citadas escasean en estremo, y esto ha sido causa de que las obras de tan notable ingénio sean poco conocidas de la generalidad, que no ha tenido ocasion más que de ver algunas composiciones sueltas en los tratados de Retórica y de Literatura Española.

La edicion más completa de todas es la que forma parte del tomo XXXII de la *Biblioteca de Autores Españoles*, de Aribau, en la cual figuran todas las poesías, lo mismo las que han grangeado á GÓNGORA un nombre imperecedero y una fama envidiable, que las que han sido objeto de los más virulentos ataques por parte, no solo de sus émulos, sino tambien de los amantes del buen gusto.

Á GÓNGORA no se le puede juzgar de un modo absoluto, si es que se aspira á la exactitud y á la imparcialidad. Sus

poesías festivas, y sus versos cortos ó de arte menor, como entonces se denominaban, denotan á las claras las relevantes prendas que adornaban su talento y el génio de que le habia dotado el cielo para el cultivo de la poesía. En efecto, nada más tierno, espresivo, dulce y melancólico que algunos de sus romances, entre los cuales no podemos resistir á la tentacion de recomendar á nuestros lectores los que comienzan: *La más bella niña, Frescos airecillos, Lloraba la niña.* El primero es acaso de los mejores que se han escrito en lengua castellana. Es imposible pintar con más ternura, con mayor sencillez, candor y verdad, el dolor de una jóven desposada, á quien la guerra arrebata su amado esposo.

Los romances amorosos brillan tambien por la galanura de la frase, por la fluidez de la diccion, y muchos de ellos son dignos de figurar á la cabeza de los mejores de nuestro popular Romancero, tan rico en esta clase de joyas literarias.

Del mismo modo brilla Góngora tambien en primera línea en los romances, letrillas y décimas satíricas, en donde se censuran las costumbres y se ridiculizan los vicios con esquisita gracia, con inimitable chiste y con una ligereza y oportunidad que no han alcanzado quizá ninguno de los demás poetas españoles de cuantos cultivaron con predileccion este género.

En todos dejó Góngora muestras inequívocas de su fecundo génio; pues si bien en las canciones heróicas y en algunos de los sonetos se notan ya de un modo visible los resabios del género que inició en la literatura, en muchas de estas composiciones, y siempre que se ha contenido en los límites del buen gusto, nadie le ha aventajado, ni en la elevacion de pensamiento, ni en la elegancia, majestad y brillo de la

diccion, ni en el vuelo de las imágenes. Sus versos de arte mayor, cuando no se hallan afeados por los lunares del culteranismo, son rotundos, fluidos y numerosos.

Hablando de los sonetos, no podemos olvidar el que comienza: *La dulce boca que á gustar convida*; otro, cuyo primer verso es el siguiente: *Raya dorado sol, orna y colora*; uno dirigido al Guadalquivir; otro á los celos; otro á Córdoba; algunos más que omitimos por evitar la proligidad, pero que nuestros lectores encontrarán entre los que coleccionamos con el mayor esmero que nos ha sido posible. Ninguno de ellos perderia nada puesto en parangon con los mejores que poseemos de otros poetas; y otro tanto podemos decir de algunas canciones heróicas, líricas y amatorias, que pueden considerarse tambien como de primer órden.

En una palabra, de ningun poeta castellano pueden elegirse tantas cosas buenas: ninguno como él ha sabido llegar en unos puntos á la sublimidad, la elevacion, la majestad y el númen; amoldarse á la sencillez encantadora y hasta infantil en algunos romances y letrillas ligeras, ni esgrimir el arma de la crítica con tanta sal, donaire, gracia é intencion.

Como complemento de los juicios que acabamos de emitir, y tratando siempre de apoyar nuestros asertos en verdaderas autoridades, tanto para la mejor ilustracion de la materia, como para comprobarla con testimonios dignos de respeto, insertamos á continuacion el concepto que ha merecido Góngora á algunos de sus contemporáneos, entre los cuales figuran nombres tan insignes como los de Lope de Vega, Cervantes y Saavedra Fajardo.

# JUICIO CRÍTICO

## DE LAS POESÍAS DE GÓNGORA.

### De Lope de Vega.

(En una respuesta á un señor de estos reinos, en que da su parecer en razon de la nueva poesía).

El ingénio de este caballero, en mi opinion, es el más raro y peregrino que he conocido en aquella provincia, y tal, que ni á Séneca ni á Lucano, nacidos en su pátria, le hallo diferente, ni á ella por él menos gloriosa que por ellos... Escribió en todos los estilos con elegancia, y en las cosas festivas, á que se inclinaba mucho, fueron sus sales no menos celebradas que las de Marcial, y mucho más honestas. Tenemos singulares obras suyas en aquel estilo puro, continuadas por la mayor parte de su edad, de que aprendimos todos erudicion y dulzura, dos partes de que debe constar el arte... Mas no contento con haber hallado en aquella blandura y suavidad el último grado de la fama, quiso, á lo que siempre he creido, con buena y sana intencion, y no con arrogancia, como muchos que no le son adeptos han pensado, enriquecer el arte y aun la lengua con tales exornaciones y figuras, cuales nunca fueron imaginadas, ni hasta su tiempo vistas.

### De Francisco Cascales.

(En carta á Luis Tribaldos de Toledo).

¿Quién puede presumir de un ingénio tan divino que ha lustrado la poesía española á satisfaccion de todo el mundo;

ha engendrado tan peregrinos conceptos; ha enriquecido la lengua castellana con frases de oro felicemente inventadas, y felicemente recibidas con general aplauso; ha escrito con elegancia y lisura, con artificio y gala, con novedad de pensamientos y con estilo nuevo, lo que ni la lengua puede encarecer ni el entendimiento acabar de admirar, atónito y pasmado, que habia de salir ahora con ambagiosos hipérbatos, y con estilo tan fuera de todo estilo, y con una lengua tan llena de confusion?

(En carta á D. Francisco del Villar).

Digo, pues, conformándome con vuestra merced, que á ese caballero siempre le he tenido y estimado por el primer hombre y más eminente de España en la poesía, sin escepcion alguna, y que es el cisne que más bien ha cantado en nuestras riberas. Así lo siento y así lo digo. Pero como yo concedo esto, me ha de conceder vuestra merced y todos los doctos, que han de ser en esto solamente oidos, que aquella oscuridad perpétua debe ser condenada.

### De D. José Pellicer y Tobar.

(En *El Fénix*, Madrid 1630).

El príncipe de los poetas españoles, nuestro gran cordobés D. Luis de Góngora, solo comparable á Píndaro de los griegos, cuyas obras salieron á luz póstumas con nombre del Homero español, título desigual, si no por el génio, por lo escrito; que D. Luis jamás escribió poema épico. Solo vagó como Claudiano, igualando á Marcial en sus sales.

### De D. Diego Saavedra Fajardo.

(En la *República Literaria*).

En nuestros tiempos renació un Marcial cordobés en Don

Luis de Góngora, requiebro de las musas y corifeo de las gracias, gran artífice de la lengua castellana, y quien mejor supo jugar con ella y descubrir los donaires de sus equívocos con incomparable agudeza. Cuando en las veras deja correr su natural es culto y puro, sin que la sutileza de su ingénio haga impenetrables sus conceptos, como le sucedió despues, queriendo retirarse del vulgo y afectar la oscuridad: error que se disculpa con que aun en esto mismo salió grande y nunca imitable. Tal vez tropezó por falta de luz su *Polifemo*, pero ganó pasos de gloria. Si se perdió en sus *Soledades*, se halló despues tanto más estimado, cuanto con más cuidado le buscaron los ingénios y esplicaron sus agudezas.

**De Fray Andrés Ferrer de Valdecebo.**

(En el *Templo de la Fama*, Madrid 1860).

Á todas estas estátuas hacian frente, en órden diferente, otras tan valientes y famosas, y se leia el letrero de la primera, que decia: *El Taso* ¿no es el *Torcuato?* Sí, y puede ser collar de oro del mismo Apolo. Le hacia lado la de *Garcilaso*, príncipe en lo lírico, y en ambas otra con culto fabricada, y decia la letra de la tarjeta: Góngora, *natural de Córdoba.* Este no ha tenido segundo ni quien le imíte; y si igualáran á los versos los asuntos, habia de tener mejor lugar que Homero.

**De Cervantes.**

(En el *Canto de Caliope*) (1).

En Don Luis de Góngora os ofrezco
Un vivo raro ingénio sin segundo:
Con sus obras me alegro y enriquezco
No solo yo, mas todo el ancho mundo:
Y si por lo que os quiero algo merezco,

(1) *Galatea*, libro VI.

Haced que su saber alto y profundo
En vuestras alabanzas siempre viva
Contra el ligero tiempo y muerte esquiva.

En otro lugar dice el mismo Cervantes (1):

Estotro que sus versos encarama
Sobre los mismos hombros de Calisto,
Tan celebrado siempre de la fama,
Es aquel agradable, aquel bienquisto,
Aquel agudo, aquel sonoro y grave
Sobre cuantos poetas Febo ha visto:
Aquel que tiene de escribir la llave
Con gracia y agudeza en tanto extremo,
Que su igual en el orbe no se sabe;
Es Don Luis de Góngora, á quien temo
Agraviar en mis cortas alabanzas,
Aunque las suba al grado más supremo.

En algunos de los anteriores juicios se alude al *culteranismo*, y esto nos conduce naturalmente á tratar esta cuestion, que es de suma importancia, puesto que no atañe solamente á una sola personalidad, sino que por el contrario, influyó de un modo notable y por largo tiempo en el giro que tomaron, no solo la poesía, sino tambien los demás ramos de la literatura.

Hemos consignado más arriba las diversas tentativas que antes de Góngora se habian hecho para sacar de su verdadero camino á la poesía, ya por medio de la imitacion de la antigüedad clásica, ya amoldándola á las formas italianas, ya empleando los más metafísicos é intrincados conceptos; réstanos ahora hablar del *culteranismo*, que este nombre tomó la escuela fundada por Góngora en las *Soledades*, en el *Polifemo* y en el *Panegírico al Duque de Lerma*.

De estos poemas no podíamos prescindir por completo, si habíamos de dar una idea cabal y exacta del escritor de que nos venimos ocupando, y por esta causa, y tambien para que

(1) *Viaje al Parnaso*. cap. II.

nuestras palabras puedan recibir la necesaria comprobacion, y sean corregidos algunos asertos, si pareciesen infundados, hemos incluido en el presente tomo, como muestra del género culto, la fábula de *Polifemo y Galatea* al lado de las mejores producciones de GÓNGORA, pues de otro modo la coleccion sería á todas luces incompleta. Por lo demás, como este poema, así como los otros dos citados, apenas son conocidos de la generalidad, y en ellos se fundan los cargos que contra GÓNGORA se dirigen, creemos oportuno insertar al menos uno de ellos, que da una idea exacta de los demás, puesto que todos obedecen al propio espíritu. De este modo creemos haber alcanzado nuestro propósito, que era coleccionar las obras selectas de GÓNGORA, y ofrecer una agrupación preciosa y relativamente completa.

Supuestos estos antecedentes, ya es tiempo de que abordemos de frente la cuestion. Algunos escritores, y entre ellos el anglo-americano Tiknor (1), al ocuparse del orígen del culteranismo, le hacen derivar de la escuela conceptista que hemos mencionado anteriormente, y suponen que al observar GÓNGORA el fruto escaso que habia obtenido en la córte con sus primeras poesías, y viendo el favor que entre los nobles gozaban los conceptistas, se propuso seguir este ejemplo, aunque amoldándole á su carácter, y creando sobre aquellos elementos un género nuevo; que por lo regular no sigue el verdadero génio los trillados senderos.

No podemos negar, porque si así lo hiciésemos, incurriríamos en una visible inexactitud, que la escuela conceptista no hubiese influido en la aparicion del *culteranismo*; y tampoco debe olvidarse que el favor y estimacion que alcan-

(1) *Historia de la Literatura Española*, tomo III.

zaron en la córte los escritos de Góngora que obedecian á esta aspiracion, no hubiesen contribuido á lanzar por esta senda á nuestro poeta; pero el principal orígen debe buscarse en otra parte.

El superior génio de Góngora no podia satisfacerse, segun ya hemos indicado, con un puesto secundario en el Parnaso español; sentia dentro de sí mismo el impulso creador de los talentos privilegiados; queria esceder y sorprender á todos elevándose á inmensa altura, no solo sobre los poetas que hasta entonces le habian precedido, sino sobre sus contemporáneos.

Esto no podia realizarse sino por dos diferentes caminos, y precisamente las circunstancias obligaron á Góngora á escoger el peor. La intolerancia escesiva que paralizaba los vuelos del pensamiento; que encerraba como en un círculo de hierro todas las manifestaciones que estaban en aparente contradiccion con las creencias; que ahogaba el cultivo de la filosofía y de todas las demás ciencias, era causa de que los ingénios españoles tuviesen que dedicarse á aquellos ramos que no ofrecian tan inminentes peligros. La verdad, compañera inseparable de la belleza, veíase perseguida tan luego como se manifestaba de un modo algun tanto atrevido, y por una reaccion fácil de esplicar; así como en otros países se profesaba la más absoluta tolerancia, que rayaba ya en la licencia y en la anarquía, en España, para evitar estos escesos, se incurria en otros quizá más perjudiciales é infecundos.

No pudiendo, por lo tanto, trabajarse en el fondo del pensamiento, agotábanse las combinaciones de la forma, y los privilegiados ingénios, encontrándose encerrados en los límites de una estrecha valla, que no les era dado atravesar,

queriendo buscar la originalidad y lo nuevo por caminos impropios, llegaban á la exageracion y al mal gusto.

Por lo demás, cuando una innovacion tan atrevida como la que GÓNGORA introdujo en la poesía, se arraigó tan fácilmente, cuando mereció, no solo el aplauso, sino tambien la imitacion entre las gentes más sábias; cuando su ejemplo contagió aun á los que más esfuerzos hicieron por evitar aquella revolucion, es indudable que el terreno estaba preparado para esto, pues no debe suponerse, que un hombre solo influya tan poderosamente, cuando no existen causas anteriores y antecedentes que auxilien con eficacia sus tendencias y aspiraciones.

Desde que GÓNGORA hizo sus primeros ensayos en el género *culto* (1), adquieren sus obras gran favor en la córte, y entre los aristocráticos ingénios, y su ejemplo no tardó en ser seguido por muchos poetas, que no poseyendo su génio, no conservaban en los estravíos las grandes bellezas que el iniciador derramó aun en sus más exagerados poemas.

Los principales imitadores y secuaces de GÓNGORA, fueron el conde de Villamediana, D. Francisco de Córdoba, abad de Rute, D. José Antonio de Salas, el maestro Francisco del Villar, Martin Vazquez Ciruela, D. Juan Andrés Uztarroz,

---

(1) D. Félix de Arteaga, llamado tambien el padre Paravicino, imitador de GÓNGORA, hablando de este poeta dice:

Hijo de Córdoba grande,
Padre mayor de las musas,
Por quien las voces de España
Se vén de bárbaras, *cultas*.

Á esta manera de espresar las ideas el docto humanista Bartolomé Perez Paton dió el nombre de *culteranismo*, segun se desprende de los siguientes versos de Lope de Vega:

Gente ciega, vulgar y que profana
Lo que llamó Paton *culteranismo*.

D. Martin de Angulo y Pulgar y otros mucho menos notables, y cuya enumeracion nos llevaría más lejos de nuestro propósito.

Contra esta escuela, se declararon con una unanimidad notable los más distinguidos poetas españoles, entre los cuales debemos citar como confirmacion de este aserto, nombres tan respetables como los de Lope de Vega, Quevedo, los Argensolas, Jáuregui y Cascales, y desde aquel momento se declaró una guerra enconada entre unos y otros; llovieron versos satíricos y mordaces por una y otra parte, y con frecuencia se olvidaron los límites de la decencia y el decoro.

Cada nuevo poema que aparecia de Góngora exacerbaba más y más la irritacion de los ánimos, y como en el arte de esgrimir las armas de la sátira, muy pocos ó ninguno escedia á Góngora, contestaba este á tales ataques con escritos no menos mordaces é intencionados.

Lope de Vega, que jamás habia profesado gran simpatía por Góngora, á pesar de lo que algunos escritores han afirmado, tomando en recto sentido varias alabanzas que le dirigió, fué uno de los que más se señalaron en esta cruzada contra Góngora, el cual volvia golpe por golpe, con la rudeza propia de su enérgico carácter.

No cumple á nuestro propósito el consignar aquí las composiciones á que dió ocasion aquella cruda contienda; pero en su lugar correspondiente, encontrarán nuestros lectores algunos sonetos que Góngora escribió en defensa de sus censurados poemas.

Entre los manuscritos que se hallan en la Biblioteca Nacional, hay uno señalado con la signatura X, 87, que contiene muchas de esas composiciones, y entre ellas escogemos la siguiente quintilla que Góngora dirigió á Lope de Vega,

en contestacion á algunos ataques del fénix de nuestros ingénios:

> Dícenme que hace *Lopico*
> Contra mí versos adversos;
> Pero, si yo versifico
> Con el pico de mis versos
> Á este Lopico, *lo pico.*

Pero ni los esfuerzos de Lope de Vega, ni los de Quevedo y algunos de nuestros mejores poetas fueron suficientes para contener aquel devastador torrente que inundó toda nuestra literatura, hasta el estremo de que los mismos contrarios se resintieron de su influencia. Quevedo que se distinguió en muchas composiciones por sus ataques contra el *culteranismo*, revela en algunos de sus versos que rindió párias al ídolo del dia, y que no pudo resistir al impulso de la moda, y no solamente el gongorismo se dejó sentir en la poesía lírica, sino que tambien invadió todos los demás géneros, y con especialidad el teatro, como lo atestiguan muchas producciones del fecundo Lope de Vega y las más notables del insigne Calderon.

La prosa no tardó en obedecer tambien á esta influencia, y del mismo modo que el conceptismo, invadió no solo los libros, sino hasta la elocuencia sagrada. Entonces todos aspiraron á velar el pensamiento, y la oscuridad se consideró como el primer mérito de un escrito.

Por lo demás, ¿cuál era la índole y tendencias de la revolucion ocasionada por GÓNGORA en las letras españolas? ¿En qué consistía la esencia y el fondo del culteranismo? Para contestar á estas cuestiones debemos dirigir nuestra vista á los orígenes de nuestra literatura, pues jamás nos cansaremos de repetir, que no hay ningun hecho que aparezca en un tiempo dado, que no reconozca una lenta y anterior preparacion.

Ya desde los primeros momentos de la poesía castellana, se notan declaradas tendencias hácia una division, que muy pronto apareció completamente definida y limitada. Así como habia poetas que procedian del pueblo, vivian para el pueblo, se inspiraban en los asuntos populares y trataban de reflejar la sociedad en que vivian, existian otros por el contrario, que esperimentando el influjo del renacimiento de las letras clásicas, aspiraban á crear un lenguage esclusivamente poético, desdeñando el empleo de las locuciones vulgares, y siguiendo un camino totalmente distinto del que habian adoptado los vates populares.

Dentro de esta escuela que podemos llamar erudita, algunos llevaron las tendencias clásicas hasta un límite más exagerado, dedicándose no solo á la imitacion en la parte puramente formal, siño en lo que se refiere al fondo; es decir, al elemento interno de la poesía.

Entonces para la inteligencia de las producciones de los más elevados ingénios, se necesitaba el conocimiento de los clásicos antiguos, y el de los principales elementos de la cultura y civilizacion griega y romana, por lo cual, tal género de poesía no podia ejercer influencia alguna en el vulgo indocto. Góngora dió un paso más en este camino, pero un paso de jigante como son los del génio.

Introduciendo multitud de vocablos de las lenguas latina y griega, adoptando los giros á que estos idiomas sintéticos se prestan admirablemente sin perjuicio de la claridad, buscando la novedad en las imágenes sin cuidarse tanto de la exactitud y la procedencia, y aspirando á lo estraordinario en las comparaciones, velando al propio tiempo el pensamiento bajo oscuras alusiones, sorprendió en un principio con sus poemas que se creyeron como muy superiores á aque-

llos que fácilmente podian ser comprendidos y apreciados.

Creyóse que el sentimiento y comprension de la belleza, estaban destinados tan solo á las inteligencias privilegiadas, y se graduó el mérito en razon de la oscuridad. Lo natural, lo espontáneo, lo que encerraba la belleza en el sentimiento, se consideró como vulgar é indigno de ocupar á las inteligencias privilegiadas, y una multitud de poetas que no podian aspirar á sorprender y admirar, limitándose á los antiguos senderos, se entregaron con entera decision á seguir las huellas de GÓNGORA; mas siendo muy inferiores á él en el talento, llevaron la exageracion hasta un punto casi inconcebible.

Por mucho tiempo las letras españolas gimieron bajo el yugo del mal gusto, y sucedió despues lo que era de esperar, que cuando se trató de restaurar la literatura, se recayó en el estremo opuesto, encomiándose un realismo tambien infecundo, preconizándose la sujecion servil á los preceptos, sujetando á medida las espontáneas manifestaciones del génio, y condenando como improcedente, todo lo que no se amoldaba á las frias y convencionales leyes de los preceptistas.

Como en otra ocasion tendremos motivo suficiente para juzgar con la detencion que se merece esta reaccion que se esperimentó en la literatura, hacemos aquí punto, pasando á justificar el método que hemos seguido en la presente coleccion, en la cual hemos procurado encerrar cuanto más notable y característico ofrece el escritor de que nos ocupamos.

Las obras de GÓNGORA son bastante numerosas y de diversos géneros, segun ya hemos indicado más arriba. Sonetos, canciones heróicas, heróticas, líricas, fúnebres y sacras;

letrillas amatorias y satíricas; décimas; romances de diversas clases y poemas, en los cuales brilla principalmente el nuevo estilo culto, son las producciones que nos ha legado la fecunda pluma de este notable ingénio.

Entre los sonetos hay algunos que pueden figurar en primera línea, aun refiriéndonos á los más perfectos, y todos ellos aparecen en esta coleccion, no habiendo descartado más que los que tienen escaso mérito, ó aquellos que se dirigen á personas particulares, y que hoy no tienen ya otra significacion que la que puede darles el nombre de su autor.

Atendiendo á esta circunstancia, teniendo presente tambien que muchas de estas composiciones no pueden considerarse, como producto del espontáneo génio del poeta, sino como el resultado de sus compromisos, solo hemos dejado aquellas de verdadera significacion en todos tiempos y paises y cuyo mérito es intrínseco é indisputable.

Las canciones líricas y eróticas figuran todas en esta coleccion, al lado de algunas heróicas, que responden á un sentimiento patriótico y levantado, ó que se han inspirado en asuntos de gran interés para la literatura. Esto nos ha movido á insertar dos de ellas, una dirigida á la traduccion de *las Luisadas* de Camoens hecha por Tapia, y otra al sepulcro del célebre poeta español Garcilaso.

Este método nos ha permitido dar gran estension á la parte de letrillas y romances, entre los cuales se encuentran las más riquísimas joyas del feliz ingénio de GÓNGORA, pues en estas composiciones, se censuran las costumbres de la época con tal gracia, espontaneidad y ligereza, que su lectura no puede ser más amena é instructiva.

Los romances, entre los cuales los hay caballerescos, eróticos, moriscos y burlescos, brillan todos por la ternura

de la frase, por la naturalidad de la espresion, por la galanura y limpidez de sus versos, y entre los satíricos, los hay que pueden pasar por modelos de gracia, oportunidad y donosura.

Finalmente para que pueda comprenderse á este poeta en todas sus distintas fases, no podiamos olvidar el género culto y por este motivo nos hemos decidido á comprender en la coleccion el poemita titulado *Polifemo* de cuya lectura se deducirá, que aunque acreedor á una severa censura, se ha exagerado en demasía el juicio que se ha hecho en este punto de Góngora.

Es indudable, que el culteranismo con todos sus defectos, contribuyó á enriquecer la lengua, á dotarla de nuevos giros y modos de espresion, á darle cierta elevacion en la contestura de la frase, y que si debe execrarse en sus imitadores, tan infelices como son siempre las medianías que se proponen seguir al génio en sus huellas, no es toda la culpa de Góngora, sino de los que se empeñaron en imitarle sin contar con los medios suficientes para tan árdua empresa.

Por lo demás, los escritos *cultos* de Góngora, han sido censurados muchas veces sin haberlos estudiado lo suficiente y aun sin conocerlos; pero en todos ellos hay pasages en los que se observan gran sublimidad en las ideas, y el más brillante colorido, tanto que con ellos se honraria cualquiera de los más famosos poetas de cualquier país y época.

Véanse si no algunos ejemplos que tomamos de la fábula de *Polífemo y Galatea.* Describiendo las aves nocturnas de una gruta, dice:

"Infame turba de nocturnas aves
Gimiendo tristes y volando graves."

Al pintar á Polífemo se espresa en estos términos:

"Ciclope á quien el pino más valiente

Baston le obedecia tan ligero,
Y al grave peso junco tan delgado
Que un dia era baston y otro cayado."

Pintando el efecto del rústico instrumento con que Polífemo distraia sus ócios de pastor, dice lo siguiente:

"La selva se confunde, el mar se altera,
Rompe triton su caracol torcido,
Sordo huye el bajel á vela y remo;
Tal la música es de Polífemo."

Es altamente poética tambien la descripcion que hace de Galatea.

"Purpúreas rosas sobre Galatea
La alba entre lilios cándidos deshoja;
Duda el amor cuál más su color sea,
Ó púrpura nevada ó nieve roja."

.................................................

Al percibir Galatea la ofrenda que le hace su amante Acis á quien todavia no conoce, pinta el poeta la emocion que esperimenta la desdeñosa ninfa con los siguientes delicados rasgos:

"Llamáralo, aunque muda, mas no sabe
El nombre articular que más querria,
Ni lo ha visto, si bien pincel suave
Lo ha bosquejado ya en su fantasia."

.................................................

Cuando Galatea contempla á Acis, que se finge dormido, se espresa el poeta de esta suerte:

"No solo para, más el dulce estruendo
Del lento arroyo enmudecer querria."

.................................................

Tambien son notables algunos pasages del apóstrofe que Polífemo dirige á Galatea:

"¡Oh bella Galatea, más suave
Que los claveles que tronchó la aurora,
Blanca más que las plumas de aquel ave
Que dulce muere y en las aguas mora;

.................................................

"Sentado, a la alta palma no perdona
Su dulce fruto mi robusta mano;

En pié, sombra capaz es mi persona
De inumerables cabras el verano.
¿Qué mucho, si de nubes se corona
Por igualarme la montaña en vano,
Y en los cielos de esta roca puedo
Escribir mis desdichas con el dedo?"

Algunos otros pasages pudiéramos añadir á los citados, pero, segun ya hemos dicho, insertamos el poema íntegro en esta coleccion para satisfaccion de nuestros lectores.

Con el género culto, nació tambien la necesidad de los comentarios, y para que se vea hasta dónde se llevó esta manía, creemos de interés hacer aquí una rápida enumeracion de los principales comentadores de Góngora. Es el primero, D. José Pellicer (1) que escogió como asunto de sus elucubraciones, las *Soledades*, el *Polífemo*, el *Panegírico* al *Duque de Lerma* y el romance de *Píramo* y *Tisbe*; sigue á este Salazar y Mardones que publicó (2) una defensa y esplicacion de la fábula de *Píramo* y *Tisbe;* vienen despues García de Salcedo y Coronel (3) que en un erudido y laborioso comentario de más de mil y quinientas páginas, intentó esplicar las obras de arte mayor; el jurisconsulto Juan Francisco de Anaya que comentó la *Soledad* 1.ª y el licenciado Pedro de Rivas la 1.ª y la 2.ª, respondiendo á una crítica del preceptista Cascales, que habia censurado acremente el nuevo género, de suerte que muy pronto los comentarios y esplicaciones que provocaron los citados poemas, fueron diez veces más estensos que todos los versos de Góngora.

Manuel Gonzalez Llana.

(1) *Lecciones solemnes.*
(2) En una obra publicada en Madrid en 1636, en 4.º
(3) *Comentario*, Madrid 1636-1646, 3. vol.

# POESÍAS SELECTAS

DE

# D. LUIS DE GÓNGORA Y ARGOTE.

## SONETOS.

### A LA AUSTRIADA,
**que compuso Juan Rufo en verso heróico.**

I.

Cantaste, Rufo, tan heróicamente
De aquel César novel la augusta historia,
Que está dudosa entre los dos la gloria,
Y á cual se deba dar, ninguno siente.
Y así la fama, que hoy de gente en gente
Quiere que de los dos la igual memoria,
Del tiempo y del olvido haya victoria,
Ciñe de lauro á cada cual la frente.
Debeis con gran razon ser igualados,
Pues fuísteis cada cual único en su arte,
Él solo en armas, vos en letras solo.
Y al fin ambos igualmente ayudados,
Él, de la espada del sangriento Marte,
Vos, de la lira del dorado Apolo.

## II.

**Á la grandeza y dilatacion de Madrid, córte de los Reyes.**

Nilo no sufre márgenes ni muros;
Madrid, ¡oh peregrino, tú, que pasas!
Que á su menor inundacion de casas
Ni aun los campos de Tajo están seguros.
Émula la verán siglos futuros
De Ménfis no, que el término le tasas
Del tiempo sí, que sus profundas basas (1)
No son en vano pedernales duros.
Dosél de Reyes, de sus hijos cuna
Ha sido y es, zodiaco luciente
De la beldad, teatro de fortuna.
La envidia aquí su venenoso diente
Cebar suele, á privanzas importuna;
Camina en paz, refiérelo á tu gente.

## III.

**Al Escorial.**

Sacros, altos, dorados capiteles,
Que á las nubes robais los arreboles (2),
Febo os teme por más lucientes soles,
Y el cielo por jigantes más crueles.
Depón tus rayos, Júpiter; no celes
Los tuyos, sol; de un templo son faroles,
Que al mayor mártir de los españoles
Erigió el mayor rey de los fieles.

---

(1) La edicion de Faria dice *profanas* en vez de profundas.
(2) Así dice Espinosa; Hoces lee:
"Que á las nubes borrais sus arreboles."

Religiosa grandeza del monarca
Cuya diestra real al Nuevo Mundo
Abrevia y el Oriente se le humilla,
Perdone el tiempo, lisonjee la parca
La verdad desta octava maravilla,
Los años deste Salomon segundo.

## IV.

### Al Santísimo Sacramento.

Rebelde y pertináz entendimiento,
Sed preso.—¿Quién lo manda?—Dios glorioso.
—¿Por qué?—Porque con ánimo dudoso
Negaste la obediencia al Sacramento.
—¿Quién ha de ejecutar el prendimiento?
—La voluntad y afecto piadoso.
—¿Quién es el carcelero riguroso?
—La fé que enseña el conocimiento.
—Y la cárcel ¿cuál es?—La Iglesia santa.
¡Oh cárcel! clara luz deste hemisferio (1),
Dulce prision, que tal tesoro encierra;
Do el fruto deste altísimo misterio
Se goza con dulzura y gloria tanta,
Que escede cuanto bien hay en la tierra.

## V.

### Á la Ciudad de Córdoba, y su fertilidad.

¡Oh escelso muro! ¡Oh torres levantadas!
De honor, de magestad, de gallardia,
¡Oh gran rio, gran rey de Andalucia,

(1) Otros leen:
"¡Oh cárcel clara! luz deste hemisferio."

De arenas nobles, ya que no doradas!
¡Oh fértil llano, oh sierras encumbradas
Que privilegia el cielo y dora el dia!
¡Oh siempre gloriosa pátria mía,
Tanto por plumas como por espadas!
Si entre aquellas ruinas y despojos,
Que enriquece Genil, y Darro baña,
Tu memoria no fué alimento mio;
Nunca merezcan mis ausentes ojos,
Ver tus muros, tus torres, y tu rio,
Tu llano y sierra, ¡oh pátria, oh flor de España!

## VI.

Descaminado, enfermo, peregrino,
En tenebrosa noche, con pié incierto,
La confusion pisando del desierto,
Voces en vano dió, pasos sin tino.
Repetido latir, si no vecino,
Distinto oyó de can, siempre despierto,
Y en pastoral albergue mal cubierto,
Piedad halló, si no halló camino.
Salió, y entre armiños escondida
Soñolienta beldad con dulce saña,
Salteó al no bien sano pasajero.
Pagará el hospedaje con la vida;
Mas le valiera errar en la montaña,
Que morir de la suerte que yo muero.

## VII.

La dulce boca que á gustar convida
Un humor entre perlas destilado,

Y á no envidiar aquel licor sagrado,
Que á Júpiter ministra el Garzon de Ida;
  Amantes, no toqueis, si quereis vida;
Porque entre un labio y otro colorado
Amor está, de su veneno armado,
Cual entre flor y flor sierpe escondida.
  No os engañen las rosas, que al aurora
Diréis que aljofaradas, y olorosas
Se le cayeron del purpúreo seno.
  Manzanas son de Tántalo, y no rosas,
Que despues huyen del que incitan hora,
Y solo del amor queda el veneno.

## VIII.

  Ilustre y hermosísima María,
Mientras se dejan ver á cualquier hora,
En tus mejillas la rosada aurora,
Febo en tus ojos, y en tu frente el dia.
  Y mientras con gentil descortesía
Mueve el viento la hebra voladora,
Que la Arabia en sus venas atesora,
Y el rico Tajo en sus arenas cria;
  Antes que de la edad Febo eclipsado,
El claro dia vuelva en noche obscura,
Huya la aurora del mortal nublado;
  Antes que lo que hoy es rubio tesoro,
Venza á la blanca nieve su blancura,
Goza, goza el color, la luz, el oro.

## IX.

Mientras por competir con tu cabello,
Oro bruñido, el sol relumbra en vano,
Mientras con menosprecio, en medio el llano,
Mira tu blanca frente el lilio bello;
Mientras á cada labio, por cogello,
Siguen más ojos que al clavel temprano,
Y mientras triunfa con desdén lozano,
Del luciente marfil, tu gentil cuello;
Goza cuello, cabello, labio y frente,
Antes que lo que fué en tu edad dorada
Oro, lilio, clavel, marfil luciente,
No solo en plata, ó viola truncada
Se vuelva, más tú y ello juntamente
En tierra, en humo, en polvo, en sombra, en nada.

## X.

Al sol peinaba Clori sus cabellos
Con peine de marfil, con mano bella;
Mas no se parecia el peine en ella
Como se escurecia el sol en ellos.
Cogió sus lazos de oro, y al cogellos,
Segunda mayor luz descubrió aquella
Delante quien el sol es una estrella,
Y esfera España de sus rayos bellos.
Divinos ojos, que en su dulce oriente
Dan luz al mundo, quitan luz al cielo,
Y espera idolatrarlos occidente.
Esto amor solicita con su vuelo,
Que en tanto mar será un arpon luciente,
De la cerda inmortal mortal anzuelo.

## XI.

¡Oh marinero, tú, que cortesano,
Al palacio le fias tus entenas,
Al palacio real, que de sirenas
Es un segundo mar napolitano,
Los remos deja, y una y otra mano
De las orejas las desvia apenas;
Que escollo es, cuando no sirte de arenas,
La dulce voz de un serafin humano!
Cual su acento tu muerte será clara
Si espira suavidad, si gloria espira
Su armonía mortal, su beldad rara.
Huye de la que, armada de una lira,
Si rocas mueve, si bajeles para,
Cantando mata al que cantando mira (1).

## XII.

Ya que con más regalo el campo mira,
Pues del nubloso manto se desnuda,
El rojo sol, y aunque con lengua muda
Suave Filomena ya suspira.
Templa, noble garzon, la noble lira,
Honren tu dulce plectro y mano aguda
Lo que al son torpe de mi avena ruda
Me dicta Amor, Caliope me inspira.
Ayúdame á cantar los dos estremos
De mi pastora, y cual parleras aves,
Que á saludar al sol á otros convidan,
Yo ronco y tú sonoro despertamos

(1) Otros dicen: *al que matando mira.*

Cuantos en nuestra orilla cisnes graves
Sus blancas plumas bañan y se anidan.

## XIII.

Verdes juncos del Duero á mi pastora
Tegieron dulce y generosa cuna;
Blancas palmas, si el tajo tiene alguna,
Cubren su pastoral albergue agora.
Los montes mide y las campañas mora,
Flechando una dorada media luna,
Cual dicen que á las fieras fué importuna
Del Eurótas la casta cazadora.
De un blanco armiño el esplendor vestida,
Los blancos piés distinguen de la nieve
Los coturnos que calza esta homicida;
Bien tal pues montaráz y endurecida
Contra las fieras solo un arco mueve,
Y dos arcos tendió contra mi vida.

## XIV.

No destrozada nave en roca dura
Tocó la playa más arrepentida,
Ni pajarillo de la red tendida
Voló más temeroso á la espesura;
Bella Ninfa la planta mal segura,
No tan alborotada ni afligida,
Hurtó de verde prado, que escondida
Víbora regalaba en su frescura;
Como yo, Amor, la condicion airada,
Las rubias trenzas y la vista bella
Huyendo voy, con pié ya desatado,
De mi enemiga en vano celebrada,

Adios, Ninfa cruel, quedáos con ella,
Dura roca, red de oro, alegre prado.

## XV.

Al tramontar del sol la Ninfa mia
De flores despojando el verde llano,
Cuantas troncaba la hermosa mano,
Tantas el blanco pié crecer hacia.
Ondeábale el viento que corria,
El oro fino con error galano,
Cual verde hoja de álamo lozano
Se mueve al rojo despuntar del dia;
Mas luego que ciñó sus sienes bellas
De los varios despojos de su falda,
Término puesto al oro, y á la nieve;
Juraré que lució más su guirnalda,
Con ser de flores, la otra ser de estrellas,
Que la que ilustra el cielo en luces nueve.

## XVI.

Tras la bermeja aurora el sol dorado
Por las puertas salia del Oriente,
Ella de flores la rosada frente,
Y él de encendídos rayos coronado.
Sembraban su contento ó su cuidado,
Cuál con voz dulce, cuál con voz doliente,
Las tiernas aves con la luz presente,
En el fresco aire y en el verde prado.
Cuando salió bastante á dar Leonora
Cuerpo á los vientos y á las piedras alma,
Cantando de su rico albergue, y luego
Ni oí las aves más ni ví la aurora;

Porque al salir, ó todo quedó en calma,
Ó yo, que es lo más cierto, sordo y ciego.

## XVII.

Raya, dorado sol, orna y colora
Del alto monte la lozana cumbre,
Sigue con agradable mansedumbre
El rojo paso de la blanca aurora.
Suelta las riendas á Favonio y Flora,
Y usando al esparcir tu nueva lumbre
Tu generoso oficio y real costumbre,
El mar argenta y las campiñas dora;
Para que de esta vega el campo raso,
Bordes, saliendo Flerida, de flores;
Mas sino hubiese de salir acaso,
Ni el monte rayes, ornes ni colores,
Ni sigas de la aurora el rojo paso,
Ni el mar argentes ni los campos dores.

## XVIII.

Cual parece al romper de la mañana
Aljófar blanco sobre frescas rosas,
Ó cual por manos hecha artificiosas
Bordadura de perlas sobre grana;
Tales de mi pastora soberana
Parecian las lágrimas hermosas,
Sobre las dos mejillas milagrosas,
De quien mezcladas leche y sangre mana.
Lanzando, á vueltas de su tierno llanto
Un ardiente suspiro de su pecho,
Tal, que el más duro canto enterneciera,
Si á enternecer bastára un duro canto;

Mirad, que hará con un corazon hecho,
Que al llanto y al suspiro fué de cera.

## XIX.

Ni en este monte, este aire, ni este rio
Corre fiera, vuela ave, pece nada,
De quien con atencion no sea escuchada
La triste voz del triste llanto mio;
Y aunque en la fuerza sea del estío
Al viento mi querella encomendada,
Cuando á cada cual dellos más le agrada,
Fresca cueva, árbol verde, arroyo frio,
Á compasion movidos de mi llanto,
Dejan la sombra, el ramo y la hondura,
Cual yo, para escuchar el dulce canto
De aquel que de Strimon en la espesura
Los suspendia cien mil veces. ¡Tanto
Puede mi mal y pudo su dulzura!

## XX.

¿Cuál del Ganges marfil ó cuál de Paro
Blanco mármol, cual ébano luciente,
Cual ámbar rubio, ó cual oro refulgente,
Cual fina plata, ó cual cristal tan claro,
Cual tan menudo aljófar, cual tan caro
Oriental zafir, cuál rubí ardiente,
Ó cual en la dichosa edad presente,
Mano tan docta de escultor tan raro,
Bulto dellos formára, aunque hiciera
Ultraje milagroso á la hermosura
Su labor bella, su gentil fatiga;
Que no fuera figura al sol, de cera,

Delante de tus ojos su figura,
Ó rubia Clori, ó dulce mi enemiga?

## XXI.

Tres veces de Aquilon el soplo airado
Del verde honor privó las verdes plantas,
Y al animal de Colcos otras tantas
Ilustró Febo su bellon dorado.
Despues que sigo, el pecho traspasado
De aguda flecha, con humildes plantas
¡Oh rubia Clori! tus pisadas santas
Por las floridas señas que da el prado.
Á vista voy, tiñendo los alcores
En roja sangre, de tu dulce vuelo
Que el suelo pinta de cien mil colores (1):
Tanto, que ya nos siguen los pastores
Por los estraños rastros que en el suelo
Dejamos, yo de sangre, tú de flores.

## XXII.

En el cristal de tu divina mano
De amor bebí el dulcísimo veneno,
Néctar ardiente que me abrasa el seno,
Y templar con la ausencia pensé en vano;
Tal, Claudia bella, del rapaz tirano
Es arpon de oro tu mirar sereno,
Que cuanto más ausente dél, más peno
De sus golpes el pecho menos sano (2).
Tus cadenas al pié, lloro al ruido

(1) Otros leen: *Que el cielo pinta.*

(2) Segun la edicion de Faria: *De tus golpes.*

De un eslabon y otro mi destierro,
Más desviado, pero más perdido.
¿Cuándo será aquel dia que por yerro
¡Oh serafin! desates, bien nacido,
Con manos de cristal nudos de hierro?

## XXIII.

### Á un Ruiseñor.

Con diferencia tal, con gracia tanta
Aquel ruiseñor llora, que sospecho
Que tiene otros cien mil dentro del pecho (1)
Que alternan su dolor por su garganta;
Y aun creo que el espíritu levanta,
Como en informacion de su derecho,
Á escribir del cuñado el atroz hecho
En la hoja de aquella verde planta.
Ponga, pues, fin á la querella que usa,
Pues ni quejarse ni mudar estanza
Por pico ni por pluma se le veda;
Y llore solo aquel que su Medusa
En piedra convirtió, porque no pueda
Ni publicar su mal ni hacer mudanza.

## XXIV.

### Descricion de una dama.

De pura honestidad templo sagrado,
Cuyo bello cimiento y gentil muro
De blanco nácar y alabastro duro
Fué por divina mano fabricado;

(1) Espinosa dice: *dentro en el pecho.*

Pequeña puerta de coral preciado,
Claras lumbreras de mirar seguro,
Que á la esmeralda fina el verde puro
Habeis para viriles usurpado;
Soberbio techo cuyas cimbrias de oro (1)
Al claro sol, en cuanto en torno gira,
Ornan de luz, coronan de belleza;
Ídolo bello, á quien humilde adoro (2).
Oye piadoso al que por tí suspira,
Tus himnos canta y tus virtudes reza.

## XXV.

Suspiros tristes, lágrimas cansadas,
Que lanza el corazon, los ojos llueven,
Los troncos bañan y las ramas mueven
Destas plantas, á Alcides consagradas,
Más del viento las fuerzas conjuradas
Los suspiros desatan y remueven,
Y los troncos las lágrimas se beben
Por ellos y por ellas derramadas (3).
Hasta en mi tierno rostro aquel tributo
Que dan mis ojos, invisible mano
De sombra ó de aire me lo deja enjuto,
Porque aquel ángel fieramente humano
No crea mi dolor; y así, es mi fruto
Llorar sin premio y suspirar en vano.

---

(1) Espinosa lee: *á cuyas hebras de oro.*

(2) Espinosa y Hoces así; Faria lee:
"Alto de amor, dulcísimo decoro."

(3) Seguimos el testo de Espinosa. Faria y Hoces leen:
"Mas ellos, y peor ellas derramadas."

## XXVI.

### Á unos álamos.

Gallardas plantas, que con voz doliente
Al osado Faeton llorastes vivas,
Y ya sin envidiar palmas y olivas,
Muertas podeis ceñir cualquiera frente,
Así del sol estivo al rayo ardiente
Blanco coro de náyades lascivas
Precie más vuestras sombras fugitivas
Que verde márgen de escondida fuente;
Así bese, á pesar del seco estío (1),
Vuestros troncos, y á un tiempo piés humanos
El raudo curso de este undoso rio,
Que lloreis, pues llorar solo á vos toca
Locas empresas, ardimientos vanos,
Mi ardimiento en amar, mi empresa loca.

## XXVII.

### A los celos.

¡Oh, niebla del estado más sereno,
Furia infernal, serpiente mal nacida!
¡Oh ponzoñosa víbora escondida,
De verde prado en oloroso seno!
¡Oh, entre néctar de amor mortal veneno,
Que en vaso de cristal quitas la vida!
¡Oh, espada sobre mí de un pelo asida,
De la amorosa espuela duro freno!
¡Oh celo del favor verdugo eterno!

(1) Así Espinosa; Hoces dice: *Y así bese.*

Vuélvete al lugar triste donde estabas,
Ó al reino, si allá cabes, del espanto;
Mas no cabrás allá, que pues há tanto,
Que comes de tí mesmo, y no te acabas,
Mayor debes de ser que el mismo infierno.

## XXVIII.

### Á una Rosa.

Ayer naciste y morirás mañana,
Para tan breve ser ¿quién te dió vida?
¡Para vivir tan poco estás lucida,
Y para no ser nada estás lozana!
Si te engañó tu hermosura vana,
Bien presto la verás desvanecida,
Porque en esa hermosura está escondida
La ocasion de morir muerte temprana.
Cuando te corte la robusta mano,
Ley de la agricultura permitida,
Grosero aliento acabará tu suerte.
No salgas, que te guarda algun tirano,
Dilata tu nacer para tu vida;
Que anticipas tu ser para tu muerte.

## XXIX.

### Al sol porque salió estando con una dama y le fué forzoso dejarla.

Ya besando unas manos cristalinas,
Ya anudándome á un blanco y liso cuello,
Ya esparciendo por él aquel cabello,
Que amor sacó entre el oro de sus minas;

Ya bebiendo en aquellas perlas finas
Palabras dulces mil sin merecello,
Ya cogiendo de cada lábio bello
Purpúreas rosas sin temor de espinas,
Estaba, oh claro sol, envidioso,
Cuando tu luz, hiriéndome los ojos,
Mató mi gloria y acabó mi suerte.
Si el cielo ya no es menos poderoso,
Porque no dén los tuyos más enojos,
Rayo, como á tu hijo, te dén muerte.

## XXX.

Pálida restituye á su elemento
Su ya esplendor purpúreo casta rosa,
Que en planta dulce un tiempo, si espinosa,
Gloria del sol, lisonja fué del viento.
El mismo que espiró suave aliento
Fresca, espira marchita, y siempre hermosa,
No yace, no, en la tierra, mas reposa
Negándole aun el hado lo violento.
Sus hojas sí, no su fragancia, llora
En polvo el pátrio Bétis, hojas bellas,
Que aun en polvo el materno Tajo dora.
Ya en nuevos campos una es hoy de aquellas
Flores que ilustre otra mejor aurora,
Cuyo caduco aljófar son estrellas.

## XXXI.

Famoso monte, en cuyo vasto seno
Duras cortezas de robustas plantas
Conservan aquel nombre en partes tantas

De quien pagó á la tierra lo terreno;
  Así cubra de hoy más cielo sereno
La siempre verde cumbre que levantas,
Que me escondas aquellas letras santas
De que á pesar del tiempo has de estar lleno.
  La corteza do están desnuda ó viste
Su villano troncon de yerba verde,
De suerte que mis ojos no las vean.
  Quédense en tu arboleda, ella se acuerde
De fin tan tierno, y su memoria triste,
Pues en troncos está, troncos la lean.

## XXXII.

  Volvió al mar Alcion, volvió las redes
De cáñamo, exanando las de hierro;
Con su barquilla redimió el destierro,
Que era desvío y parecia mercedes.
  Redujo el pié engañado á las paredes
De su alquería y al fragoso cerro (1)
Que ya con el venablo y con el perro
Pisa Lesbin, segundo Ganimedes,
  Gallardo hijo suyo, que los remos
Menospreciando con su bella hermana,
La montería siguen importuna,
  Donde la ninfa es Febo y es Diana,
Que en sus ojos del sol los rayos vemos
Y en su arco los cuernos de la luna.

(1) *Que al fragoso cerro,* lee Faria.

## XXXIII.

Al tronco descansaba de una encina
Que invidia de los bosques fué lozana,
Cuando segur legal una mañana
Alto horror me dejó con su ruina.
Laurel que de sus ramas hizo dina
Mi lira, ruda sí, más castellana,
Hierro luego fatal su pompa vana
Culpa tuya, Caliope, fulmina (1).
En verdes hojas como el de Minerva
Árbol culto, del sol yace abrasado,
Aljófar sus cenizas de la yerba.
¡Cuanta esperanza miente á un desdichado!
¿Á qué más desengaños me reserva,
Á qué escarmientos me vincula el hado?

## XXXIV.

Los blancos lilios que de ciento en ciento
Hijos del sol nos dá la primavera,
Á quien del Tajo son en la ribera
Oro su cuna, perlas su alimento;
Las frescas rosas, que ambicioso el viento
Con pluma solícita lisongera,
Como quien de una y de otra hoja espera
Purpúreas alas, si lascivo aliento;
Á vuestro gentil pié cada cual debe
Su beldad toda; ¿qué hará la mano,
Si tanto puede el pié, que ostenta flores?
Por que vuestro color venza su nieve,

(1) Asi Hoces; Fária lee: *Culpa mia*.

Venza su rosicler, y porque en vano,
Hablando vos, espiran sus olores.

## XXXV.

Rey de los otros rios caudaloso,
Que en fama claro, en ondas cristalino
Tosca guirnalda de robusto pino
Ciñe tu frente y tu cabello undoso;
Pues dejando tu nido cavernoso,
De segura en el monte más vecino,
Por el suelo andaluz tu real camino
Tuerces soberbio, raudo y espumoso:
Á mí, que de tus fértiles orillas
Piso, aunque ilustremente enamorado,
Tu noble arena, con humilde planta,
Dime si entre las rubias Pastorcillas
Has visto, que en tus aguas se han mirado,
Beldad cual la de Clori, ó gracia tanta.

## XXXVI.

**Á una enfermedad muy grave que tuvo en Salamanca Don Luis, de que le tuvieron tres dias por muerto, y sanó.**

Muerto me lloró el Tormes en su orilla,
En un parasismal sueño profundo,
En cuanto Don Apolo el rubicundo
Tres veces sus caballos desensilla.
Fué mi resurreccion la maravilla
Que de Lázaro fué la vuelta al mundo;
De suerte, que yo soy otro segundo
Lazarillo de Tormes en Castilla.

Entré á servir un ciego, que me envia
Sin alma vivo, y en un dulce fuego,
Que ceniza le hará la vida mia.
¡Oh qué dichoso que seria yo luego,
Si á Lazarillo le imitase un dia,
En la venganza que tomó del ciego!

## XXXVII.

**Á la muerte violenta que Francisco Ravaillac dió al Rey Enrique IV de Francia.**

El cuarto Enrico yace mal herido,
Y peor muerto de plebeya mano,
El que rompió escuadrones, y dió al llano
Más sangre que agua Oríon humedecido.
Glorioso francés esclarecido,
Conducidor de ejércitos, que en vano
De lilios de oro el ya cabello cano,
Y de guardia real ibas ceñido;
Una temeridad armas desprecia,
Una traicion cuidados mil engaña;
Que muros rompe en un caballo Grecia.
Archas burló el fatal cuchillo. ¡Oh España,
Belona de dos mundos! fiel te precia,
Y armada teme la nacion estraña.

## XXXVIII.

**Al sepulcro de Dominico Greco, escelente pintor.**

Esta forma elegante, oh peregrino,
De pórfido luciente dura llave,
El pincel niega al mundo más suave,

Que dió espíritu al leño, vida al lino.
Su nombre, aun de mayor aliento dino
Que en los clarines de la fama cabe,
El campo ilustra de ese mármol grave;
Venéralo, y prosigue tu camino.
Yace el Griego; heredó naturaleza
Arte, y el arte estudio, Iris colores,
Febo luces, si nó sombras Morfeo.
Tanta urna, apesar de su dureza,
Lágrimas beba y cuantos suda olores,
Corteza funeral de árbol sabeo.

## XXXIX.

### Al sepulcro de una mujer.

Yace debajo desta piedra fria
Mujer tan santa, que ni escapulario
Ni cordon, ni correa, ni rosario
De su cuerpo jamás se le caia.
Trajo veintidos años, dia por dia,
Un cilicio de cerdas ordinario;
Todo el año ayunaba á San Hilario,
Porque nunca hilaba ni cosia.
Fué su casa un devoto encerramiento,
Donde iban á hacer los ejercicios
Y á llorar sus pecados las personas.
Murió sin ólio, no sin testamento,
En que mandó á una prima sus oficios,
Y á cuatro amigas cuatro mil coronas.

## XL.

**Al conde de Villamediana, curioso en piedras preciosas, caballos y pinturas**

Las que á otros negó piedras Oriente,
Émulos brutos del mayor lucero,
Telas espone en plomo su venero,
Si al metal ya no atadas, más luciente.
Cuando en tu camarin pincel valiente,
Bien sea natural, bien extranjero,
Afecta mudo voces, y parlero.
Silencio en sus vocales tintas miente;
Miembros apenas dió al soplo más puro
Del viento su fecunda madre bella,
Iris, pompa del Bétis, sus colores;
Que fuego él espirando, humo ella,
Oro te muerden en su freno duro,
¡Oh esplendor generoso de señores!

## XLI.

**Contra los que dijeron mal de las SOLEDADES.**

Con poca luz y menos disciplina
Al voto de un muy crítico y muy lego
Salió en Madrid la *Soledad*, y luego
Al palacio con lento pié camina.
Las puertas le cerró de la Latina
Quien duerme en español y sueña en griego (1),
Pedante gofo, que de pasion ciego,
La suya reza, y calla la divina.

---

(1) Alusion á Quevedo.

Del viento es el pendon pompa ligera,
No hay paso concedido á mayor gloria,
Ni voz que no la acusen de extranjera.
Gastando, pues, en tanto la memoria
Agena invidia más que propia cera,
Por el Cármen le lleva á la victoria.

## XLII.

### Otro sobre el mismo asunto.

Restituye á tu mudo horror divino,
Amiga soledad, el pié sagrado,
Que cautiva lisonja es del poblado
En hierros breves pájaro ladino.
Prudente cónsul, de las selvas dino,
De impedimentos busca desatado
Tu claustro verde, en valle profanado
De fiera menos que de peregrino.
¡Cuán dulcemente de la encina vieja
Tórtola viuda al mismo bosque incierto
Apacibles desvíos aconseja!
Endeche el siempre amado esposo muerto
Con voz doliente; que tan sorda oreja
Tiene la soledad como el desierto.

## XLIII.

### Contra los que dijeron mal del Polifemo.

Pisó las calles de Madrid el fiero
Monóculo, galan de Galatea,
Y cual suele tejer bárbara aldea
Soga de gozques contra forastero;

Rígido un bachiller, otro severo,
Crítica turba al fin, sinó pigmea,
Su diente afila y su veneno emplea
En el disforme cíclope cabrero.
Apesar del lucero de su frente,
Lo hacen oscuro, y él en dos razones,
Que en dos truenos libró de su occidente,
«Si quieren, respondió, los pedantones
Luz nueva en hemisferio diferente,
Den su memorial á mis calzones.»

## XLIV.

### A Valladolid estando allí la Córte.

Valladolid de lágrimas sois valle
Y no quiero deciros quien las llora;
Valle de Josafat, sin que en vos hora,
Cuanto más dia, de juicio se halle.
Pisado hé vuestros muros calle á calle
Donde el engaño con la córte mora,
Y cortesano sucio os hallo agora,
Siendo villano un tiempo de buen talle.
Todos sois condes, no sin nuestro daño;
Dígalo el andaluz, que en un infierno
Debajo de una tabla escrita posa.
No encuentro al de Buen dia en todo el año,
Al de Chinchon si agora, y el invierno
Al de Niebla, al de Nieva, al de Lodosa.

## XLV.

### Entrando en Valladolid.

Llegué á Valladolid; registré luego
Desde el bonete al clavo de la mula;

Guardo el registro, que será mi bula
Contra el cuidado del señor Don Diego.
  Busqué la córte en él, y yo estoy ciego,
Ó en la ciudad no está ó se disimula;
Haciendo penitencia ví á la gula,
Que Platon para todos está en griego;
  La lisonja hallé y la ceremonia
Con luto, idolatrados los caciques,
Amor sin fé, interés con sus birotes (1)
  Todo se halla en esta Babilonia,
Como en botica grandes alambiques
Y más en ella títulos que botes.

## XLVI.

  Grandes más que elefantes y que abadas,
Títulos liberales como rocas,
Gentiles hombres solo de sus bocas,
Ilustre cavaglier, llaves doradas;
  Hábitos, capas digo remendadas,
Damas de haz y envés, dueñas con tocas,
Carrozas de á ocho bestias, y aun son pocas
Con las que tiran, y que son tiradas;
  Cata-riberas, ánimas en pena,
Con Bartulos y Baldos la milicia,
Y los derechos con espada y daga;
  Casas y pechos todo á la malicia,
Lódos con peregil y yerba buena:
Esta es la córte; buena pro les haga.

(1) Seguimos á Hoces; Faria dice *bigotes*.

## XLVII.

Duélete de esa puente, Manzanares,
Mira que dice por ahí la gente,
Que no eres rio para media puente,
Y que ella es puente para treinta mares.
Hoy arrogante te ha brotado á pares
Humildes crestas tu soberbia frente,
Y ayer me dijo humilde tu corriente,
Que eran en Marzo los caniculares.
Por el alma de aquel, que ha pretendido
Con cuatro dragmas de agua de achicoria
Purgar la villa y darte lo purgado;
Me dí, ¿cómo has menguado y has crecido?
¿Cómo ayer te ví en pena, y hoy en gloria?
Bebióme un asno ayer, y hoy me ha meado.

## XLVIII.

**A la tela de justar de Madrid que la sacaron al campo.**

Téngoos, señora tela gran mancilla,
Dios la tenga de vos, señor soldado.
¿Cómo estais acá fuera? Hoy me han echado
Por vagamunda fuera de la villa.
¿Dónde están los galanes de Castilla?
¿Dónde pueden estar sino en el Prado?
¿Muchas lanzas habrán en vos quebrado?
Mas respeto me tienen; ni una astilla.
¿Pues qué haceis ahí? Lo que esa puente,
Puente de anillo; tela de cedazo,
Desear hombres como ríos ella,

Hombres de duro pecho y fuerte brazo.
Adios, tela; que sois muy maldiciente,
Y esas no son palabras de doncella.

## XLIX.

Señora doña puente Segoviana,
Cuyos ojos están llorando arena,
Si es por el rio, muy en hora buena,
Aunque estás para viuda muy galana.
De estrangurria murió; no hay castellana
Lavandera, que no llore de pena,
Y Fulano Sotillo se condena
De olmos negros, á loba luterana.
Bien es verdad que dicen los doctores
Que no es muerto, si no que del estío
Le causan parasismos los calores.
Que á los primeros de Diciembre frio,
De sus mulas, harán estos señores,
Que los orines dén salud al rio.

## L.

Jura Pisuerga á fé de caballero,
Que de vergüenza corre colorado
En pensar que de Esgueva acompañado
Ha de entrar á besar la mano á Duero.
Es sucio Esgueva para compañero,
(Culpa de la mujer de algun privado)
Y perezoso para darle el lado,
Y así ha corrido siempre muy trasero.
Llegados á la puente de Simancas,
Teme Pisuerga, que una estrecha puente

Temella puede el mar sin cobardía.
No se le da á Esguevilla cuatro blancas:
Más ¿qué mucho, si pasa su corriente
Por más estrechos ojos cada dia?

## LI.

**A cierto caballero que juzgaba lo que no entendia.**

Música le pidió ayer su albedrío
Un descendiente de Don Peranzúles;
Templáronle al momento dos baules,
Con más cuerdas que járcias un navío.
Cantáronle de cierto amigo mio
Un desafio campal con dos gazules,
Que en ser por unos ojos entre azules,
Fué peor que gatesco el desafio.
Romance fué el cantado, y que no pudo
Dejarlo de entender, si el muy discreto
No era sordo, ó el músico era mudo:
Y de que lo entendió, yo os lo prometo,
Pues envió á decir con Don Bermudo,
Que vuelvan á cantar aquel soneto.

## LII.

**A lo poco que hay que fiar en el favor de los señores de la córte.**

Señores cortegiantes, ¿quién sus dias
De codicioso gasto ó lisongero
Con todos esos príncipes de acero
Que me han desempedrado las encías?
Nunca yo tope con sus señorías,

Sinó con media libra de carnero,
Tope manso, alimento verdadero
De jesuitas, santas compañías.
Con nadie hablo, todos son mis amos,
Quien no me da, no quiero que me cueste;
Que un árbol grande tiene gruesos ramos.
No me pidan que fie ni que preste,
Sino que algunas veces nos veamos,
Y sea el fin de mi soneto este.

## LIII.

Camina mi pension con piés de plomo,
El mio, como dicen, ya en la huesa;
Mas yo, á ojos cerrados, ténue ó gruesa,
Por dar más luz, al medio dia la tomo.
Merced de la tijera, á punta ó lomo
Me conhorta de murtas una mesa;
*Ollay* la mejor voz es portuguesa,
Y la mejor ciudad de Italia *Como*.
No más, no, borceguí ni chimenea;
Basten los años, que ni aun breve raja
Los profanó de encina ó de aceituno.
¡Oh cuánto tarda lo que se desea!
Llegue, que no es pequeña la ventaja
De comer tarde el acostarse ayuno.

## LIV.

En la capilla estoy, y condenado
Á pasar sin remedio desta vida;
Siento la culpa más que la partida,
Por hambre expulso como sitiado.

Culpa ha sido el ser yo tan desdichado,
Mayor de condicion tan encogida;
De ambas me acuso en esta despedida,
Por morir á lo menos confesado.
Examine mi suerte el hierro agudo,
Que á pesar de sus filos, me prometo
Alta piedad de vuestra excelsa mano.
Ya que mi encogimiento ha sido mudo,
Los números, Señor, deste soneto
Lenguas sean y lágrimas no en vano.

## LV.

No más moralidades de corrientes,
Bien sean de arroyuelos, bien de rios,
Corran apresurados ó tardíos;
Que no me hizo Dios conde de Fuentes.
Á un rincon desviado de las gentes
Apelaré de todos sus desvíos,
Choza que abrigue ya los años mios,
Aunque pajas me cueste impertinentes.
Ministros de mi Rey, mis desengaños
Los presos besan desde acá, sea miedo
Ó reverencia á sátrapas tamaños.
Adios, mundazo, en mi quietud me quedo
Por esconder mis postrimeros años
Al señor Nuncio, digo, al de Toledo.

## LVI.

Sea bien matizada la librea,
Las plumas de un color, negro el bonete,
La manga blanca, no muy de roquete,

Y atada al brazo prenda de Niquea;
  Cifra que hable, mote que lo sea,
Bien guarnecida espada de ginete,
Borceguí nuevo, plata y tafilete,
Jaez propio, bozal no de Guinea;
  Caballo valenzuela bien tratado,
Lanza que junte el cuento con el hierro,
Y sin veleta el Amadís que espera
  Entrar cuidadosamente descuidado,
Firme en la silla, atento en la carrera,
Y quiera Dios no se atraviese un perro.

## LVII.

  No sé qué escriba á vuestra señoría,
Que las nuevas de acá todas son viejas;
Falta de pan y sobra de pellejas,
Claro temor y escura valentía;
  Pocos caballos, mucha infantería,
De la estéril cebada dando quejas,
Yeguas que correrán veinte parejas
Si el ginete no afloja ó se resfria;
  Envidia propia, soledad estraña,
El gasto enano, el ánimo jigante,
Dada la Extrema-Uncion á la comedia;
  El dinero arrimándose á una caña,
La milicia pidiendo con un guante,
Y más habrá, si Dios no lo remedia.

## LVIII.

  Por niñería un picarillo tierno,
Hurón de faltriqueras, sutil caza,

Á la cola de un perro ató por maza,
(Con perdon de los clérigos), un cuerno.
  El triste perrinchon en el gobierno
De una tan gran carroza se embaraza;
Grítale el pueblo, haciendo de la plaza,
(Si allá se alegran) un alegre infierno.
  Llegó en esto una viuda mesurada,
Que entre los signos, ya que no en la gloria,
Tiene á su esposo, y dijo: «Es gran bajeza,
  Que un gozque arrastre así una ejecutoria,
Que ha obedecido tanta gente honrada,
Y aun se la ha puesto sobre su cabeza.»

## LVIII.

  Una vida bestial de encantamento,
Arpías contra bolsas conjuradas,
Mil vanas pretensiones engañadas,
Por hablar un oidor, mover el viento;
  Carrozas y lacayos, pajes ciento,
Hábitos mil con vírgenes espadas,
Damas parleras, cambios, embajadas,
Caras posadas, trato fraudulento;
  Mentiras arbitreras, abogados,
Clérigos sobre mulas, como mulos,
Embustes, calles sucias, lodo eterno;
  Hombres de guerra medio estropeados,
Títulos y lisonjas, disimulos:
Esto es Madrid, mejor dijera infierno.

# CANCIONES
## A LA ARMADA INVENCIBLE.

### I.

Levanta, España, tu famosa diestra,
Desde el francés Pirene al moro Atlante,
Y al ronco son de trompas belicosas,
Ház, envuelta en durísimo diamante,
De tus valientes hijos feroz muestra
Debajo de tus señas victoriosas,
Tal, que las flacamente poderosas
Fieras naciones contra tu fe armadas,
Al claro resplandor de tus espadas,
Y á la de tus arneses fiera lumbre,
Con mortal pesadumbre
Ojos y espaldas vuelvan,
Y como al sol las nieblas le resuelvan;
Ó cual la blanca cera desatados,
Á los dorados luminosos fuegos
De los yelmos grabados,
Queden como de fé, de vista ciegos.
Tú, que con celo pio, y noble saña,
El seno undoso á el húmido Neptuno
De selvas inquietas has poblado,
Y cuantos en tus reinos uno á uno
Empuñan lanza contra la Bretaña,
Sin perdonar al tiempo, has enviado
En número de todos tan sobrado,

Que á tanto leño el húmido elemento,
Y á tanta vela es poco todo el viento,
Fia que en sangre del inglés pirata
Teñirá de escarlata
Su color verde y cano,
El rico de ruïnas Océano;
Y aunque de lejos con rigor traidas
Ilustrará tus playas, y tus puertos
De banderas rompidas,
De naves destrozadas, de hombres muertos.
¡Oh! ya isla católica y potente,
Templo de fé, ya templo de heregía,
Campo de Marte, escuela de Minerva,
Digna de que las sienes que algun dia
Ornó corona real de oro luciente,
Ciña guirnalda vil de estéril yerba;
Madre dichosa, y obediente sierva,
De Arturos, de Eduardos y de Enricos,
Ricos de fortaleza, y de fé ricos,
Agora condenada á infamia eterna,
Por la que te gobierna
Con la mano ocupada
Del uso en vez del cetro y de la espada,
Mujer de muchos y de muchos nuera;
¡Oh reina torpe! reina no, mas loba
Lividinosa y fiera,
*¡Fiamma d'el ciel súi le tue treccie pova!*
Tú en tanto mira allá los otomanos,
Las jonias aguas, que el Sicano bebe,
Sembrar de armados árboles y entenas,
Y con tirano orgullo en tiempo breve,

Domando cuellos y ligando manos,
Y sus remos hiriendo las arenas;
Despoblar islas, y poblar cadenas.
Mas cuando su arrogancia, y nuestro ultraje
No encienda en tí un católico coraje,
Mira (si con la vista tanto vuelas),
Entre hinchadas velas,
El soberbio estandarte
Que á los cristianos ojos, no sin arte,
Como en desprecio de la Cruz sagrada,
Más desenvuelve mientras más tremola,
Entre lunas bordada
Del caballo feroz la crespa cola.
Fija los ojos en las blancas lunas,
Y advierte bien (en tanto que tú esperas
Gloria naval de las Britanas lides)
No se calen rayendo tus riberas,
Y pierdan el respeto á las colunas,
Llaves tuyas, y término de Alcides;
Mas si con la potencia el tiempo mides,
Enarbola, oh gran madre, tus banderas,
Arma tus hijos, vara tus galeras (1),
Y sobre los castillos y leones
Que ilustran tus pendones,
Levanta el leon fiero
Del tribu de Judá, que honró el madero,
Que él hará que tus brazos esforzados,
Llenen el mar de bárbaros nadantes,
Que entreguen anegados

(1) *Varar*, segun Cobarrubia, era echar al agua algun bajel, conduciéndolo por medio de maderos que se llamaban *varas*.

Al fondo el cuerpo, al agua los turbantes.
Cancion pues que ya aspira
Á trompa militar mi tosca lira,
Despues me oirán (si Febo no me engaña),
Del carro helado á la abrasada zona
Cantar de nuestra España
Las armas y los triunfos y corona.

## II.

### AL SEPULCRO DE GARCILASO DE LA VEGA, escelente poeta toledano, que está enterrado en Toledo con su mujer.

Piadoso hoy celo, culto,
Cincel, hecho de artífice elegante,
De mármol espirante
Un generoso anima y otro bulto
Aquí, donde entre jaspes y entre oro
Tálamo es mudo, túmulo canoro;
Aquí, donde coloca
Justo afecto en aguja no eminente,
Si no en urna decente,
Esplendor mucho, si ceniza poca,
Bien que, milagros despreciando egipcios,
Pira es suya este monte de edificios.
Si tu paso no enfrena
Tan bella en mármol copia, oh caminante,
Esa es ya la sonante
Émula de las trompas, ruda avena,
Á quien del Tajo deben hoy las flores
*El dulce lamentar de los pastores.*

Este el corvo instrumento
Que el albano ganó, segundo Marte,
De sublime ya parte
Pendiente, cuando no pulsarlo al viento,
Solicitarlo oyó, selva confusa,
Ya docta sombra, ya invisible musa.
Vestido, pues, el pecho
Túnica Apolo de diamante gruesa,
Parte la dura huesa,
Con la que en dulce lazo el blando lecho,
Si otra inscripcion deseas, vete cedo;
Lámina es cualquier piedra de Toledo.

## III.

**Á las «Lusiadas» de Camoens, que tradujo de portugués en castellano Luis Gomez Tapia.**

Suene la trompa bélica
Del castellano cálamo,
Dándole lustre y sér á las *Lusiadas*,
Y con su ritma angélica
En el celeste tálamo
Encumbre su valor entre las hiadas,
Napeas y hamadriadas.
Con amoroso cántico
Y espíritu poético
Celebren nuestro Bético
Del mauritano mar al mar Atlántico,
Pues vuela su Caliope,
Desde el blanco francés al negro etiope.
Aquí la fuerza indómita

Del Pacheco diestrísimo
Descubre de su rey el pecho y ánimo.
La envidia deja atónita
Con su valor rarísimo,
Y el Samorin soberbio pusilánimo
Muéstrase aquí magnánimo;
Alburquerque y solícito
Capitan integerrimo,
Que al amador misérrimo
Crudamente castiga el hecho ilícito
Y á Goa y su potencia
Dos veces la sujeta á su inocencia.

Almeida, que á los árabes
Con la venganza honrada
Sus muros y edificios va talándoles,
Y á los rumes y alábares
Debajo de la Tórrida,
Con valerosa espada domeñándoles,
Y mayor pena dándeles
Con el hijo belígero,
Que en el seno cambáico
Contra el moro y hebráico
Muere mostrando su furor armígero,
Sirviéndole de túmulo
De mamelucos el sangriento cúmulo.

Cuantos pechos heróicos
Te dan fama, clarífica
¡Oh Lusitania! por la tierra cálida;
Tantos versos estóicos
Te dan gloria mirífica,
Celebrando tu nombre y fuerza válida.

Dígalo Castálida,
Que al soberano Tapia
Hizo que más que en árboles,
En bronces, piedras, mármoles,
En su verso eterniza tu prosápia,
Dándole el odorífero
Lauro por premio del gran dios Lucífero.

## IV.

Corcilla temerosa,
Cuando sacudir siente
Al soberbio Aquilon con fuerza fiera,
La verde selva umbrosa;
Ó murmurar corriente,
Entre la yerba corre tan ligera,
Que al viento desafía
Su voladora planta,
Con ligereza tanta,
Huyendo va de mí la ninfa mia,
Encomendando al viento
Sus rubias trenzas, mi cansado acento.
El viento delicado
Hace de sus cabellos
Mil crespos nudos por la blanca espalda,
Y habiéndose abrigado
Lascivamente en ellos
Á luchar baja un poco con la falda,
Donde, no sin decoro,
Por brújula, aunque breve,
Muestra la blanca nieve
Entre los lazos del coturno de oro;

Y así, en tantos enojos,
Si trabajan los piés, gozan los ojos.
  Yo, pues, ciego y turbado,
Viéndola como mide,
Con más ligeros piés el verde llano,
Que del arco encorvado,
La saeta despide
Del Parto fiero la robusta mano;
Y viendo que es mi mengua
Lo que á ella le sobra,
Pues nuevas fuerzas cobra,
Apelo de los piés para la lengua,
Y en alta voz le digo:
«No huyas, ninfa, pues que no te sigo.»
  Enfrena, oh Clori, el vuelo,
Pues ves que el rubio Apolo
Pone ya fin á su carrera ardiente;
Ten de tí misma duelo,
Deponga un rato solo
El honesto sudor tu blanca frente:
Bastante muestra has dado
De cruel y ligera,
Pues en tan gran carrera,
Tu bellísimo pié nunca ha dejado
Estampa en el arena,
Ni en tu pecho cruel mi grave pena.
  Ejemplos mil al vivo
De ninfas te pondria,
Si ya la antigüedad no nos engaña;
Por cuyo trato esquivo,
Nuevos conoce hoy dia

Troncos el bosque, y piedras la montaña;
Más sírvate de aviso
En tu curso, el de aquella,
No tan cruda ni bella,
Á quien ya sabes, que el pastor de Anfriso
Con pié menos ligero
La siguió ninfa, y la alcanzó madero.
Quédate aquí, cancion, y pon silencio
Al fugitivo canto;
Que razon es parar quien corrió tanto.

## V.

### A D. Diego Lopez de Haro, que murió niño.

Donde las altas ruedas
Con silencio se mueven,
Y á gemir no se atreven
Las verdes sonorosas alamedas,
Por no hacer ruido
Al Bétis que entre juncias va dormido;
Sobre un peñasco roto,
Al tronco recostado
De un fresno levantado,
Que escoje entre los árboles del soto,
Porque su sombra es flores,
Su dulce fruto dulces ruiseñores:
Coridon se quejaba
De la ausencia importuna,
Al rayo de la luna,
Que al perezoso rio le hurtaba,
Mientras que él no lo siente,
Espejos claros de cristal luciente.

«Injusto amor, decia,
Pues permites que muera,
En estraña ribera,
Que por estraña tengo yo la mia,
Válganme contra ausencia
Esperanzas armadas de paciencia.»

## VI.

Vuelas, oh tortolilla,
Y al tierno esposo dejas
En soledad y quejas,
Vuelves despues gimiendo,
Recíbete arrullando,
Lasciva tú, si él blando;
Dichosa tu mil veces,
Que con el pico haces,
Dulces guerras de amor, y dulces paces.
Testigo fué á tu amante
Aquel vestido tronco
De algun arrullo ronco;
Testigo tambien tuyo
Fué aquel tronco vestido
De algun dulce gemido,
Campo fué de batalla,
Y tálamo fué luego,
Arbol que tanto fué perdone el fuego.
Mi piedad una á una
Contó, aves dichosas,
Vuestras quejas sabrosas;
Mi envidia ciento á ciento
Contó, dichosas aves,

Vuestros besos suaves;
Quien besos contó y quejas,
Las flores cuente á Mayo,
Y al cielo las estrellas rayo á rayo.
Injuria es de las gentes,
Que de una tortolilla
Amor tenga mancilla,
Y que de un tierno amante
Escuche sordo el ruego,
Y mire el daño ciego;
Al fin es Dios alado,
Y plumas no son malas,
Para lisongear á un Dios con alas.

## VII.

Del mar, y no de Huelva
Los escollos, el sol los muros raya,
Gimiendo el Alcion, era en la playa
Ruiseñor en la selva,
Cuando pescador pobre
Mucho despide, red de poco robre.
Al que le escuchó en vano
Golfo, apesar del norte siempre inquieto,
Se queja del Amor, á quien sujeto
Obedece, tirano,
En las prisiones bellas
De la esfera mayor de sus centellas.
Escollo cristalino,
A quien el pescador cuanto padece,
Sentado, en su crueldad dulce le ofrece,
Sin hallar el divino

Canto alivio á sus quejas.
¡Triste del que á una roca pide orejas!

## VIII.

**A una dama presentándole unas flores.**

De la florida falda
Que hoy de perlas bordó el alba luciente,
Tejidos en guirnaldas
Traslado estos jazmines á tu frente,
Que piden, con ser flores,
Blanco á tus sienes y á tu boca olores.
Guarda de estos jazmines
De abejas era un escuadron volante,
Ronco sí de clarines,
Mas de puntas armado de diamante;
Púselas en huida,
Y cada flor me cuesta una herida.
Mas Clori, que he tegido
Jazmines al cabello desatado,
Y más besos te pido
Que abejas tuvo el escuadron armado;
Lisonjas son iguales
Servir yo en flores, pagar tú en panales.

## IX.

Dichosa pastorcilla (1),
Que del Tajo en la orilla,
Por ella más que por su arena rico,

(1) Hállase esta cancion en la comedia, *Las firmezas de Isabela*.

Viste sincera y pura
Blancura de blancura,
Nieve el pecho y armiños el pellico,
Y al viento suelta el oro encordonado
Cuando vestirse quiere de brocado;
  A sombras de un aliso,
Que al ruiseñor quiso
Servir de jaula de sus dulces quejas,
Despues que han argentado
De plata el verde prado,
Reduce á sus rediles sus ovejas,
Do las ordeña, compitiendo en vano
La blanca leche con la blanca mano.
  Sus piés la primavera
Calzados, la ribera
De perlas siembra, el monte de esmeraldas;
Síguenla los pastores,
Coronados de flores,
Porque á sus piés les deben sus guirnaldas,
Y siervos coronados pagan ellos
Sus libres pasos á sus ojos bellos.
  Pastorcilla dichosa,
Si ya te hizo esposa,
Dulce propia eleccion, no fuerza ajena,
Al de plumas lozano
Avestruz africano,
Que vuela hoy en su desnuda arena
Menosprecia la tórtola, y en suma
Mas arrullos escoge y menos pluma.

## X.

### Á una golondrina.

Á la pendiente cuna
Vuelves, al que fiaste nido estrecho
Oh huéspeda importuna
De las retamas frágiles de un techo,
Que arboleda celosa aún no le fia
De cuanta le concede luz el dia.
¡Oh tú, de las parleras
Aves, la menos dulce y más quejosa!
¿Por qué el silencio alteras
De la paz, muda sí, pero dichosa,
Que en tu nido presuma
Que miente voz la envidia y vista pluma?
Magníficas orejas
Ofendan en alcázares dorados
Tus repetidas quejas,
Mientras yo entre estos sauces levantados
Aplauso al ruiseñor le niego breve
Sobre la yerba que este cristal bebe.
¿Cuál, dí, bárbara arena,
De sierpes, has dejado, engendradora,
Por turbar la serena
Dulce tranquilidad que en este mora
Tan grato como pobre albergue, donde
Sellado el labio, la quietud se esconde?
Aquí, pues, al cuidado
Niego estos quicios, niego la cultura
De ese breve cercado,
Cuyo líquido soto plata es pura

De arroyo tau oblícuo, que no deja
La fragancia salir, entrar la abeja.

## XI.

Tenia Mari-Nuño una gallina,
En poner tan contina
Cuanto la vieja atenta á su regalo.
Sucedió un año malo,
Tal, que el pasto faltándole suave,
Negó su feudo el ave;
Perdone Mari-Nuño,
Que la overa se cierra cuando el puño.
Mucho nos dicta en la paraboleja
De nuestra buena vieja,
Monseñor interés. Sangró una ingrata
Cierto jayan de plata,
Enano Potosí, cofre de acero,
De un bobo perulero,
Á quien le dejó apenas
Sangre Real en sus lucientes venas.
Sintiendo los deliquios ella luego,
Con la venda del ciego
La sangradura se ata, y se retira.
¿Quién de lo tal se admira,
Si en dueñas hoy, y en todo su partido
Lo más obedecido
Es lo que acuña el cuño?
Quien quisiere pues huevos, abra el puño.
Águila, si en la pluma, no en la vista,
El togado es legista,
No atento al pleito de su litigante,

Si no á la rutilante
Bolsa, de cuatro mil soles esfera.
¡Ciego de aquel que espera
Vista, aunque sea poca,
De un aguileño, cósanme esta boca!
Con qué eficacia el pendolar ministro
Reduce su registro
De la ley de escritura á la de gracia,
Batida su eficacia
De un acicate de oro; el papel diga
Á cuanto rasgo obliga
El dorado rasguño,
Y que overas cerró un cerrado puño.
Que peine oro en la barba tu hijo Febo,
¿Quién lo tendrá por nuevo,
Si lo peina en las palmas de las manos?
Cualquiera matasanos,
Si Toledo no vió entre puente y puente
Á barbo dar valiente
Carrete, más prolijo
Que á rico enfermo tu barbado hijo.
Cuantos, ó mal la espátula desata,
Ó desmiente la plata,
Farmacos, oro son á la botica,
Caudales, que lambica,
Y simples hablen tantos como gasta.
Envainad, musa, basta
El que ha pillado cuño,
Quien os la pegará quizá de puño.

# TERCETOS BURLESCOS.

**Á lo poco
que hay que fiar de los favores de los Príncipes
cortesanos, por lo cual se sale de la córte.**

¡Mal haya el que en señores idolatra,
Y en Madrid desperdicia sus dineros,
Si ha de hacer al salir una mohatra!
Arroyos de mi huerta lisongeros,
(Lisongeros, mal dije, que sois claros)
Dios me saque de aquí, y me deje veros.
Si correis sordos, no quiero hablaros,
Mejor es que corrais murmuradores;
Que llevo muchas cosas que contaros.
Tenedme, aunque es otoño, ruiseñores,
Ya que llevar no puedo ruicriados,
Que entre pámpanos son lo que entre flores.
Si yo tuviera veinte mil ducados,
Típlones convocára de Castilla,
De Portugal bajetes mermelados,
Y á fé que á la pagísima capilla
Tiorbas de cristal vuestras corrientes
Prestáran dulces en su verde orilla;
Pájaros suplan, pues faltas de gentes,
Que en voces, sino métricas, suaves,
Consonancias desaten diferentes.
Si ya no es que de las simples aves
Contiene la república volante
Poetas, ó burlescos sean ó graves;

Y cualque madrigal sea elegante,
Librándome el lenguage en el concento,
El que algun culto ruiseñor me cante,
Pródigo dulce que corona el viento;
En unas mismas plumas escondido
El músico, la musa, el instrumento;
Mas ¿dónde yo me habia divertido?
Risueñas aguas, que de vuestro dueño
Con razon os habeis siempre reido,
Guardad entre estas guijas lo risueño
Á este dómine bobo que pensaba
Escaparse de tal por lo aguileño,
Celebrando con tinta y aun con baba,
Las fiestas de la córte, poco menos
Que hacérselas á Judas con octava.
Contar pensé en sus márgenes amenos
Cuantas Dianas Manzanares mira,
Á no arromadizarme sus serenos;
La lisonja, con todo, y la mentira,
Modernas musas del favonio coro,
Las cuerdas le rozaron á mi lira.
¿Valió por dicha al leño mio canoro,
Si puede ser canoro leño mio,
Clavijas de marfil ó trastes de oro?
Sequedad lo ha tratado como á rio;
Puente de plata fué que hizo alguno
Á mi fuga quizá de su desvío.
No más, no, que aun á mí seré importuno,
Y no es mi intento á nadie dar enojos,
Si nó apelar al pájaro de Juno.
Gastar quiero de hoy más plumas con ojos,

Y mirar lo que escribo, el desengaño
Preste clavo y pared á mis despojos.
  La adulacion se queden y el engaño
Mintiendo en el teatro, y la esperanza,
Dando su verde un año y otro año.
  Que si en el mundo hay bienaventuranza,
Á la sombra de aquel árbol me espera,
Cuyo verdor no conoció mudanza.
  Su flor es pompa de la primavera,
Su fruto, ó sea lo dulce, ó sea lo acedo,
En oro engasta, que al romperlo es cera.
  Allí el murmurio de las aguas ledo,
Ócio sin culpa, sueño sin cuidado,
Me aguardan, si acá en polvos no me quedo,
  Molido del dictámen de un letrado,
En la tahona de un relator, donde
Siempre hallé para mí el rocin cansado.
  ¡Dichoso el que pacífico se esconde
Á este civil ruïdo, y litigante,
Ó se concierta, ó por poder responde,
  Solo por no ser miembro cortejante
De sierpe prodigiosa que camina
La cola, como el gámbaro, delante!
  ¡Oh soledad de la quietud divina,
Dulce prenda, aunque muda ciudadana
Del campo y de sus ecos convecina!
  ¡Sabrosas treguas de la vida urbana,
Paz del entendimiento, que lambica
Tanto en discursos la ambicion humana!
  ¿Quién todos sus sentidos no te aplica?
Ponme sobre la mula; verás cuanto,

Más que la espuela esta opinion la pica.
  Sea piedras la corona, si oro el manto
Del Monarca supremo; que el prudente,
Con tanta obligacion no aspira á tanto.
  Entre pastor de ovejas y de gente
Un político medio lo conduce,
Del pueblo á su heredad, de ella á su fuente.
  Sobre el aljófar que en las yerbas luce,
Ó se reclina, ó toma residencia,
Á cada vara de lo que produce.
  Tiéndese, y con debida reverencia
Responde, alta la gamba, al que le escribe,
La espulsion de los moros de Valencia;
  Tan cerimoniosamente vive,
Sin dársele un cuatrin, de que en la corte
Le dén título aquel, ó el otro prive.
  No gasta así papel, no paga porte
De la gaceta que escribió las bodas
De Doña Calamita con el Norte.
  Del estadista y sus razones todas
Se burla visitando sus frutales,
Mientras el ambicioso sus baibodas.
  No pisa pretendiente los umbrales,
Del que trae la memoria en la pretina,
Pues de ella penden los memoriales.
  El márgen de la fuente cristalina
Sobre el verde mantel que dá á su mesa,
Platos le ofrece de esmeralda fina.
  Sírvele el huerto con la pera gruesa,
Émula en el sabor y no comprada
De lo más cordial de la camuesa.

Á la gula se queden la dorada
Rica bajilla, el bacanal estruendo;
Mas basta que la mula es ya llegada,
Á tus lomos, oh rucia, me encomiendo.

# FÁBULA

DE

## POLIFEMO Y GALATEA.

### AL EXCMO. SR. CONDE DE NIEBLA.

Estas que me dictó rimas sonoras,
Culta sí, aunque bucólica Talia,
¡Oh excelso conde! en las purpúreas horas
Que es rosa el alba y rosicler el dia,
Agora, que de luz su niebla doras,
Escucha al son de la zampoña mia,
Si ya los muros no te ven de Huelva
Peinar el viento ó fatigar la selva.

Templado pula en la maestra mano
El generoso pájaro su pluma,
Ó tan mudo en la alcándara, que en vano
Aun desmentir el cascabel presuma;
Tascando haga el freno de oro cano
Del caballo andaluz la ociosa espuma;
Gima el lebrel en el cordon de seda,
Y al cuerno, en fin, la cítara suceda.

Treguas al ejercicio sean robustos
Ocio atento, silencio dulce, en cuanto
Debajo escuchas de dosél augusto

Del músico jayan el fiero canto;
Alterna con las musas hoy el gusto;
Que si la mia puede ofrecer tanto
Clarin, y de la fama no segundo,
Tu nombre oirán los términos del mundo.

## Fábula.

Donde espumoso el mar siciliano
El pié argenta de plata al Lilibeo
Bóveda de las fraguas de Vulcano
Ó tumba de los huesos de Tifeo,
Pálidas señas cenizoso un llano,
Cuando no del sacrílego deseo,
Del duro oficio da; allí una alta roca
Mordaza es á una gruta de su boca.

Guarnicion tosca deste escollo duro
Troncos robustos son, á cuya greña
Menos luz debe, menos aire puro,
La caverna profunda que á la peña;
Caliginoso lecho el seno oscuro
Ser de la negra noche nos enseña,
Infame turba de nocturnas aves,
Gimiendo tristes y volando graves.

Deste, pues, formidable de la tierra
Bostezo el melancólico vacío,
Á Polífemo, horror de aquella sierra,
Bárbara choza es, albergue umbrío
Y redil espacioso, donde encierra
Cuanto las cumbres ásperas cabrío
De los montes esconde, copia bella
Que un silbo junta y un peñasco sella.

Era un monte de miembros eminente
Este que, de Neptuno hijo fiero,
De un ojo ilustra el orbe de su frente,
Émulo casi del mayor lucero;
Cíclope, á quien el pino más valiente
Bastón le obedecía tan ligero,
Y al grave peso junco tan delgado,
Que un día era bastón y otro cayado.
Negro el cabello, imitador undoso
De las oscuras ondas del Leteo
Al viento, que lo peina proceloso,
Vuela sin órden, pende sin aseo;
Un torrente es su barba impetuoso,
Que adusto hijo deste Pirineo
Su pecho inunda, ó tarde, ó mal, ó en vano
Surcada aún de los dedos de su mano.
No la Trinácria en sus montañas fiera
Armó de crueldad, calzó de viento,
Que redima feroz, salve ligera
Su piel manchada de colores ciento;
Pellico es ya la que en los bosques era
Mortal horror al que con paso lento
Los bueyes á su albergue reducía,
Pisando la dudosa luz del día.
Cercado es, cuanto más capaz, más lleno,
De la fruta el zurron casi abortada,
Que el tardo otoño deja al blando seno
De la piadosa yerba encomendada;
La serva, á quien le da rugas el heno,
La pera, de quien fué cuna dorada
La rubia paja, y pálida tutora

La niega avara, y pródiga la dora.
Erizo es el zurron de la castaña
Y entre el membrillo, ó verde ó datilado,
De la manzana hipócrita, que engaña,
Á lo pálido no, á lo arrebolado;
Y de la encina, honor de la montaña,
Que pabellon al siglo fué dorado,
El tributo, alimento, aunque grosero,
Del mejor mundo, del candor primero.
Cera y cáñamo unió que no debiera,
Cien cañas, cuyo bárbaro ruido,
De más ecos que unió cáñamo y cera
Alboguees duramente repetido;
La selva se confunde, el mar se altera,
Rompe triton su caracol torcido,
Sordo huye el vagel á vela y remo;
Tal la música es de Polifemo.
Ninfa de Dóris, hija la más bella
Adora que vió el reino de la espuma;
Galatea es su nombre, y dulce en ella
El terno Vénus de sus gracias suma;
Son una y otra luminosa estrella
Lucientes ojos de su blanca pluma.
Si roca de cristal no es de Neptuno,
Pavon de Vénus es, cisne de Juno.
Purpúreas rosas sobre Galatea
La alba entre lilios cándidos deshoja;
Duda el Amor cuál más su color sea,
Ó púrpura nevada ó nieve roja;
De su frente la perla es Eritrea
Émula vana; el ciego Dios se enoja,

Y condenado su esplendor, la deja
Pender en oro al nácar de su oreja.
  Invidia de las ninfas y cuidado
De cuantas honra el mar deidades era,
Pompa del marinero, niño alado,
Que sin fanal conduce su venera;
Verde el cabello, el pecho no escamado,
Ronco sí, escucha á Glauco la ribera
Inducir á pisar la bella ingrata
En carro de cristal campos de plata.
  Marino jóven las cerúleas sienes
Del más tierno coral ciñe Palemo,
Rico de cuantos la agua engendra bienes
Del faro odioso al promontorio estremo,
Más en la gracia igual, si en los desdénes
Perdonado algo más que Polífemo
De la que no le oyó, y calzada plumas,
Tantas flores pisó como él espumas.
  Huye la bella ninfa, y el marino
Amante nadador ser bien quisiera,
Ya que no áspid á su pié divino,
Dorado pomo á su veloz carrera;
Más ¿cuál diente mortal, cuál metal fino
La fuga suspender podrá ligera
Que el desdén solicita? ¡Oh cuánto yerra
Delfin que sigue en agua corza en tierra!
  Sicilia en cuanto oculta, en cuanto ofrece,
Copa es de Baco, huerto de Pomona;
Tanto de frutas ésta la enriquece,
Cuanto aquel de racimos la corona;
En carro que estival trillo parece,

Á sus campañas Céres, no perdona,
De cuyas fertilísimas espigas
Las provincias de Europa son hormigas.
Á Pales su viciosa cumbre debe
Lo que á Céres, y aun más, su vega llana,
Pues si en la una granos de oro llueve,
Copos nieva en la otra mil de lana;
De cuantos siegan oro, esquilan nieve
Ó en pipas guardan la esprimida grana,
Bien sea religion, bien amor sea,
Deidad, aunque sin templo, es Galatea.
Sin aras no; que el márgen donde para
Del espumoso mar su pié ligero,
Al labrador de sus primicias ara,
De sus esquilmos es al ganadero;
De la copia á la tierra poco avara
El cuerno vierte el hortelano entero
Sobre la mimbre que tegió prolija,
Si artificiosa no, su honesta hija.
Arde la juventud, y los arados
Peinan las tierras que sulcaron antes
Mal conducidos, cuando no arrastrados
De tardos bueyes, cual su dueño errantes;
Sin pastor que los silbe, los ganados
Los crugidos ignoran resonantes
De las hondas, si en vez del pastor pobre
El céfiro no silba, ó cruje el robre.
Mudó la noche el can; el dia dormido
De cerro en cerro y sombra en sombra yace;
Bala el ganado, el mísero valido
Nocturno el lobo de las selvas nace;

Cébase, y fiero deja humedecido
En sangre de una lo que la otra pace.
Revoca Amor los silbos, á su dueño
El silencio del can siga ó el sueño.
La fugitiva ninfa en tanto, donde
Hurta un laurel su tronco al sol ardiente
Tantos jazmines cuanta yerba esconde,
La nieve de sus miembros da á una fuente;
Dulce se queja, dulce se responde
Un ruiseñor á otro, y dulcemente
Al sueño dá sus ojos la armonía
Por no abrasar con tres soles el dia.
Salamandra del sol vestido estrellas,
Latiendo el can del cielo estaba, cuando
Polvo el cabello, húmidas centellas,
Si no ardientes aljófares sudando,
Llegó Acis, y de ambas luces bellas
Dulce occidente viendo al sueño blando,
Su boca dió y sus ojos cuanto pudo
Al sonoro cristal, al cristal mudo.
Era Acis un venablo de Cupido,
De un fauno medio hombre y medio fiera,
En Simetis, hermosa ninfa, habido,
Gloria del mar, honor de su ribera;
Al bello imán, al ídolo dormido,
A cero sigue, idólatra venera;
Rico de cuanto el huerto ofrece pobre.
Rinden las vacas y fomenta el robre,
El celestial humor recien cuajado
Que la almendra guardó entre verde y seca,
En blanca mimbre se lo puso al lado,

Y un copo en verdes juncos de manteca;
En breve corcho, pero bien labrado,
Un rubio hijo de una encina hueca,
Dulcísimo panal, á cuya cera
Su nectar vinculó la primavera.
 Caluroso al arroyo da las manos,
Y con ellas las ondas á su frente
Entre dos mirtos que, de espuma canos,
Dos verdes garzas son de la corriente;
Vagas cortinas de volantes vanos
Corrió Favonio lisongeramente,
Ala de viento, cuando no sea cama
De frescas sombras, de menuda grama.
 La ninfa, pues, la sonorosa plata
Bullir sintió del arroyuelo apenas,
Cuando, á sus verdes márgenes ingrata,
Segur se hizo de sus azucenas;
Huyera, mas tan frio se desata
Un temor perezoso por sus venas,
Que á la precisa fuga, al preste vuelo
Grillos de nieve fué, plumas de hielo.
 Fruta en mimbres hallo, leche esprimida
En juncos, miel en corcho, más sin dueño,
Si bien al dueño debe, agradecida
Su deidad culta, venerado el sueño;
A la ausencia mil veces ofrecida
Este de cortesía no pepueño
Indicio la dejó, aunque estaba helada,
Mas discursiva y menos alterada.
 No al cíclope atribuye, no, la ofrenda;
No á sátiro lascivo ni á otro feo

Morador de las selvas, cuya rienda
El sueño afloja que aflojó el deseo;
El niño dios entonces de la venda,
Ostentacion gloriosa, alto trofeo
Quiere que al árbol de su madre sea
El desdén hasta allí de Galatea;

Entre las ramas del que más se lava
En el arroyo, mirto levantado,
Carcax de cristal hizo, si no aljaba,
Su blanco pecho de un arpon dorado;
El monstruo de rigor, la fiera brava
Mira la ofrenda ya con más cuidado,
Y aun siente que á su dueño sea devoto,
Confuso alcaide más, el verde soto.

Llamáralo, aunque muda, más no sabe
El nombre articular que más querria,
Ni lo ha visto, si bien pincel suave
Lo ha bosquejado ya en su fantasía;
Al pié no tanto ya, del temor grave
Fía su intento, y tímida en la umbría
Cama de campo, y campo de batalla,
Fingiendo sueño al cauto garzon halla.

El bulto vió, y haciéndolo dormido,
Librada en un pie, toda sobre él pende,
Urbana al sueño, bárbara al mentido
Retórico silencio que no entiende;
No el ave reina así el fragoso nido
Corona inmóvil mientras no deciende
Rayo con plumas al milano pollo
Que la eminencia abriga de un escollo;

Como la ninfa bella, compitiendo

Con el garzon dormido en cortesía,
No solo para, más el dulce estruendo
Del lento arroyo enmudecer querria;
A pesar luego de las ramas, viendo
Colorido el bosquejo que ya habia
En su imaginacion Cupido hecho
Con el pincel que le clavó en su pecho,
De sitio mejorada, atenta mira
En la disposicion robusta aquello
Que, si por lo suave no la admira,
Es fuerza que la admire por lo bello;
Del casi trasmontado sol aspira
A los confusos rayos su cabello;
Flores su bozo es, cuyas colores,
Como duerme la luz, niegan las flores.
En la rústica greña yace oculto
El àspid del intenso prado ameno
Antes que del peinado jardin culto
En el lascivo regalado seno;
En lo viril desata de su bulto
Lo más dulce el Amor de su veneno;
Bébelo Galatea, y dá otro paso
Por apurarle la ponzoña al vaso.
Acis, aun más de aquello que dispensa
La brújula del sueño vigilante,
Alterada la ninfa esté ó suspensa,
Argos es siempre atento á su semblante,
Lince penetrador de lo que piensa,
Cíñalo bronce ó múrelo diamante
Que en sus paladiones Amor ciego,
Sin romper muros introduce fuego.

El sueño de sus miembros sacudido,
Gallardo el jóven su persona ostenta
Y el marfil luego de sus piés rendido,
El coturno besar dorado intenta;
Menos ofende el rayo prevenido
Al marinero, menos la tormenta
Prevista le turbó ó pronosticada;
Galatea lo diga, salteada.

Mas agradable, menos zahareña,
Al mancebo levanta venturoso,
Dulce ya concediéndole y risueña
Paces no al sueño, treguas sí al reposo,
Lo cóncavo hacia de una peña
A un fresco sitial dosél umbroso,
Y verdes celosías unas hiedras,
Trepando troncos y abrazando piedras.

Sobre una alfombra que imitara en vano
El tírio sus matices, si bien era
De cuantas sedas ya hiló gusano,
Y artífice tegió la primavera,
Reclinados al mirto más lozano,
Una y otra lasciva, si ligera;
Paloma se caló, cuyos gemidos,
Trompas de amor, alteran sus oidos.

El ronco arrullo al jóven solicita;
Mas con desvíos Galatea suaves
A su audacia los términos limita,
Y el aplauso al concento de las aves,
Entre las ondas y la fruta imita
Acis al siempre ayuno en penas graves;
Que en tanta gloria infierno son en breve,

Fugitivo cristal, pomos de nieve.
No á las palomas concedió Cupido
Juntar de sus dos picos los rubíes,
Cuando al clavel el jóven atrevido
Las dos hojas le chupa carmesies;
Cuantas produce Pafo, engendra Gnido
Negras violas, blancos alhelíes
Lluevan sobre el que Amor quiere que sea
Tálamo de Acis ya y de Galatea.
Su aliento humo, sus relinchos fuego,
Si bien su freno espumas, ilustraba
Las columnas Eton que erigió el griego,
Do carro de la luz sus ruedas lava,
Cuando de amor el fiero jayan ciego
La cerviz le oprimió á una roca brava,
Que á la playa, de escollos no desnuda,
Lanterna es ciega y atalaya es muda.
Árbitro de montañas y ribera,
Aliento dió en la cumbre de la roca
A los albogues que agregó la cera,
El prodigioso fuelle de su boca;
La ninfa los oyó, y ser más quisiera
Breve flor, yerba humilde, tierra poca,
Que de su nuevo tronco vid lasciva,
Muerta de amor, y de temor no viva;
Mas cristalinos pámpanos sus brazos,
Amor la implica si el temor la añuda
Al infelice olmo que pedazos
La segur de los celos hará aguda:
Las cavernas en tanto, los ribazos
Que ha prevenido la zampoña ruda,

El trueno de la voz fulminó luego;
Referidlo, Piérides, os ruego.
«¡Oh bella Galatea, más suave
Que los claveles que tronçó la aurora,
Blanca más que las plumas de aquel ave
Que dulce muere y en las aguas mora;
Igual en pompa al pájaro que grave
Su manto azul de tantos ojos dora
Cuantas al celestial záfiro estrellas;
Oh tú que en dos incluyes las más bellas!
»Deja las ondas; deja el rubio coro
De las hijas de Tétis, y el mar vea,
Cuando niega una luz un carro de oro,
Que en dos las restituye Galatea;
Pisa la arena, que en la arena adoro
Cuantas el blanco pié conchas platea,
Cuyo bello contacto puede hacerlas,
Sin concebir rocío, parir perlas.
»Sorda hija del mar, cuyas orejas,
Á mis gemidos son rocas al viento,
Ó dormida te hurten á mis quejas
Purpúreos troncos de corales ciento,
Ó al disonante número de almejas,
Marino, si agradable no, instrumento,
Coros tegiendo estés, escucha un dia
Mi voz, por dulce, cuando no por mia.
»Pastor soy; mas tan rico en ganados,
Que los valles impido más vacíos,
Los cerros desparezco levantados
Y los caudales seco de los rios;
No los que de sus ubres desatados,

Ó derivados de los ojos mios,
Leche corren y lágrimas; que iguales
En número á mis bienes son mis males.
»Sudando néctar, lambicando olores,
Senos que ignora aun la golosa cabra,
Corchos me guardan más que abeja flores
Liba inquieta é ingeniosa labra;
Troncos me ofrecen árboles mayores,
Cuyos enjambres, ó el Abril los abra,
Ó los desate el Mayo, ámbar destilan
Y en ruecas de oro rayos del sol hilan.
»Del Júpiter soy hijo de las ondas,
Aunque pastor; si tu desdén no espera
Á que el monarca de esas grutas hondas
En tronco de cristal te abrace nuera;
Polífemo te llama, no te escondas;
Que tanto esposo admira la ribera
Cual otro no vió Febo más robusto
Del perezoso Bolga al Indo adusto.
»Sentado, á la alta palma no perdona
Su dulce fruto mi robusta mano;
En pié, sombra capaz es mi persona
De innumerables cabras el verano.
¿Qué mucho, si de nubes se corona
Por igualarme la montaña en vano,
Y en los cielos de esta roca puedo
Escribir mis desdichas con el dedo?
»Marítimo Alcion, roca eminente
Sobre sus huevos coronaba el dia,
Que espejo de zafiro fué luciente
La playa azul de la persona mia;

Miréme, y lucir ví un sol en mi frente
Cuando en el cielo un ojo se veia;
Neutra el agua, dudaba á cuál fé preste,
Al cielo humano ó al cíclope celeste.
»Registra en otras puertas el venado
Sus años, su cabeza colmilluda
La fiera, cuyo cerro levantado
De helvecias picas es muralla aguda;
La humana suya el caminante errado
Dió ya á mi cueva, de piedad desnuda,
Albergue hoy, por tu causa, al peregrino,
Do halló reparo, si perdió el camino.
»En tablas dividida rica nave
Besó la playa miserablemente,
De cuantas vomitó riquezas grave
Por las bocas del Nilo y el Oriente;
Yugo aquel dia, y yugo bien suave,
Del fiero mar á la sañuda frente
Imponiéndole estaba, sino al viento,
Dulcísimas coyundas mi instrumento;
»Cuando entre globos de agua entregar veo
Á las arenas ligurina haya,
En cajas los aromas del Sabéo,
En cofres las riquezas de Cambaya,
Delicias de aquel mundo, ya trofeo
De Scila, que ostentando en nuestra playa
Lastimoso despojo fué en dos dias
Á las que esta montaña engendra, arpías.
»Segunda tabla á un ginovés mi gruta
De su persona fué, de su hacienda;
La una reparada, la otra enjuta,

Relacion del naufragio hizo horrenda;
Luciente paga de la mejor fruta
Que en yerbas se recline ó en hilos penda,
Colmillo fué del animal que el Gánges
Sufrir muros le vió, romper falanges.
»Arco digo gentil, bruñida aljaba,
Obras ambas de artífice prolijo,
Y de Malaco rey á deidad Java
Alto don, segun ya mi huésped dijo;
De aquel la mano, desta el hombro agrava;
Convencida la madre, imita al hijo;
Serás á un tiempo en estos horizontes
Vénus del mar, Cupido de los montes.»
Su horrenda voz, no su dolor interno,
Cabras aquí le interrumpieron cuantas
Vagas el pié, sacrílegas el cuerno
Á Baco se atrevieron en sus plantas;
Mas, conculcado el pámpano más tierno,
Viendo el fiero pastor, voces él tantas
Y tantas despidió la honda piedras,
Que el muro penetraron de las hiedras.
De los ñudos con esto más suaves
Los dulces dos amantes desatados,
Por duras guijas, por espinas graves
Solicitan el mar con piés alados;
Tal redimiendo de importunas aves,
Incauto meseguero sus sembrados
De liebres dirimió copia así amiga,
Que vario sexo unió y un sulco abriga.
Viendo el fiero jayan con paso mudo
Correr al mar la fugitiva nieve,

Que á tanta vista el líbico desnudo
Registra el campo de su adarga breve,
Y el garzon viendo, cuantas mover pudo
Celoso trueno, antiguas hayas mueve,
Tal antes que la opaca nube rompa
Previene rayo fulminante trompa.
  Con violencia desgajó infinita
La mayor parte de la excelsa roca
Que al jóven sobre quien la precipita,
Urna es mucha, pirámide no poca;
Con lágrimas la ninfa solicita
Las deidades del mar, que Acis invoca;
Concurren todas, y el peñasco duro
La sangre que esprimió cristal fué puro.
  Sus miembros lastimosamente opresos
Del escollo fatal fueron apenas,
Que los piés de los árboles más gruesos
Calzó el líquido aljófar de sus venas;
Corriente plata al fin sus blancos huesos
Lamiendo flores y argentando arenas,
Á Doris llega, que con llanto pio
Yerno lo saludó, lo aclamó rio.

# DÉCIMAS.

### Amorosas.

Flechado ví con rigor
Á una ninfa soberana
En el arco de Diana
Las saetas del amor.

El corcillo volador,
Con ver su muerte vecina,
Aguarda, y la dura encina,
Blanco de sus tiros hecha,
En el hierro de su flecha
Besó su mano divina.

Ved cuán milagrosa y cuánta
Es su fuerza, pues la espera
Con voluntad una fiera
Y con respeto una planta;
Dulcísima fuerza y tanta,
Que herido della el viento,
Silba cada vez contento,
Deseando que á porfía
Cien veces le fleche al dia,
Por tener heridas ciento.

Esto que alcanza y sujeta
Sin que alas valgan piés,
No es fuerza de amor ni es
Celeridad de saeta,
Sino la virtud secreta
De la mano y del cabello,
Que da al arco marfil bello
Y á la cuerda oro sutil,
Conocido del marfil
Desde que ondcó en su cuello.

Deste pues arco que adoro,
Cuando tejieron la cuerda,
Su apellido dió la cerda
Y sus cabellos el oro;
Corvo honor del casto coro,

Y emulacion, sino celo,
Del que con torcido vuelo
Da al aire colores vanos,
Que por serlo de sus manos
Dará el ser arco del cielo.

## OTRAS.

Pintado he visto al Amor,
Y aunque lo he visto pintado,
Está vivo y aun armado
De dulcísimo rigor;
Ni es ciego, aunque es flechador,
Por que sus divinos ojos
No hieren ni dan enojos;
Que en solo un casto querer
Se dilata su poder
Y se abrevian sus despojos.

No con otro lazo engaña
Ni á otras prisiones condena
Que á la gloriosa cadena
A los Zúñigas de España;
Allá pues donde el mar baña
Las murallas de Ayamonte,
Sol de todo su horizonte,
Duras redes manda armar,
Como Tétis en el mar,
Como Diana en el monte.

El arco en su mano bella
Su esposo la dura lanza,
Él con el caballo alcanza
Al que con las flechas ella;

Al venado, que de aquella
Montaña tantos inviernos
Á los robles casi eternos
Les hurtó la antigüedad
Con los años de su edad,
Con las puntas de sus cuernos.
Al jabalí, en cuyos cerros
Se levanta un escuadron
De cerdas, si ya no son
Caladas picas sin hierros,
De armas, voces y de perros
Seguido, más no alcanzado,
Muere al fin atravesado,
Y no sé de cual primero,
Ó del rejon, que es ligero,
Ó del arpon, que es alado.

## LÍRICAS.

El pensar como pensar,
Dar alivio al pensamiento,
Es pensar en un tormento
Pesado más que el pesar;
No en sus escollos el mar
Tantas ondas rompe al año,
Cuantos sin cuidado estraño
Pensamientos rompe al dia;
Dirán que es melancolía,
Y no es sino desengaño.
Hacen esperanzas vanas
Lisonjas que son enojos,
Á una razon con antojos

Y á una esperiencia con canas;
Alas se visten livianas
De pensamientos, y en suma,
Sean de cera ó sean de pluma,
Sale el sol de la verdad,
Y de tanta variedad
Hace sepulcro la vida.

Mal solicitan sirenas
Sueño al forzado que vemos
Desvelado entre los remos
Dormir sobre las cadenas.
Lisonjas no mudan penas,
Que unas mismas penas son.
Mudando imaginacion,
Beba el viento, que sin duda
Muda el color, mas no muda
Su paso el camaleon.

## DÉCIMA FÚNEBRE

### á la muerte de D. Rodrigo Calderon.

Cuanto el acero fatal
Glorioso hizo tu fin,
Cuesta á la fama el clarin
De más canoro metal;
Si yo promulgare mal
El acto tan superior,
Ninguno podrá mejor
Que tu muerte referillo,
Siendo su lengua el cuchillo
Que examinó tu valor.

## DÉCIMAS

### contra las costumbres.

Ya de mi dulce instrumento
Cada cuerda es un cordel,
Y en vez de vihuela, él
Es potro de dar tormento;
Quizá con celoso intento
De hacerme decir verdades
Contra estados, contra edades,
Contra costumbres al fin;
No las comente el ruin,
Ni las tuerza el enemigo;
*Y digan que yo lo digo.*

Del mercader, si es lo mismo,
Con vara y pluma en la mano
Condenarse en castellano,
Que irse al infierno en guarismo;
Desátenme el silogismo
Sus pulgadas y sus ceros,
Su conciencia y sus dineros,
Y tenga por cosa cierta
Que si le cierran la puerta,
En el cielo no hay postigo;
*Y digan que yo lo digo.*

Ver sus tocas blanquear
Á la viuda, más me mueve,
Que ver cubierto de nieve
El puerto del muladar;
Déjase á solas pasear
De cualquiera forastero,

Ó peon ó caballero,
Y con sus amigas llora
Á su esposo la señora
Como la Cava á Rodrigo;
*Y digan que yo lo digo.*

Viendo el escribano que
Dan á su legalidad,
Por ser poco él de verdad,
Nombre las leyes de fé,
Su pluma sin ojos vé,
Y su bolsa, aunque sin lengua,
Por la boca crece y mengua
Las razones del culpado,
La bolsa hecha abogado,
La pluma hecha testigo;
Y *digan que yo lo digo.*

Como consulta la dama
Con el espejo su tez,
¿No consultará una vez
Con la honestidad su fama?
Áspid al vecino llama
Que la muerde el carcañar,
Cuando sale á visitar
El copete y la corona,
A los dos no la perdona
Desde la joya al bodigo;
*Y digan que yo lo digo.*

Milagros hizo por cierto
Un alcalde, y lo ví yo,
Que siendo vivo, le dió
Almas de oro á un gato muerto;

Y aun es de tanto concierto,
Que se iguala y no se ajusta
Y si acaso á doña Justa
Algo entre platos le viene,
Deja la verdad, y tiene
Á Platon por más amigo;
*Y digan que yo lo digo.*

Éntrase en vuestros rincones
Comadreando la vieja,
Bien como la comadreja
En nido de gorriones;
Con madejas y oraciones
Os quiebra ó degüella en suma,
Hora en huevos, hora en pluma,
La honra de vuestra hija,
Destas terceras, clavija
Sea la rama de un quejigo:
*Y digan que yo lo digo.*

Del doctor mal entendido,
De guantes no muy estrechos,
Con más homicidios hechos
Que un catalan foragido;
Si son de puñal buido
Las hojas de su Galeno;
Y si partir puede el freno
Y el dinero con su mula;
Mate, y sírvale de bula
La carta que trae consigo;
*Y digan que yo lo digo.*

## OTRAS.

Cuán venerables que son,
Cuán digno de reverencia,
Las tocas de la apariencia,
El manto de la opinion;
¡Oh Coridon, Coridon!
Venza las tórtolas Dido
En uno y otro gemido,
Turbe el agua á lo viudo;
Que á fé que el hierro desnudo
Desmienta al mongil vestido.

De un serafin quintañon
El menos hoy blanco diente,
Si una perla no es luciente,
Es un desnudo piñon;
¡Oh Coridon, Coridon!
Antojos calzais de necio,
Pues no entendeis á Vejecio;
Pero entenderéislo al fin
Si el quintañon serafin
Muerde duro, ó tose recio.

Solicita devocion
El rostro de la beata,
El geme, digo, de plata
Engastado en un griñon;
¡Oh Coridon, Coridon!
No hay flor de abeja segura;
Poca plata es su figura
Poca; mas con todo eso,
En oro le paga el peso

Quien en cuartos la hechura.
  Tejiendo ocupa un rincon
Penélope mientras yerra
Por mar Ulises, por tierra
Cenizas ya el Ilion;
¡Oh Coridon, Coridon!
Ella en tierra y él en mar
Pabillas pudieran dar
Á un gitano, puesto que él
Menos urdió en su bajel
Que ella tejió en su telar.

## DÉCIMAS

**contra los que dijeron mal de las «Soledades.»**

  Por la estafeta he sabido
Que me han apologizado,
Y á fé de poeta honrado,
Ya que no bien entendido,
Que estoy muy agradecido
De su ignorancia tan crasa,
Que aun el sombrero les pasa,
Pues imputa oscuridad
Á una opaca soledad
Quien luz no enciende en su casa.
  Melindres son de lechuza,
Que en lo umbroso poco vuele
Quien en las tinieblas suele
No perdonar una alcuza;
Musa mia, sed hoy Muza;
Si empuña, si embraza acaso
Lanza y adarga el Parnaso,

Defended el honor mio,
Aunque no está, yo lo fio,
En la Vega Garcilaso.

## DÉCIMA

**á una dama sevillana, devota de D. Luis, que amenazaba con él á quien le hacia disgusto.**

---

Con la estafeta pasada
Me dió aviso un gentil-hombre
De que asombrais con mi nombre,
Y que matais con mi espada;
Vivis, señora, engañada;
Que el amor que os he propuesto
No es hijo de Marte en esto;
Antes es dél tan distinto,
Que si me hablais en el quinto,
No os he de hablar en el sexto.

## DÉCIMA BURLESCA.

¡Oh jurisprudencia, cuál
Por esos lodos he visto
Con caperucilla un mixto
De médico y colegial;
Peticiones á real
Hace de su misma mano,
Y cual si fuera Ulpiano
Informaciones á tres,
Y aun con esto dicen que es
«Carísimo en Cristo hermano.»

## OTRA

**á la muerte violenta que le dieron al Conde de Villamediana, sin saber quién.**

—Mentidero de Madrid,
Decidnos, ¿quién mató al Conde?
—Ni se sabe, ni se esconde.
—Sin discurso discurrid:
—Decid que le mató el Cid,
Por ser el Conde lozano.
—¡Disparate chabacano!
La verdad del caso ha sido,
Que el matador fué Bellido,
Y el impulso soberano.

## DÉCIMA BURLESCA

**á un poeta que para describir unas fiestas en octavas se valió de algunos amigos suyos.**

Ya de las fiestas reales
Sastre, y no poeta, seas,
Si á octavas como á libreas
Introduces oficiales;
De ajenas plumas te vales,
Corneja desmentirás,
La que delante y detrás
Gémina concha te viste;
Galápago siempre fuiste
Y galápago serás (1).

(1) Créese que esta décima está escrita contra el poeta dramático Alarcon, que era corcobado.

# LETRILLAS.

## I.

*Aprended, flores, de mí*
*Lo que vá de ayer á hoy,*
*Que ayer maravilla fui*
*Y hoy sombra mia no soy.*
La aurora ayer me dió cuna,
La noche ataud me dió,
Sin luz muriera si no
Me la prestára la luna,
Pues de vosotras ninguna
Deja de morir asi.
*Aprended, etc.*
Consuelo dulce clavel
Es á la brevedad mía,
Pues quien me concedió un dia,
Dos apenas le dió á él;
Efímeras del vergel,
Yo cárdena el carmesí.
*Aprended, etc.*
Flor es el jazmin y bella,
No de las más vividoras,
Pues vive pocas más horas
Que rayos tiene de estrella;
Si el ámbar florece, es ella
La flor que contiene en sí.
*Aprended, etc.*

El alhelí, aunque grosero
En fragancia y en olor
Más dias vé que otra flor,
Pues vé los de Mayo entero;
Morir maravilla quiero,
Y no vivir alhelí.
*Aprended, etc.*

A ninguna flor mayores
Términos concede el sol
Que al sublime girasol,
Matusalen de las flores;
Ojos son aduladores
Cuantas en él hojas ví.
*Aprended, flores, de mí*
*Lo que va de ayer á hoy,*
*Que ayer maravilla fuí*
*Y hoy sombra mia no soy.*

## II.

*La vaga esperanza mia*
*Se ha quedado en vago; ¡ay triste!*
*Quien alas de cera viste,*
*¡Cuán mal de mi sol las fia!*

Atrevida se dió al viento
Mi vaga esperanza, tanto,
Que las ondas de mi llanto
Infamó su atrevimiento;
Bien que todo un elemento
De lágrimas urna es poca
Que diré á cera tan loca

Ó á tan alada osadía:
*La vaga esperanza mia*
*Se ha quedado en vago ¡ay triste!*
*Quien alas de cera viste*
*¡Cuán mal de mi sol las fia!.*

## III.

Á UN FULANO DE ARROYO (1)

*Arroyo, ¿en qué ha de parar*
*Tanto anhelar y subir?* (2)
*Tú por ser Guadalquivir,*
*Guadalquivir por ser mar;*
*Carrillejo en acabar*
*Sin caudales y sin nombres,*
*Para ejemplo de los hombres* (3).

Hijo de una pobre fuente,
Nieto de una dura peña,
Á dos pasos los desdeña
Tu mal nacida corriente;
Si tu ambicion lo consiente,
En qué imagina me dí;
Murmura, y sea de tí,
Pues que sabes murmurar.
*Arroyo, etc.*

¿Qué dias tienes reposo?

---

(1) Créese generalmente que esta letrilla está escrita contra D. Rodrigo Calderon, porque habiendo llegado á la cumbre de su valimiento, dícese que queria hacerse pasar, más bien por hijo adulterino del duque de Alba, que por legítimo de Francisco Calderon, persona de buena cuna y honrada.

Pára admitir esto, es preciso suponer que Góngora pagó con ingratitud á su favorecedor el marqués de Siete Iglesias.

(2) Otros dicen: Tanto arribar y subir.

(3) En algunos códices no se leen estos tres últimos versos.

¿Á qué noches debes sueño?
Si corres tal vez risueño,
Siempre caminas quejoso;
Mucho tienes de furioso,
Aunque uso en el tirar cantos,
Y así tropiezas en tantos
Cuando te quies levantar.
*Arroyo, etc.*

Si tu corriente confiesa
Sin intermision alguna
Que la cabeza en la cuna
Y el pié tienes en la huesa,
¿Qué fatal desdicha es esa
En solicitar tu daño?
Pésame que el desengaño
La vida te va á costar.
*Arroyo, ¿en gué ha de parar*
*Tanto anhelar y subir*
*Tú por ser Guadalquivir,*
*Guadalquivir por ser mar;*
*Carrillejo en acabar*
*Sin caudales y sin nombres,*
*Para ejemplo de los hombres.*

## IV.

**Á dos hijos de un zapatero rico que gastaron lo que les dejó su padre**

*Los dineros del sacristan*
*Cantando se vienen,*
*Cantando se van.*

Tres hormas, si no fué un par,
Fueron la clave maestra

De la pompa que hoy nos muestra
Un hidalgo de solar;
Con plumajes á volar
Un hijo suyo salió,
Que asuela cuanto él soló,
Y la hijuela loquilla
De ámbar quiere la gervilla
Que desmienta el cordobán.

*Los dineros*, etc.

Dos troyanos y dos griegos,
Con sus celosas porfías,
Arman á Elena en dos dias
De joyas y de talegos;
Como es dinero de ciegos,
Y no ganado á oraciones,
Recibí dueñas con dones
Y un portero rabicano;
Su grandeza es un enano,
Su melarquía un truhan.

*Los dineros*, etc.

Labra un letrado un real
Palacio, porque sepádes
Que interés y necedades
En piedras hacen señal;
Hácelo luego hospital
Un halconero pelon,
Á quien hija y corazon
Dió en dote, que ser le plugo,
Para la mujer verdugo,
Para el dote gavilan.

*Los dineros*, etc.

Con dos puñados de sol
Y cuatro tumbos de dado
Repite el otro soldado
Para conde de Tirol;
Fénix lo hacen español,
Collar de oro y plumas bellas,
Despidiendo estas centellas
De sus joyas; mas la suerte
En gusano lo convierte,
De pájaro tan galan.
*Los dineros*, etc.

Herencia que á fuego y hierro
Malogró cuatro parientes,
Halló al quinto con los dientes
Peinando la calva á un perro;
Heredó por dicha ó yerro,
Y á su gula no perdona;
Pavillos nuevos capona
Mientras francolines ceba,
Y al fin en su mesa Eva
Siempre está tentando á Adan.
*Los dineros del sacristan*
*Cantando se vienen,*
*Cantando se van.*

## V.

*Dineros son calidad,*
*Verdad* (1).
*Más ama quien más suspira,*
*Mentira.*
Cruzados hacen cruzados,
Escudos pintan escudos,
Y tahures muy desnudos
Con dados ganan condados;
Ducados dejan ducados,
Y coronas majestad,
*Verdad.*
Pensar que uno solo es dueño
De puerta de muchas llaves,
Y afirmar que penas graves
Las paga un mirar risueño (2),
Y entender que no son sueño
Las promesas de Marfira,
*Mentira.*
Todo se vende este dia,
Todo el dinero lo iguala;
La córte vende su gala,
La guerra su valentía;
Hasta la sabiduría

(1) Lope de Vega, en su comedia *El premio del bien hablar*, dice:
Mas presumo yo que mira
Del oro la cantidad
*Dineros son calidad*,
Dijo el cordobés Lucano.

(2) Otros leen: *Las pague.*

Vende la Universidad,
*Verdad.*
No hay persona que hablar deje
Al necesitado en plaza;
Todo el mundo le es mordaza,
Aunque él por señas se queje;
Que tiene cara de hereje
Sin fé la necesidad,
*Verdad.*

## VI.

Si las damas de la córte
Quieren por dar una mano
Dos piezas del Toledano,
Y del Milanés un corte,
Mientras no dan otro corte,
*Busquen otro,*
*Que yo soy nacido en el potro.*
Si por unos ojos bellos,
Que se los dió el cielo dados,
Quieren ellas más ducados
Que tienen pestañas ellos;
Alquilen quien quiera vellos,
*Y busquen otro*, etc.
Si un billete cada cual
No hay tomallo ni leello
Mientras no le ven por sello
Llevar el cuño real;
Dama de condicion tal,
*Buscad otro*, etc.
Si á mi demanda y porfía,

Mostrándose muy honestas,
Dan más recias las respuestas
Que cañones de crujía;
Para tanta artillería,
*Busquen otro*, etc.
Si algunas damas bizarras,
No las quiero decir viejas,
Gastan el tiempo en pellejas
Y ellas se aforran en garras;
Vayan al Perú por barras,
*Y busquen otro*, etc.
Si la del dulce mirar
Ha de ser con presuncion,
Que ha de acudir á razon
De á veinte mil el millar;
Pues fué el mio de alquitar,
*Busquen otro*, etc.
Si se precian por lo menos
De que duques las recuestan,
Y á marqueses sueños cuestan,
Y á condes muchos serenos;
Á servidores tan llenos
*Huélalos otro*;
*Que yo he nacido en el potro.*

## VII.

Un buhonero ha empleado
En higas hoy su caudal.
Y aunque no son de cristal
Todas las ha despachado;
Para mí le he demandado

Cuando verdades no diga,
*Una higa.*
Al necio que le dan pena
Todos los agenos daños;
Cuando sea de cien años,
Alcanza vista tan buena,
Que ve la paja en la agena,
Y no en la suya dos vigas;
*Dos higas.*
Al galan que le dan jaque
Con una dama atreguada,
Y más bien peloteada
Que la Coruña del Draque;
Y fiada del zumaque
Le desmiente dos barrigas;
*Tres higas.*
Al marido que es ya llano,
Sin dar un maravedí,
Que le hinchó el alholí
Su mujer cada verano;
Si piensa que grano á grano
Se lo llevan las hormigas;
*Cuatro higas.*
Al que pretende más salvas
Y ceremonias mayores
Que se deben por señores
Á los Infantados y Albas,
Siendo nacido en las malvas,
Y criado en las hortigas,
*Cinco higas.*
Al pobre pelafustan,

Que de arrogancia se paga,
Y presenta la biznaga
Por testigo del faisán;
Viendo que las barbas dan
Testimonio de las migas,
*Seis higas.*

Al que de sedas armado,
Tal para Cádiz camina,
Que ninguno determina
Si es bandera ó si es soldado;
De su voluntad forzado
Llorado de sus amigas,
*Siete higas.*

Al mozuelo que en cambray,
En púrpura y en olores
Quiere imitar sus mayores,
De quien hoy memorias hay,
Que las sayas de contray
Aforraban en lorigas,
*Ocho higas.*

Á la viuda de Siqueo
Si no es ya de regadío;
Pues calienta el lecho frio
Con suspiros del deseo:
Ya que son á lo que creo
Por novenas sus fatigas,
*Nueve higas.*

# VIII.

*Cada uno estornuda*
*Como Dios le ayuda.*
Sentencia es de bachilleres
Despues que se han hecho piezas,
Que cuantas son las cabezas,
Tantos son los pareceres;
En materias de mujeres,
Se revoca esta sentencia;
Que hay espuelas de licencia
Sin haber freno de duda.
*Cada uno*, etc.
Cánsase el otro doncél
De querer la otra doncella,
Que es bella, y deja de vella
Por una madre cruel;
Y apenas se cansa él
Cuendo sobra quien le cuadre,
Porque para un mal de madre
Cien escudos son la ruda,
*Cada uno*, etc.
Este no tiene por bueno
El amor de la casada,
Porque es dormir con la espada,
Con la víbora en el seno;
Á aquel del cercado ageno
Le es la fruta más sabrosa;
Cual coge mejor la rosa
De la espina más aguda,
*Cada uno*, etc.

Muchos hay que dan su vida
Por edad menos que tierna,
Y otros hay que les gobierna
Edad más endurecida;
Cual flaca y descolorida,
Cual la quiere gorda y fresca,
Porque amor no menos pesca
Con lombriz que con aluda,
*Cada uno estornuda*
*Como Dios le ayuda.*

## IX.

Que pida á un galan Menguilla
Cinco puntos de gervilla
*Bien puede ser*;
Mas que calzando diez Menga,
Quiera que justo le venga,
*No puede ser.*
Que se case un Don Pelote
Con una dama sin dote,
*Bien puede ser.*
Mas que no dé algunos dias
Por un pan las damerias,
*No puede ser.*
Que la viuda en el sermon
Dé mil suspiros sin son,
*Bien puede ser*;
Mas que no los dé á mi cuenta
Porque sepan dó se sienta,
*No puede ser.*
Que esté la bella casada,

Bien vestida y mal tocada,
*Bien puede ser;*
Mas que el bueno del marido
No sepa quien dió el vestido,
*No puede ser.*
Que anochezca cano el viejo,
Y que amanezca bermejo,
*Bien puede ser;*
Mas que á creer nos estreche
Que es milagro y no escabeche,
*No puede ser.*
Que se precie un don Pelon
Que se comió un perdigon,
*Bien puede ser;*
Mas que la biznaga honrada
No diga que fué ensalada,
*No puede ser.*
Que olvide á la hija el padre
De buscalle quien le cuadre,
*Bien puede ser;*
Mas que se pase el invierno
Sin que ella le busque yerno,
*No puede ser.*
Que la del color quebrado
Culpe al barro colorado,
*Bien puede ser;*
Mas que no entendamos todos
Que aquestos barros son lodos,
*No puede ser.*
Que por parir mil loquillas
Enciendan mil candelillas,

*Bien puede ser;*
  Mas que público y secreto
No tenga algun cirio efeto,
*No puede ser.*
  Que sea el otro letrado
Por Salamanca aprobado,
*Bien puede ser;*
  Mas que traiga buenos guantes
Sin que acudan pleiteantes,
*No puede ser.*
  Que sea médico más grave
Quien más aforismos sabe,
*Bien puede ser;*
  Mas que no sea más esperto
El que más hubiese muerto,
*No puede ser.*
  Que acuda á tiempo un galan
Con un dicho y un refran,
*Bien puede ser.*
  Mas que entendamos por eso
Que en floresta no está impreso,
*No puede ser.*
  Que oiga Menga una cancion
Con piedad y atencion,
*Bien puede ser;*
  Mas que no sea más piadosa
A dos escudos en prosa,
*No puede ser.*
  Que sea el Padre Presentado
Predicador afamado,
*Bien puede ser;*

Mas que muchos puntos buenos
No sean estudios agenos,
*No puede ser.*
Que una guitarrilla pueda
Mucho despues de la queda,
*Bien puede ser*;
Mas que no sea necedad
Despertar la vecindad,
*No puede ser.*
Que el mochilero ó soldado
Deje su tercio embarcado,
*Bien puede ser.*
Mas que le crean de la guerra
Porque entró roto en su tierra,
*No puede ser.*
Que se emplee el que es discreto
En hacer un buen soneto,
*Bien puede ser*;
Mas que un menguado no sea
El que en hacer dos se emplea,
*No puede ser.*
Que quiera una dama esquiva
Lengua muerta y bolsa viva,
*Bien puede ser.*
Mas que halle sin dar puerta
Bolsa viva y lengua muerta,
*No puede ser*;
Que el confeso al caballero
Socorra con su dinero,
*Bien puede ser*;
Mas que le dé porque presta

Lado el dia de la fiesta,
*No puede ser.*
Que junte un rico avariento
Los doblones ciento á ciento,
*Bien puede ser;*
Mas que el sucesor gentil
No los gaste mil á mil,
*No puede ser.*
Que se pasée Narciso
Con un cuello en paraiso,
*Bien puede ser;*
Mas que no sea notorio
Que anda el cuerpo en purgatorio,
*No puede ser.*

## X.

*Ande yo caliente,*
*Y ríase la gente.*
Traten otros del gobierno
Del mundo y sus monarquías,
Mientras gobiernan mis dias
Mantequillas y pan tierno,
Y las mañanas de invierno
Naranjada y aguardiente;
*Y ríase la gente.*
Coma en dorada bajilla
El Príncipe mil cuidados
Como píldoras dorados;
Que yo en mi pobre mesilla,
Quiero más una morcilla

Que en el asador rebiente,
*Y ríase la gente.*

Cuando cubra las montañas
De plata y nieve el Enero,
Tenga yo lleno el brasero
De bellotas y castañas,
Y quien las dulces patrañas
Del rey que rabió me cuente,
*Y ríase la gente.*

Busque muy en hora buena
El mercader nuevos soles;
Yo conchas y caracoles
Entre la menuda arena,
Escuchando á Filomena
Sobre el chopo de la fuente,
*Y ríase la gente.*

Pase á media noche el mar,
Y arda en amorosa llama
Leandro por ver su dama;
Que yo más quiero pasar
De Yepes y Madrigar
La regalada corriente,
*Y ríase la gente.*

Pues amor es tan cruel,
Que de Píramo y su amada
Hace tálamo una espada,
Dó se junten ella y él;
Sea mi Tisbe un pastel
Y la espada sea mi diente,
*Y ríase la gente.*

## XI.

Dá bienes fortuna
Que no están escritos;
*Cuando pitos flautas,*
*Cuando flautas pitos.*
¡Cuán diversas sendas
Suele seguir
En el repartir
Las honras y haciendas!
Á unos dá encomiendas,
Á otros sambenitos,
*Cuando pitos, etc.*
Á veces despoja
De choza y apero
Al mayor cabrero,
Y á quien se le antoja
La cabra más coja
Parió dos cabritos,
*Cuando pitos, etc.*
Porque en una aldea
Un pobre mancebo
Hurtó solo un huevo
Al sol bambonea,
Y otro se pasea
Con cien mil delitos,
*Cuando pitos flautas,*
*Cuando flautas pitos.*

## XII.

Que pretenda el mercader
Sin que al grande y sin que al chico
Restituya un alfiler,
En nombre de Dios tener
Lo que ganó en Puerto-Rico,
*¡Oh que lindico!*
Que disimule un pariente,
Sin que á risa me provoque,
Que en el espejo luciente,
Nunca se ha visto la frente
Coronada de alcornoque,
*¡Oh que lindoque!*
Que una necia que bien charla,
Dama entre picaza y mico,
Me quiera obligar á amarla
Siendo su pico de parla,
Y de Jetafe su hocico,
*¡Oh que lindico!*
Que piense un bobalicon
Que no hay quien su dama toque,
Y en la casa del rincon
Sé que la tomó un peon,
Y que no la quiere un Roque,
*¡Oh que lindoque!*
Que pretenda un estudiante,
Sin que sea galan ni rico,
Rendir á Doña Violante
Con hacer muy de lo amante,

Sin dejar flaco el bolsico,
*¡Oh que lindico!*

## XIII.

*Que haya gustos en la villa,*
*¿Qué maravilla?*
*Y en la córte dulce y agro*
*¿Qué milagro?*
Que en la córte, dó se junta
Tanta risa y tanto lloro,
Haya quien nos tome el oro
Y absuelva cualquier pregunta,
Quien apunta y quien despunta,
Y entre damas y entre Roques,
Quien á tretas, quien á emboques,
Os dá toda la cartilla,
*¿Qué maravilla?*
El que vive en el aldea
Cultivando su heredad,
Allí culpa nuestra edad
Á donde nada desea;
¿Qué mucho que bueno sea,
Y que más en fil que un peso (1),
Ni evite ni trate en grueso,
Si él engorda con lo magro?
*¿Qué milagro?*
El que por favores hecho
Poderoso en el juzgado,
Esté puesto á ser pagado

(1) Otras ediciones dicen: *y que más fiel.*

Más que permite el derecho;
Que quiera sacar provecho,
Pues la esposa que le dán,
Como á nuestro padre Adan,
Le salió de la costilla,
*¿Qué maravilla?*

Si el que poca renta tiene
Dá á su dama en un vestido
Todo el tributo caido,
Y libra el tercio que viene;
Cuando ya no se mantiene
Por la justa que mantuvo,
Que por lo que dulce tuvo,
Empiece á tener por agro,
*¿Qué milagro?*

Que Don Álvaro de Luna
Suba á la cumbre en buen hora,
Pues con su menguante agora
Las cabezas importuna;
Si tras de tanta fortuna,
Para llegar al poder
Á muchos hizo caer,
Que le armaron zancadilla,
*¿Qué maravilla?*

Si el abad de poca renta,
Á fuer de obispo, pasea
Con lacayos de librea,
Ahorrada en la pimienta;
Si le alcanzan en la cuenta,
Y en vano la disimula,
Que se baje de la mula

Por ver que el camino es agro,
*¿Qué milagro?*

## XIV.

*En la almoneda*
*Ten la barba queda.*
Mancebo orgulloso,
Que aunque barbas peinas,
Es tu edad tan corta
Como tu esperiencia,
Ni en amor confíes
Ni en mujeres creas;
Que su fé es fingida
Y su luz es recta.
Olvidadas quieren,
Queridas desprecian,
Lo bueno aborrecen,
Lo malo desean.
Son Julio en calor,
Octubre en tibieza,
Febrero en mudanza
Y Marzo en la vuelta.
Son quien de ellas hace
Amor almoneda;
Con lascivo engaño
Á verlas se lleva.
*En el almoneda, etc.*
Hallarás figuras,
En Damasco hechas,
Quiero decir, damas
Que es un asco vellas.

Verás trasformada
En blanca una negra,
Que lo que parece
No darás por ella.
Verás convertidas
En rubias mil trenzas,
Que las martirizan
Porque se conviertan.
Hallarás de dientes
Algunas aceras,
Con vecinos menos
Que el arte los puebla.
Advertido de esto,
Mira lo que mercas;
Y porque despues
No le tires de ella
*En el almoneda, etc.*

Doncella hallarás
Que ya ha sido suegra,
Y con todo aqueso,
Quiere ser doncella.
Casada hay que libra
En sí misma letras
Para el mismo dia
Que á casar la llevan.
Viudas de Siqueo
Hay, que á quien las ruega
Solamente el sí
Tienen de Siqueas.
Hallarás allí
Mil sueltas solteras,

Que si el mal es pátria,
Son finas francesas.
Estas y otras cosas
Símiles á estas
Verás por el tiempo
Que duráre el verlas.
*En el almoneda*
*Ten la barba queda.*

## XV.

*Tenga yo salud,*
*Que comer y quietud*
*Y dineros que gastar,*
*Y ándese la gaita*
*Por el lugar.*
No hago yo á nadie el buz
Por ninguna pretension;
Tenga mi bota y jamon,
Aunque me acueste sin luz;
Mis frascos sin arcabuz,
No para quien mal me quiere,
Más porque si sed tuviere
La pueda mejor matar,
*Y ándese, etc.*
Viva yo sin conocer,
Y retirado en mi aldea,
Á quien la merced rodea
Por que no la sabe hacer;
No vea á nadie comer,
Si no comiere á su lado,
Ni me hable nadie sentado

Si en pié tengo de escuchar,
*Y ándese, etc.*
No me cojan sepan-cuantos
Debajo de sus quimeras;
Tenga mi puerco y esteras
El dia de Todos-Santos;
Juguemos años por tantos
Tras la cama yo y Pascuala
Pues no se paga alcabala
De engendrar y bostezar,
*Y ándese, etc.*
El médico y cirujano
Sean para mi gobierno,
Calentador en invierno
Y cantimplora en verano.
Acuésteme yo temprano,
Y levánteme á las diez,
Y á las once el almirez
Toque á la panza á mascar,
*Y ándese la gaita*
*Por el lugar.*

## XVI.

*Será lo que Dios quisiere.*
Todo el mundo está trocado,
Solo reina el recibir,
Ya nos venden el vivir,
Y vivimos de prestado;
El que tuviere un ducado
Se verá grande en un dia;

La balanza más vacía
Subirá más fácilmente;
Todo será diferente,
Y si algo de esto no fuere,
*Será lo que Dios quisiere.*

Ya no hay cosa verdadera,
Ni quien decilla presuma,
Mil aves vuelan sin pluma,
Y el sol dá luz por vidriera:
Las honras serán de cera,
Y el oro será el calor;
Cogeráse el fruto en flor,
Los racimos en agraz,
Y del que por bien de paz
A madurarse viniere,
*Será lo que Dios quisiere.*

Que habrá gran copia imagino
De Médicos y Letrados,
Los más de ellos graduados
Por un Conde Palatino;
Con la fé de un pergamino
Destruyen media Castilla,
Uno en mula y otro en silla;
Y cuando el más docto emprenda
Vuestra vida ó vuestra hacienda,
Ó mejor con vos lo hiciere,
*Será lo que Dios quisiere.*

Del mercader y escribano
Será lo que siempre ha sido,
Que el más pobre y más perdido
Va al infierno más temprano;

Téngales Dios de su mano,
Y el viernes de la Pasion
Les dé quien por un doblon
Se arroje, y que pierda el miedo;
Mas decir seguro puedo,
Que del que los absolviere
*Será lo que Dios quisiere.*

De las de saya ó monjil,
Si ya no fuere en la cuna,
No se hallará vírgen una
Despues de las once mil;
No les dieron de marfil
Mujer á su honestidad;
Y así, tengo por verdad
Que de la madre ó la hija
Que recibe la sortija,
Ó el juguete recibiere,
*Será lo que Dios quisiere.*

De viuda que mucho llora
Jamás me enterneció el llanto,
Porque sé bien que otro tanto
Sabrá alegrarse á deshora;
¿Cuál es el necio que ignora
Que despues de echar las llaves
Ó estén tristes ó estén graves,
Porque la melancolía
Va con las tocas de dia,
Y á la noche que viniere
*Será lo que Dios quisiere?*

En cualquier estado al fin
Mil mudanzas ha de haber;

Ya no se ha de conocer
Cuál es bueno y cuál es ruin;
Téngase bien á la crin
El que está más levantado,
Porque el mundo descansado
Sirve ya por el envés,
Y cuando ahora al través
Su pináculo no diere,
*Será lo que Dios quisiere.*

## XVII.

*Milagros de Córte son.*
Que tenga el engaño asiento
Cerca de alguna grandeza,
Y que pueda la riqueza
Dar á un necio entendimiento;
Que perezca el buen talento,
Si á decir verdad aspira,
Y que tenga la mentira
Título de adulacion,
*Milagros de Córte son.*
Que D. Milano afeitado
Ajeno linaje infame,
Y que Mendoza se llame
Por lo que tiene de Hurtado;
Que diga ser más soldado
Que en su tiempo el de Pescara
Y que se llame Guevara
El que no es más que Ladron,
*Milagros de Córte son.*
Que el soldado de Pavía

Cuente y jure hazañas grandes,
Porque tuvo niño en Flándes
Achaques de alferecía;
Su caudal es bizarría,
Y por lo bravo se llama
Al dormir leon sin cama,
Y al comer camaleon,
*Milagros de Córte son.*

Que la dama escabechada
Preste al aire trenzas rojas,
Y que engañe con las hojas
Como parra vendimiada;
Que la píldora dorada,
Receta de mano suya,
Con afeite de aleluya,
Cubra arrugas de pasion,
*Milagros de Córte son.*

Que no vean mil maridos
Cosas que las verá un ciego,
Y que á las voces del fuego
Quieran tapar los oidos;
Que se precien de entendidos,
Y presuman de valientes,
Y no fueron más pacientes
Los asnos de San Anton,
*Milagros de Córte son.*

Que estés, Amor, tan quebrado,
Y tan corto de caudal,
Que ya te pidan señal
Como á cuerpo endemoniado;
Que te precies de letrado,

Aunque los aires penetras,
Y escriban todas tus letras
En la estampa de un doblon,
*Milagros de Córte son.*

## XVIII.

Hay unos hombres de bien
En este nuestro arrabal,
Que de todo dicen mal,
*Y dicen bien.*

Hay unos adonde moro
Que á poco que les aticen,
Sobre cualquier cosa dicen
Como pasamanos de oro;
Y aunque pierdan el decoro,
Nunca la memoria pierden,
Antes de cuanto se acuerden
Dicen, dén adonde dén,
*Y dicen bien.*

Dicen que no hay meson ya
Sin campana y oratorio,
Aunque, como es diversorio,
No admiten Vírgen allá;
Porque aunque si Dios está,
No está del todo perdido,
Que representa el marido
El animal de Belen,
*Y dicen bien.*

Dicen que hay casas de fama
Como ajedrez en valor,
Que cualquier pieza menor

Entrando llega á ser dama;
Entra moza y sale ama,
Y tal, que sin ser Dios, cria
Si antes villano tañia,
Allí aprende saltarén,
*Y dicen bien.*

Dicen que ya las doncellas
Son de casta de pelotas,
Que si están, de saltar, rotas
Se remedian con cosellas;
Y cosida cualquier de ellas,
Como de primero salta,
Y si hubiese alguna falta
Luego la remedia alguien,
*Y dicen bien.*

De las casadas cualquiera
Dice, y al fin lo que pasa,
Que astas de carnero en casa
Buscan perdigones fuera;
Y si acaso está en espera
Su mal seguro marido,
Como si fuera el mar-ido,
Ni le encuentran ni le ven,
*Y dicen bien.*

Que hay beatas me dicen
Entre monjas y casadas,
Que si no santificadas,
Ellas mismas se bendicen,
Y á ninguno contradicen
Que á comprar va á su almoneda,
Antes si lleva moneda,

Tocará pieza tambien (1),
*Y dicen bien.*

## XIX.

De unos enigmas que traigo
Bien claras y bien dudosas
Pide la definicion
Un hombre que las ignora.
Ser una dama de córte
De esas que corren agora,
Morena cuando amanece
Y blanca de allí á dos horas,
*¿Qué es cosicosa?*
Tener una buena vieja
Pobre hacienda é hija hermosa;
Ser Mari-Hernandez ayer
Y de allí á un mes doña Aldorosa;
Tener galas y galanes,
Labrar casas, comprar joyas,
Haber parido una vez,
Venderse por vírgen otra,
*¿Qué es cosicosa?*
Tener hermosa mujer
Sin tener hacienda propia
Mas de aquella que en el rostro
Le puso la gran pintora;
Comer los dos sin traello,
Vestir sin que cueste cosa

(1) Varios Códices dicen:
Trocará pieza tambien.

Y tener lo más del año
Bien bastecida la bolsa,
*¿Qué es cosicosa?*
Partirse á una comision
Un buen hombre, y cuando torna
En su casa hallar enferma
De mal de bazo á su esposa;
Estarse un año sin verla,
Y en una semana sola
Que la trató su marido
Parir y publicar honra,
*¿Qué es cosicosa?*
Que pretendan dos casarse
Que es averiguada cosa
Que el uno nació en Vizcaya
Y el otro en Constantinopla;
Que por ser pobre no halle
El vizcaino una novia,
Y halle ciento por ser rico
El sucesor de Mahoma,
*¿Qué es cosicosa?*
Que se esté en su encerramiento
La doncella virtuosa
Que en sus manos y en su aguja
Se encierra su hacienda toda;
Y que siendo la virtud
La más estimada joya,
Nadie por mujer la pida
Porque le faltan esotras,
*¿Qué es cosicosa?*
Que traiga una buena viuda

Negro luto y blancas tocas,
Que en vida de su marido
Fué tan libre como agora:
Que no le temiese vivo,
Y muerto esté tan medrosa,
Que todas las noches dé
Órden de no dormir sola,
*¿Qué es cosicosa?*

## XX.

Ya que rompí las cadenas
De mis grillos y mis penas
De estender con mucho error
La jurisdiccion de Amor,
Que ahora me da por libre.
*Dios me libre.*

Y de andar más por escrito
Publicando mi delito,
Sabiendo de agenas vidas
Tantas culpas conocidas,
De que puedo hacer alarde,
*Dios me guarde.*

De dama que se atribula
De comer huevos sin bula,
Sabiendo que de su fama
Un escrúpulo ni dracma
No podrá lavar el Tibre,
*Dios me libre.*

Y del mercader devoto,
De conciencia mani-roto,
Que acrecentando sus rentas,

Pasa á menudo sus cuentas,
Y da las agenas tarde,
*Dios me guarde.*

De doncella con maleta,
Ordinario y estafeta,
Que quiere contra derecho,
Pasando por el estrecho
Llegar entera á Colibre,
*Dios me libre.*

Y del galan presumido,
Para holocaustos guardado,
Que hace cara á los afeites
Para dar á sus deleites
Espaldas, como cobarde,
*Dios me guarde.*

De dama que de un raton
Huye al último rincon,
Desmayada de mirallo,
Y no temerá á caballo
Que Ruger su lanza vibre,
*Dios me libre.*

Y de galan que en la plaza
Acuchilla y amenaza,
Y si sale sin terceros,
Hará como Don Gaiferos
Aunque Melísendra aguarde,
*Dios me guarde.*

De doncella que entra en casa
Porque guisa y porque amasa,
Y hará mejor un guisado
Con la mujer del honrado

Que con clavos y gengibre,
*Dios me libre.*
Y de amigo cortesano
Con las insignias de Jano
Desvelado en la cautela,
Cuyo soplo á veces hiela,
Y á veces abrasa y arde,
*Dios me guarde.*

## XXI.

*No me llame fea, calle;*
*Que la llamaré vieja, madre.*
Abra los ojos y vea
Lo que la verdad señala,
Que no hay moza que sea mala
Ni vieja que no lo sea;
La mujer moza es librea,
Y la vieja despreciada.
Es como fiesta quitada,
Que mandan que no se guarde,
*No me llame*, etc.
La mujer más celebrada,
Si tiene el rostro arrugado,
Es, cual vid que se ha secado,
Muy buena para quemada;
No viva tan confiada,
Si no tenga por muy cierto
Que es carne de cuervo muerto
La vieja de mejor carne,
*No me llame*, etc,
En palacio la princesa,

En la ciudad la señora,
En la aldea la pastora,
En la córte la duquesa:
Madre, á ninguna le pesa
Que le digan que es perfeta
Que la más noble y discreta
Se pierde por que la alaben,
*No me llame fea, calle;*
*Que la llamaré vieja, madre.*

## XXII.

*Cual más, cual menos*
*Toda la lana es pelos.*
Despues que de talanquera,
Ciego Amor, los toros veo
Que se corren en tu plaza,
Mansos, aunque tienen cuernos,
Como estoy subido en alto,
Mil cosas miro y contemplo,
Unas que me causan risa,
Y otras que me ponen miedo.
No hay lego que no sea fraile,
Ni fraile que no sea lego;
Todos son hombres al fin,
Aunque en hábito diverso.
*Cual más, etc.*
Desde aquí miro doncellas,
Que ya dos veces parieron,
Y en posesion virginal
Se casaron despues de esto.
Otras que lo son sin duda,

Pero tal duda no absuelvo,
Porque en allegando al quinto,
No hay quien no sepa del sesto.
Al fin, unas y otras pasan
Por industria ó por enredo,
Unas doncellas selladas,
Y otras que lo son sin sello.
*Cual más, etc.*
Desde aquí miro viudas,
Que debajo el mongil negro
Es encarnado el color
Del aforro que traen dentro.
Otras muy contemplativas,
Con un gran rosario al cuello,
Cuyas cuentas de perdon
Se pasan contando cuentos;
De unas murmuran la gala,
De otras murmuran lo honesto,
Y para decir verdad,
De mujeres en efecto,
*Cual más, etc.*
Tambien he visto doncellas
Sueltas, sin rienda ni freno,
Unas de gestos hermosos,
Otras de gestos bien gestos;
Unas visten tiritaña,
Y otras seda y terciopelo;
Unas son de cuatro y ocho,
Otras de cincuenta y ciento.
De aquestos precios, al fin,
Al más barato me atengo;

Que toda esta mercancía,
Por barata ó de gran precio,
*Cual más, cual menos,*
*Toda la lana es pelos.*

## XXIII.

De aquel buen siglo dorado
Quedó la memoria sola,
Porque, como el mundo es bola
Todo el mundo anda rodado;
Ya viste seda y brocado
Quien vestia lana y gerga;
¿Y que el mundo no se pierda
Con semejante locura?
*¡Válgame Dios, qué ventura!*
Que la niña hermosa y bella
Se nos venda por honrada,
Y que la madre taimada
Trate solo de vendella;
Que se nos haga doncella
La que tan libre ha vivido,
Y que al fin halle marido
Que supla la soldadura,
*¡Válgame Dios, qué ventura!*
Que el novicio pretendiente,
Letrado del A, B, C,
Le provean, porque fué
Pasa aquí del Presidente;
Que en exámen de inocente
Haya salido aprobado,
Y valga más este grado

Que alguna colegiatura;
*¡Válgame Dios, qué ventura!*
  Que el médico laureado
En sus curas salga cierto,
Más por los hombres que ha muerto
Que por los que ha sanado;
Que de un dolor de costado,
Con ventosas y sangrias
Despache un hombre en tres dias
Y que le paguen la cura;
*¡Válgame Dios, qué ventura!*
  Que la chocante casada
Con su escuela de danzantes,
Tenga diversos penantes
Penados por su penada;
Que tengan unos entrada
Cuando otros tienen salida,
Y que sabiendo esta vida,
Tenga el marido cordura;
*¡Válgame Dios, qué ventura.*
  Que el marido á su mujer
Halle copete altanero
Sin gastar de su dinero
Lo que vale un alfiler;
Y sentándose á comer
Entren diversos presentes,
Y que habiendo estos pacientes
Tengan los campos verdura;
*¡Válgame Dios, qué ventura!*

## XXIV.

*No vayas, Gil, al sotillo*
*Que yo sé*
*Quien novio al sotillo fué*
*Que volvió hecho novillo.*
Gil, si es que al sotillo vas,
Mucho en la jornada pierdes,
Verás sus álamos verdes,
Y alcornoque volverás;
Allá en el sotillo oirás
De algun ruiseñor las quejas,
Y en tu casa á las cornejas,
Y ya tal vez al cuclillo.
*No vayas, Gil*, etc.
Al sotillo floreciente
No vayas, Gil, sin temores,
Pues mientras miras sus flores
Te enraman toda la frente;
Hasta el agua trasparente
Te dirá tu perdicion,
Viendo en ella tu armazon,
Que es más que la de un castillo,
*No vayas, Gil*, etc.
Mas si vas determinado,
Y allá te piensas holgar,
Procura no merendar
Desto que llaman venado;
De aquel vino celebrado
De Toro no has de beber
Por no dar en qué entender

Al uno y otro corrillo,
*No vayas, Gil, al sotillo;*
*Que yo sé*
*Quien novio al sotillo fué,*
*Y volvió hecho novillo.*

## XXV.

*Hágasme tantas mercedes,*
*Temerario pensamiento,*
*Que no te fies del viento*
*Ni penetres en paredes.*
Pensamiento, no presumas
Tanto de tu humilde vuelo,
Que el sugeto pisa el cielo,
Y al suelo, bajan las plumas;
Otro bañó las espumas
Del Mediterráneo mar
Pudiendo mas bien volar
Que tu agora volar puedes.
*Hágasme tantas mercedes,* etc.
No penetres lo escondido
De aquel corazon amado
Mientras labras su cuidado
Con las aguas del olvido,
Pues un montero atrevido
Sabes que pagó sus yerros
En las bocas de sus perros
Y en los nudos de sus redes.
*Hágasme tantas mercedes,*
*Temerario pensamiento,*

*Que no te fies del viento*
*Ni penetres las paredes.*

## XXVI.

Digamos de lo que siento,
Maldiciente musa, en tanto
Que la viuda llore tanto,
Disimulando un contento,
Que traiga manto de adviento,
Y de pascua la camisa;
Que traiga el alma de risa,
Y se arañe por el muerto,
¡*Bien por cierto*!
Que quiera doña Justicia
Dejar ricos herederos
Ennobleciendo sus fueros
Á la ley de la malicia;
Que trueque por avaricia
La espada por el escudo,
Deje el derecho desnudo
Por casarse con un tuerto,
*¡Bien por cierto!*
Que saque al rayo del sol
Al que es duro de mollera;
Que le sirva de escalera
Al que le hace caracol;
Que al cerrar del español
Este militar ruido,
Para su infamia, dormido,
Y ronque estando despierto,
*¡Bien por cierto!*

# XXVII.

Hermosa es y con dinero
Doña Blanca de Borbon,
No la quiere, aunque pelon,
El natural caballero;
Á cualquiera forastero
Darla su padre desea.
*¡Plega á Dios que orégano sea!*
Hermosa mujer teneis,
Sois pobre y de bajo estado,
Don Belianis, empeñado,
Os pide que le mandeis;
Pagárselo no podeis,
Y él en pediros se emplea.
*¡Plega á Dios que orégano sea!*
Llevais vuestro amigo fiel
Á ver la dama que amais;
Vos una vez le llevais,
Y otra vez os lleva él;
Vos fiáisos mucho dél,
Y él engañaros desea.
*¡Plega á Dios que orégano sea!*
Tierra dicen que comió
La niña en su opilacion,
Y fué la trasformacion
Despues que Adan se formó;
Yo no sé qué fué ó qué nó,
Sé que sanó en el aldea.
*¡Plega á Dios que orégano sea!*

Don Gil con doña Teodora
Casó el año del diluvio;
Él es como el oro rubio,
Y ella blanca como aurora,
Y nacen de la señora
Los hijos de taracea.
*¡Plega á Dios que orégano sea!*

## XXVIII.

Que un galan enamorado
Por ver á quien le desvela
Esté puesto en centinela
Una noche entera armado;
Y que esté tan rematado
En su cuidoso penar,
Que se venga á acatarrar
De tanto estar al sereno,
*¡Oh qué bueno!*

Pero que su dama quiera
Tratarlo con tal rigor,
Que conociendo su amor
Quiera permitir que muera,
Y que se muestre tan fiera,
Que por hacerle pesar
Guste de verle penar,
Y aun lo tenga por regalo,
*¡Oh qué malo!*

Que un marido á su mujer
Afloje tanto la rienda,
Que le deje el dia de hacienda

Ir de veinte y un alfiler,
Y que el tal no eche de ver
Lo que crece aquel toldillo,
Que aunque más roce el soplillo
Será de sudar ajeno,
*¡Oh qué bueno!*

Mas que llegue á tal estado
Su soberbia y vanidad
Que quiera hacer igualdad
Con la de coche y estrado,
Y que el marido informado
Le quiera abajar el punto,
Y ella por buen contrapunto
Le responda con un palo,
*¡Oh qué malo!*

Que dé un galan á una dama,
Si ella le guarda el decoro,
Algunos escudos de oro
Que más aviven su llama,
Si está contínuo á su cama,
Y le lava y le almidona,
Y es en efecto persona
Que no pasa del treinteno,
*¡Oh qué bueno!*

Pero que á muchos amantes
Les sepa una dama astuta,
Encareciendo su fruta,
Pedir chapines y guantes,
Haciéndolos San Cervantes
No habiendo en Tajo nacido,
Siendo en efecto fingido

Todo su amor y regalo,
*¡Oh qué malo!*
Que un hidalgo, aunque sea pobre,
Se precie de ser hidalgo,
Queriendo estimarse en algo
Aunque en hacienda no sobre,
Y que por momento cobre
Nuevo crédito entre gentes,
Y que de sus ascendientes
Esté de blasones lleno
*¡Oh qué bueno!*
Pero que el que ayer llevaba
De San Andrés la encomienda,
Hoy en pretender entienda
Otra cruz de Calatrava,
Y quiera poner aljaba
En el arco de Cupido,
Qneriendo ser preferido,
Siendo otro Sandanapalo,
*¡Oh qué malo!*

## XXIX.

*Allá darás rayo,*
*En casa de Tamayo.*
De hospedar á gente estraña,
Ó flamenca ó ginovés,
Si el huésped overo es
Y la huéspeda castaña,
Segun la raza de España,
Sale luego el potro bayo.
*Allá darás etc.*

Alguno hay en esta vida
Que se yo que es menester
Que á su querida mujer
(Nunca fuera tan querida)
Tomen antes la medida
Que á él le corten el sayo.
*Allá darás, etc.*
Con un lacayo en Castilla
Se acomodó una casada;
No se le dió al señor nada,
Porque no es gran maravilla
Que el amo deje la silla,
Y que la ocupe el lacayo.
*Allá darás, rayo,*
*En casa de Tamayo.*

## XXX.

*Manda Amor en su fatiga*
*Que se sienta y no se diga;*
*Pero á mí más me contenta*
*Que se diga y no se sienta.*
En la ley vieja de Amor
Á tantas hojas se halla
Que el que más sufre y más calla,
Ese librará mejor;
Más ¡triste del amador
Que muerto á enemigas manos,
Se hallaren los gusanos (1)
Secretos en la barriga!
*Manda Amor, etc.*

(1) En varias ediciones se lee *hallaron.*

Muy bien hará quien culpáre
Por necio cualquier que fuere
Que como leño sufriere
Y como piedra callare;
Mande Amor lo que mandare,
Que yo pienso muy sin mengua
Dar libertad á mi lengua,
Y á sus leyes una higa.
*Manda Amor, etc.*

Bien sé que me han de sacar
En el auto con mordaza
Cuando Amor sacare á plaza
Delincuentes por hablar;
Más yo me pienso quejar,
En sintiéndome agraviado,
Porque el mar viene alterado
Cuando el viento lo fatiga.
*Manda Amor, etc.*

Yo sé de algun joveneto
Que tiene muy entendido
Que guarda más bien Cupido
Al que guardó su secreto;
Más si murió el imperfeto
De amoroso torozon,
Morirá sin confesion
Por no culpar su enemiga.

*Manda Amor en su fatiga*
*Que se sienta y no se diga;*
*Pero á mí más me contenta*
*Que se diga y no se sienta.*

# ROMANCES.

## I.

Aquí entre la verde juncia
Quiero, como el blanco cisne
(Que envuelto en dulce armonía,
La dulce vida despide),
Despedir mi vida amarga,
Envuelta en endechas tristes,
Y querellarme de aquella
Tan hermosa como libre.
Descanse entre tanto el arco
De la cuerda que le aflige,
Y pendiente de sus ramas,
Orne esta planta de alcides,
Mientras yo á la tortolilla
Que sobre aquel olmo gime
Le hurto todo el silencio
Que para sus quejas pide.
¡Bellísima cazadora,
Más fiera que las que sigues
Por los bosques, cruel verdugo
¡De mis años infelices!
Tan grandes son tus estremos
De hermosa y de terrible,
Que están los montes en duda
Si eres diosa ó eres tigre.

Preciarte de tan soberbia
Contra quien es tan humilde
Que considerados bien,
Todos los monteros dicen
Que los dos nos parecemos
Al robre, que más resiste
Los soplos del viento airado
Tú en ser dura, yo en ser firme.
En esto solo eres robre,
Y en lo demás flaca mimbre,
No solo á los recios vientos,
Mas á los aires sutiles.
Ya no persigues cruel
(Despues que á mí me persigues)
Á los ciervos voladores,
Ni á los fieros jabalíes.
Ni de tu dichoso albergue
Las nobles paredes visten
Los despojos de las fieras
Que, como á mí, muerte diste.
No porque no gustes dello,
Sino porque no te obligue
El encontrame en la caza
Á que siquiera me mires.
Los monteros te suspiran
Por todos estos confines,
Y el mismo monte se agravia
De que tus piés no le pisen,
Por el rastro que dejabas
De rosas y de jazmines,
Tanto, que eran á sus campos

Tus dos plantas dos abriles.
  Haz tu gusto; que yo quiero
Dejar (pues dello te sirves)
El espíritu cansado
Que mis flacos miembros rige.
  Conseguiremos con esto
Ambos á dos nuestros fines;
Tú el de cruel en dejarme,
Yo el de leal en morirme.
  Tú, rey de los otros rios,
Que de las sierras sublime
De Segura al Océano
El fértil terreno mides,
  Pues en tu dichoso seno
Tantas lágrimas recibes
De mis ojos, que en el mar
Entran dos Guadalquivires;
  Ruégote que su crueldad
Y mi firmeza, publiques
Por todo el húmido reino
De la gran madre de Aquiles,
  Por que no solo en las selvas,
Más los que en las aguas viven,
Conozcan quien es Daliso
Y quien es la ingrata Nise.

## II.

  Aquel rayo de la guerra,
Alférez mayor del reino,
Tan galan como valiente
Y tan noble como fiero;

De los mozos envidiado
Y admirado de los viejos,
Y de los niños y el vulgo
Señalado con el dedo;
El querido de las damas
Por cortesano y discreto,
Hijo hasta allí regalado
De la fortuna y el tiempo;
El que vistió las mezquitas
De venturosos trofeos,
El que pobló las mazmorras
De cristianos caballeros;
El que dos veces armado
Más de valor que de acero,
Á su patria libertó
De dos peligrosos cercos;
El gallardo Abenzulema
Sale á cumplir el destierro
A que le convida el Rey,
Ó el amor, que es lo más cierto.
Servia á una mora el moro,
Por quien el Rey anda muerto,
En todo extremo hermosa,
Y discreta en todo extremo.
Dióle unas flores la dama,
Que para él flores fueron,
Y para el celoso Rey
Yerbas de mortal veneno.
Pues de la yerba tocado,
Lo mandó desterrar luego,
Culpando su lealtad

Para disculpar sus celos.
  Sale, pues, el fuerte moro
Sobre un caballo overo,
Que á Guadalquivir el agua
Le bebió y le pació el heno,
  Con un hermoso jaez,
Rica labor de Marruecos,
Las piezas de filigrana,
La mochila de oro y negro.
  Tan gallardo iba el caballo,
Que en grave y airoso huello,
Con ambas manos media
Lo que hay de la cincha al suelo.
  Sobre una marlota negra
Un blanco albornoz se ha puesto,
Por vestirse los colores
De su inocencia y su duelo.
  Bordó mil hierros de lanzas
Por el capellar, y en medio
En arábigo una letra,
Que dice: «Estos son mis yerros.»
  Bonete lleva turquí
Derribado al lado izquierdo,
Y sobre él tres plumas presas
De un precioso camafeo.
  No quiso salir sin plumas
Porque vuelen sus deseos,
Si quien le quita la tierra
Tambien no le quita el viento.
  No lleva más de un alfange,
Que le dió el Rey de Toledo,

Porque para un enemigo
Él le basta y su derecho.
  Desta suerte sale el moro
Con animoso denuedo
En medio de los alcaides
De Arjona y de Marmolejo.
  Caballeros le acompañan,
Y le sigue todo el pueblo,
Y las damas, por do pasa
Se asoman llorando á verlo.
  Lágrimas vierten agora
De sus tristes ojos bellos
Las que desde sus balcones
Aguas de olor le vertieron.
  La bellísima Balaja,
Que llorosa en su aposento,
Las sinrazones del Rey
Le pagaban sus cabellos,
  Como tanto estruendo oyó,
Á un balcon salió corriendo,
Y enmudecida le dijo,
Dando voces con silencio:
  «Véte en paz, que no vas solo,
Y en tu ausencia tén consuelo;
Que quien te echa de Jaen
No te echará de mi pecho.»
  Él con el mirar responde:
«Yo me voy y no te dejo;
De los agravios del Rey
Para tu firmeza apelo.»
  En esto pasó la calle,

Los ojos atrás volviendo
Cien mil veces, y de Andújar
Tomó el camino derecho.

## III.

Famosos son en las armas
Los Moros del Canastel.
Valentísimos son todos,
Y más que todos Hacen,
El Roldan de Berbería,
El que se ha hecho temer
En Orán del castellano,
En Ceuta del portugués.
Tan dichoso fuera el moro,
Cuán dichoso podrá ser,
Si le bastára el adarga
Contra una flecha cruel,
Que de un arco de rigor
Con un arpon de desdén
Le despidió Belerifa
La hija de Alí Muley.
Atento á sus demasías
En amar y aborrecer,
Quiso el niño dios vendado
Ser testigo y ser juez.
Miraba el fiero Africano
Rendido más de una vez,
Á una esperanza traidora,
Y á un desengaño fiel,
Ya rindiendo á su enemiga
Y entregándole á merced

Las llaves del alvedrío
Los pendones de la fé;
Mirábalo en los ramblares,
Ora á caballo ora á pié,
Rendir el fiero animal
De las otras fieras rey,
Y de la real cabeza
Y de la espantosa piel
Ornar de su ingrata mora
La respetada pared.
Mirábalo el más galan
De cuantos África vé
En servicio de las damas
Vestir morisco alquicel,
Sobre una yegua morcilla,
Tan estrema en el correr,
Que no logran las arenas
Las estampas de sus piés;
Admirablemente ornada
De un bravo y rico jaez,
(Obra al fin en todo digna
De artífice Cordobés)'
Solicitar los balcones
Donde se anida su bien,
Comenzando en armonía
Y feneciendo en tropel.
No le dió al hijo de Vénus
El moro poco placer,
Y detestando el rigor
Que se usaba contra él;
Miraba á la bella mora

Salteada en su vergel,
De un cuidado, que es amor,
Aunque no sabe quién es.
Ya en el oro del cabello
Engastando algun clavel,
Y á las lisonjas del agua
Corriendo con vana sed.
De pechos sobre un estanque
Hace que á ratos estén
Bebiendo sus dulces ojos
Su hermoso parecer.
Admiradas sus cautivas
Del cuidado en que la ven,
Risueña le dijo una,
Y aun maliciosa tambien:
«Así quiera Dios, Señora,
Que alegre yo vuelva á ver
Las generosas almenas
De los muros de Jerez;
»Como esa curiosidad
Es cuna (á mi parecer)
De un amor recien nacido,
Que volará antes de un mes.»
Sembró de purpúreas rosas
La vergüenza aquella tez,
Que ya fué de blancos lilios,
Sin sabella responder.
Comenzó en esto Cupido
Á disparar y atender
La más que mortal saeta,
La más que nudosa red;

Y comenzó Belerifa
A hacer contra amor despues,
Lo que contra el rubio sol
La nieve suele hacer.

## IV.

Las flores del romero,
Niña Isabel,
Hoy son flores azules,
Mañana serán miel.
Celosa estás, la niña,
Celosa estás de aquel
Dichoso, pues lo buscas,
Ciego, pues no te vé.
Ingrato pues te enoja,
Y confiado, pues
No se disculpa hoy
De lo que hizo ayer.
Enjuguen esperanzas
Lo que lloras por él,
Que celos entre aquellos
Que se han querido bien,
*Hoy son flores azules*, etc.
Aurora de tí misma,
Qué cuando á amanecer
Á tu placer empiezas,
Te eclipsa tu placer.
Serénense tus ojos,
Y mas perlas no des,
Porque al sol le está mal
Lo que á la aurora bien.

Desata como nieblas
Todo lo que no ves;
Que sospechas de amantes
Y querellas despues
*Hoy son flores azules*
*Mañana serán miel.*

## V.

Servia en Orán al Rey
Un Español con dos lanzas,
Y con el alma y la vida
Á una gallarda Africana,
Tan noble como hermosa,
Tan amante como amada,
Con quien estaba una noche,
Cuando tocaron al arma.
Trescientos zenetes eran
De este rebato la causa,
Que los rayos de la luna
Descubrieron las adargas;
Las adargas avisaron
Á las mudas atalayas,
Las atalayas los fuegos,
Los fuegos á las campanas;
Y ellas al enamorado,
Que en los brazos de su dama
Oyó el militar estruendo
De las trompas y las cajas.
Espuelas de honor le pican
Y freno de amor le pára;
No salir es cobardía,

Ingratitud es dejalla.
  Del cuello pendiente ella,
Viéndole tomar la espada,
Con lágrimas y suspiros
Le dice aquestas palabras:
  «Salid al campo, Señor,
Bañen mis ojos la cama;
Que ella me será tambien
Sin vos, campo de batalla.
  »Vestíos y salid apriesa,
Que el general os aguarda,
Yo os hago á vos mucha sobra,
Y vos á él mucha falta.
  »Bien podeis salir desnudo,
Pues mi llanto no os ablanda;
Que teneis de acero el pecho,
Y no habeis menester armas.»
  Viendo el Español brioso
Cuanto le detiene y habla,
Le dice así: «Mi Señora,
Tan dulce como enojada,
  »Porque con honra y amor
Yo me quede, cumpla y vaya;
Vaya á los moros el cuerpo,
Y quede con vos el alma.
  Concededme, dueño mio,
Licencia para que salga
Al rebato en vuestro nombre,
Y en vuestro nombre combata.»

## VI.

Entre los sueltos caballos
De los vencidos cenetes,
Que por el campo buscaban
Entre lo rojo lo verde (1),
Aquel español de Orán
Un suelto caballo prende,
Por sus relinchos lozano
Y por sus cernejas fuerte,
Para que lo lleve á él,
Y á un moro cautivo lleve,
Que es uno que ha cautivado,
Capitan de cien cenetes,
En el ligero caballo
Suben ambos, y él parece,
De cuatro espuelas herido,
Que cuatro vientos lo mueven.
Triste camina el alarbe,
Y lo más bajo que puede
Ardientes suspiros lanza
Y tiernas lágrimas vierte.
Admirado el español
De ver cada vez que vuelve
Que tan tiernamente llore
Quien tan duramente hiere,
Con razones le pregunta
Comedidas y corteses

(1) Otros leen;
Entre la sangre lo verde.

De sus suspiros la causa,
Si la causa lo consiente.
El cautivo, como tal,
Sin escusarlo, obedece,
Y á su piadosa demanda
Satisface desta suerte:
»Valiente eres, capitan,
Y cortés como valiente;
Por tu espada y por tu trato
Me has cautivado dos veces.
»Preguntado me hás la causa
De mis suspiros ardientes,
Y débote la respuesta
Por quien soy, y por quien eres.
»Yo nací en Gélves el año
Que os perdísteis en los Gélves,
De una berberisca noble
Y de un turco mata-siete.
»En Tremecen me crié
Con mi madre y mis parientes
Despues que murió mi padre
Corsario de tres bajeles.
»Junto á mi casa vivia,
Porque más cerca muriese,
Una dama del linage
De los nobles Melioneses,
»Estremo de las hermosas,
Cuando no de las crueles,
Hija al fin de estas arenas,
Engendradoras de sierpes.
»Era tal su hermosura,

Que se hallarian claveles
Mas ciertos en sus dos labios
Que en los dos floridos meses.
»Cada vez que la miraba
Salia el sol por su frente (1),
De tantos rayos vertido
Cuantos cabellos contiene.
»Juntos asi nos criamos,
Y Amor en nuestras niñeces
Hirió nuestros corazones
Con arpones diferentes.
»Labró el oro en mis entrañas
Dulces lazos, tiernas redes,
Mientras el plomo en las suyas
Libertades y desdenes.
»Mas, ya la razon sujeta,
Con palabras me requiere
Que su crueldad le perdone
Y de su beldad me acuerde;
»Y apenas vide trocada
La dureza desta sierpe,
Cuando tú me cautivaste;
Mira si es bien que lamente.
»Esta, español, es la causa
Que á llanto pudo moverme;
Mira si es razon que llore
Tantos males juntamente.»
Conmovido el capitan
De las lágrimas que vierte,

(1) Otras ediciones dicen:
Salia un sol por su frente.

Parando el veloz caballo,
Que paren sus males quiere.
«Gallardo moro, le dice,
Si adoras como refieres,
Y si como dices amas,
Dichosamente padeces.
»¿Quién pudiera imaginar,
Viendo tus golpes crueles
Que cupiera alma tan tierna
En pecho tan duro y fuerte?
»Si eres del Amor cautivo
Desde aquí puedes volverte;
Que me pedirán por hurto (1)
Lo que entendí que era suerte.
»Y no quiero por rescate
Que tu dama me presente
Ni las alfombras mas finas
Ni las granas más alegres.
»Anda con Dios, sufre y ama,
Y vivirás si lo hicieres,
Con tal que cuando la veas
Pido que de mí te acuerdes.»
Apeóse del caballo,
Y el moro tras él desciende,
Y por el suelo postrado,
La boca á sus piés ofrece.
«Vivas mil años, le dice,
Noble capitan valiente,
Que ganas más con librarme

(1) Otros leen: *robo*.

Que ganaste con prenderme.
»Alá se quede contigo
Y te dé victoria siempre,
Para que estiendas tu fama
Con hechos tan escelentes.»

## VII.

Ciego que apuntas y atinas,
Caduco dios y rapaz
Vendado, que me has vendido,
Y niño mayor de edad.
Por el alma de tu madre,
Que murió siendo inmortal,
De envidia de mi señora,
Que no me persigas más.
*Déjame en paz, Amor tirano*
*Déjame en paz,*
Baste el tiempo mal gastado
Que he seguido á mi pesar
Tus inquietas banderas
Foragido capitan.
Perdóname, Amor, aquí,
Pues yo te perdono allá,
Cuatro escudos de paciencia,
Diez de ventaja en amar.
Amadores desdichados
Que seguís milicia tal,
Decidme, ¿qué buena guía
Podeis de un ciego sacar?
De un pájaro ¿qué firmeza?
¿Qué esperanza de un rapaz?

¿Qué galardon de un desnudo?
De un tirano ¿qué piedad?
*Déjame en paz, etc.*
Diez años desperdicié,
Los mejores de mi edad,
En ser labrador de amor,
Á costa de mi caudal.
Como aré y sembré cogí,
Aré un alterado mar,
Sembré en estéril arena,
Cogí vergüenza y afan.
*Déjame en paz, etc.*
Una torre fabriqué
Del viento en la vanidad,
Mayor que la de Nembrot,
Y de confusion igual.
Gloria llamaba á la pena,
Á la cárcel libertad,
Miel dulce al amargo acíbar,
Principio al fin, bien al mal.
*Déjame en paz, Amor tirano,*
*Déjame en paz.*

## VIII.

En el caudaloso rio
Donde el muro de mi pátria
Se mira la gran corona (1),
Y el antiguo pié se baña,
Desde su barca Alcion

(1) En la edicion de Verges se dice: *Se ciñe la gran corona.*

Suspiros y redes lanza,
Los suspiros por el cielo
Y las redes por el agua,
*Y sin tener mancilla*
*Mirábalo su amor desde la orilla.*

En un mismo tiempo salen
De las manos y del alma
Los suspiros y las redes
Hácia el fuego y hácia el agua.

Ambos se van á su centro,
Do su natural los llama,
Desde el corazon los unos,
Las otras desde la barca,
*Y sin tener mancilla,* etc.

Y el pescador entre tanto,
Viendo tan cerca la causa,
Y que tan lejos está
De su libertad pasada,

Hácia la orilla se llega,
Adonde con igual causa
Hieren el agua los remos
Y los ojos della el alma,
*Y sin tener mancilla*, etc.

Y aunque el deseo de verla
Para apresurar le arma
De otros remos la barquilla,
Y el corazon de otras alas;

Porque la ninfa no huya,
No llega más que á distancia
De donde tan solamente
Escuche aquesto que canta:

*Dejadme triste á solas*
*Dar viento al viento y olas á las olas.*
Volad al cielo, suspiros,
Y mirad quién os levanta
De un pecho que es tan humilde
Á partes que son tan altas.
Y vosotras, redes mias,
Calaos en las ondas claras,
Adonde os visitaré
Con mis lágrimas cansadas (1).
*Dejadme triste á solas*, etc.
Dejadme vengar de aquella
Que tomó de mí venganza
De más leales servicios
Que arenas tiene esta playa;
Dejadme, nudosas redes,
Pues quereis, y es cosa clara
Que más que vosotras nudos
Tengo para llorar causas.
*Dejadme triste á solas*, etc.

## IX.

Segun vuelan por el agua
Tres galeotas de Argel,
Un aquilon africano
Las engendró á todas tres.
Y segun los vientos pisa
Un bergantin ginovés,
Si no viste el temor alas,

(1) Verges lee: *Con mil lágrimas.*

De plumas tiene los piés.
Mortal caza vienen dando
Al fugitivo bajel
En que á Nápoles pasaba
En conserva del virey,
Un español con dos hijas,
Una sol y otra clavel,
Que tuvieron á Leon
Por Oriente y por vergel.
Derrotólo un temporal,
Y ya que no dió al través,
A vista dió de Morato
Renegado calabrés.
El Tagarote africano,
Que la español garza vé,
En su noble sangre piensa
Esmaltar el cascabel.
Peinándole va las plumas;
Mas el viento burla dél,
Interpuesto entre las alas
Y entre la guerra cruel.
Ya surcan el mar de Dénia,
Ya sus altas torres ven,
Grandeza de un Duque agora,
Título ya del Marqués.
De sus torres lo descubren,
Y en distinguiendo despues
La cruz en el tafetan,
La luna en el alquicel,
Ocho ó diez piezas disparan,
Que en ocho globos ó diez

Envuelven de negro humo
Al corsario su interés.
Los brazos del cuerpo ocupa
Con fatiga y con placer
El bergantin destrozado
Desde la quilla al garcés.
El leonés, agradecido
Al cielo de tanto bien,
De libertad coronado,
Dice, si no de laurel:
«¡Oh puerto, templo del mar,
Cuya húmida pared
Antes faltará que tablas,
Señas de naufragios dén,
»Fortaleza imperiosa,
Terror de África y desdén,
Yugo fuerte y real espada,
Que reprime y que da ley,
»Defensa os debo y abrigo;
Mi libertad vuestra es,
Y mi lengua desatada
En alabanzas tambien.
»Con tus altos muros viva
Tu ínclito dueño, á quien,
Como á tí el Mediterráneo,
La envidia le bese el pié.
»Inmortal sea su memoria
En la gracia de su Rey,
Por galardon proseguida,
Si comenzó por merced;
»Que servicios tan honrados,

Y de Acates tan fiel,
Inmortalidad merecen,
Si no de vida, de fé!»

## X.

La más bella niña
De nuestro lugar,
Hoy viuda y sola,
Y ayer por casar,
Viendo que sus ojos,
Á la guerra van,
Á su madre dice
Que escucha su mal:
*Dejadme llorar*
*Orillas del mar.*
Pues me distes, madre,
En tan tierna edad
Tan corto el placer,
Tan largo el pesar.
Y me cautivastes
De quien hoy se va
Y lleva las llaves
De mi libertad,
*Dejadme llorar*, etc.
En llorar conviertan
Mis ojos de hoy más
El sabroso oficio
Del dulce mirar,
Pues que no se pueden
Mejor ocupar,
Yéndose á la guerra

Quien era mi paz.
*Dejadme llorar*, etc.
No me pongais freno
Ni querais culpar;
Que lo uno es justo,
Lo otro por demás.
Si me quereis bien
No me hagais mal;
Harto peor fuera
Morir y callar.
*Dejadme llorar*, etc.
Dulce madre mia,
¿Quién no llorará,
Aunque tenga el pecho
Como un pedernal,
Y no dará voces
Viendo marchitar
Los más verdes años
De mi mocedad?
*Dejadme llorar*, etc.
Váyanse las noches,
Pues ido se hán
Los ojos que hacian
Los mios velar;
Váyanse y no vean
Tanta soledad
Despues que en mi lecho
Sobra la mitad.
*Dejadme llorar*
*Orillas del mar.*

## XI.

Frescos airecillos,
Que á la primavera
Destejeis guirnaldas,
Y esparceis violetas;
Ya que os han tenido
Del Tajo en la vega
Amorosos hurtos
Y agradables penas;
Cuando del Estío
En la ardiente fuerza
Álamos os daban
Frondosas defensas;
Alamos crecidos
De hojas inciertas,
Medias de esmeralda,
Y de plata medias;
De donde á las ninfas
Y á las zagalejas
Del sagrado Tajo
Y de sus riberas
Mil veces llamastes,
Y vinieron ellas
Á ocupar del rio
Las verdes cenefas;
Y vosotros luego
Calándoos á priesa
Con lascivos soplos,
Y alas lisongeras,
Sueño las trujistes

Y descuido á vueltas,
Que en pago os valieron
Mil vistas secretas,
  Sin tener desvelo,
Envidia ni queja,
Ni andar con la falda
Luchando por fuerza;
  Ahora pues, aires,
Antes que las sierras
Coronen sus cumbres
De confusas nieblas,
  Y que el aquilon
Con dura inclemencia
Desnude las plantas
Y vista la tierra
  De las secas hojas,
Que ya fueron tregua
Entre el sol ardiente
Y la verde yerba,
  Y antes que las nieves,
Y el hielo conviertan
En cristal las rocas,
Y en vidrio las selvas;
  Batid vuestras alas,
Y dad ya la vuelta
Al templado seno
Que alegre os espera.
  Vereis de camino
Una ninfa bella,
Que pisa orgullosa
Del Bétis la arena;

Montaráz, gallarda
Temida en la sierra
Más por su mirar,
Que por sus saetas.
Agora la halleis
Entre la maleza
Del fragoso monte
Siguiendo las fieras,
Agora en el llano
Con planta ligera
Fatigando el corzo,
Que herido vuela,
Agora clavando
La armada cabeza
Del antiguo ciervo
En la encina vieja;
Cuando ya cansada
De la caza vuelva
A dejar al rio
El sudor en perlas;
Y al pié se reqüeste
De la dura peña
De quien ella toma
Leccion de dureza;
Llegaos á orealla,
Pero no tan cerca,
Que lleveis suspiros
Que han corrido á ella;
Si está calurosa,
Soplad desde afuera,
Y cuando la ingrata

Mejor os entienda,
  Decidle, airecillos:
«Bellísima Leda,
Gloria de los bosques,
Honor de la aldea,
  «Enfermo Daliso
Junto al Tajo queda
Con la muerte al lado,
Y en manos de ausencia;
  »Suplícate humilde;
Antes que le vuelvan
Su fuego en ceniza,
Su destierro en tierra,
  »En premio glorioso
De su amor merezca,
Ya que no suspiros,
Á lo menos letra
  »Con la punta escrita
De tu aguda flecha,
En el campo duro
De una dura peña;
  »Porque no es razon
Que razon se lea
De mano tan dura
En cosa más tierna.
  »A donde le digas:
Muere allá, y no vuelvas
Á adorar mi sombra,
Y arrastrar cadenas.»

## XII.

### Á Angélica y Medoro.

En un pastoral albergue,
Que la guerra entre los robles
Lo dejó por escondido
Y lo perdonó por pobre,
Dó la paz viste pellico
Y conduce entre pastores
Ovejas del monte al llano
Y cabras del llano al monte,
Mal herido y bien curado,
Se alberga un dichoso jóven,
Que sin clavarle Amor flecha,
Le coronó de favores.
Las venas con poca sangre,
Los ojos con mucha noche
Lo halló en el campo aquella
Vida y muerte de los hombres.
Del palafren se derriba,
No porque al moro conoce,
Sino por ver que la yerba
Tanta sangre paguen flores.
Límpiale el rostro, y la mano
Siente al Amor que se esconde
Tras las rosas, que la muerte
Va violando sus colores.
Escondióse tras las rosas
Porque labren sus arpones
El diamante del Catay

Con aquella sangre noble.
Ya le regala los ojos,
Ya le entra, sin ver donde,
Una piedad mal nacida
Entre dulces escorpiones.
Ya es herido el pedernal,
Ya despide el primer golpe
Centellas de agua, ¡oh piedad,
Hija de padres traidores!
Yerbas le aplica á sus llagas,
Que si no sanan entonces,
En virtud de tales manos
Lisonjean los dolores.
Amor le ofrece su venda,
Mas ella sus velos rompe
Para ligar sus heridas;
Los rayos del sol perdonen.
Los últimos nudos daba
Cuando el cielo la socorre
De un villano en una yegua
Que iba penetrando el bosque.
Enfrénanle de la bella
Las tristes piadosas voces,
Que los firmes troncos mueven
Y las sordas piedras oyen;
Y la que mejor se halla
En las selvas que en la corte
Simple bondad al pio ruego
Cortesmente corresponde.
Humilde se apea el villano,
Y sobre la yegua pone

Un cuerpo con poca sangre,
Pero con dos corazones.
Á su cabaña los guia,
Que el sol deja su horizonte
Y el humo de su cabaña
Les va sirviendo de norte.
Llegaron temprano á ella,
Do una labradora acoge
Un mal vivo con dos almas,
Una ciega con dos soles.
Blando heno en vez de pluma
Para lecho les compone,
Que será tálamo luego
Do el garzon sus dichas logre.
Las manos pues, cuyos dedos
Desta vida fueron dioses,
Restituyen á Medoro
Salud nueva, fuerzas dobles,
Y le entregan, cuando menos,
Su beldad y un reino en dote,
Segunda envidia de Marte,
Primera dicha de Adonis.
Corona un lascivo enjambre
De cupidillos menores
La choza, bien como abejas,
Hueco tronco de alcornoque.
¡Qué de nudos le está dando
A un aspid la envidia torpe,
Contando de las palomas
Los arrullos gemidores!
¡Qué bien la destierra Amor,

Haciendo la cuerda azote,
Porqne caso no se infame
Y el lugar no se inficione!
  Todo es gala el africano,
Su vestido espira olores,
El lunado arco suspende
Y el corvo alfange depone.
  Tórtolas enamoradas
Son sus roncos atambores,
Y los volantes de Vénus
Sus bien seguidos pendones.
  Desnuda el pecho anda ella,
Vuela el cabello sin órden;
Si lo abrocha, es con claveles,
Con jazmines si lo coge.
  El pié calza en lazos de oro,
Porque la nieve se goce,
Y no se vaya por piés
La hermosura del orbe.
  Todo sirve á los amantes,
Plumas les baten veloces,
Airecillos lisongeros,
Si no son murmuradores.
  Los campos les dan alfombras,
Los árboles pabellones,
La apacible fuente sueño,
Música los ruiseñores.
  Los troncos les dan cortezas,
En que se guarden sus nombres,
Mejor que en tablas de mármol
Ó que en láminas de bronce.

Ne hay verde fresno sin letra
Ni blanco chopo sin mote;
Si un valle *Angélica* suena,
Otro *Angélica* responde.
Cuevas do el silencio apenas
Deja que sombras las moren,
Profanan con sus abrazos
Apesar de sus errores.
Choza pues, tálamo y lecho
Contestes destos amores,
El cielo os guarde, si puede,
De las locuras del Conde.

## XIII.

Esperando están la rosa
Cuantas contiene un vergel
Flores hijas del aurora,
Bellas cuanto puede ser.
Ella, aunque con magestad,
No debajo de dosél,
Sino entre alfombras verdes,
Purpúrea se dejó ver.
Como reina de las flores
Guarda la ciñe fiel,
Si son anchas las espigas
Que en torno della se vén.
Al parecer la hicieron
Una inclinacion cortés,
Y con muy buen aire todas,
Que mal pudieran sin él.
No la hicieron reverencia,

Aunque todas tienen piés,
Porque su inmovilidad
Su mayor disculpa fué.
 El vulgo de esotras yerbas,
Sirviéndoles esta vez
De verdes lenguas sus hojas (1)
La saludaron tambien.
 Quien pretende la privanza
De tan gran señora, y quien
Admirando su beldad,
No osa descubrir su fé;
 Que el Cupido de las flores
Es la abeja, y si lo es,
Sus flechas abrevia á todas
En el aguijon cruel.
 Ella pues las solicita,
Y las despoja despues;
Por señas, que sus despojos
Son dulces como la miel.
 Los colores de la reina
Vistió galan el clavel,
Príncipe que es de la sangre,
Y aun aspirante á ser rey.
 En viéndola dijo: ¡Ay,
Un jacinto! y al papel
Lo encomendó de sus hojas,
Porque se puede leer.
 Ámbar espira el vestido
Del blanco jazmin aquel

(1) En otras ediciones en vez de *hojas* se dice *ojos*.

Cuya castidad lasciva
Vénus hipócrita es.
La fuente deja el Narciso
Que no es poco para él,
Y ya no se mira á sí,
Admirando lo que vé.
¡Oh que celoso está el lilio!
Un mal cortesano que
Calza siempre borceguí,
Debe de ser portugués.
Mosquetas y clavellinas
Sus damas son; ¿qué más quies,
Oh tú, que pides lugar,
Que bel, mirar, y oler bien? (1)
Las azucenas la sirven
De dueñas de honor, y á fé
Que sus diez varas de holanda
Las envidian màs de diez.
Meninas son las violetas,
Y muy bien lo pueden ser
Las primicias de las flores,
Que antes huelen que se ven.
Deste real paraiso
Verde jáula es un laurel
De tres dulces ruiseñores
Que cantan á dos y á tres.
Guarda-damas, es un triste
Fruncidísimo ciprés,
Efecto al fin de su fruta

(1) Otros en vez de este verso leen:
Que ver, mirar y oler bien.

Para lo que yo me sé.
  Bufones son los estanques,
Y en que lo son lo diré:
En lo frio lo primero,
Que se me ha de conceder;
  En el murmurar contíno,
Y en el reirse tambien
Aunque hacen poco ruido,
Con ser hombres de placer.
  En el pedir, y no agua
Que no es agua su interés
Ni piden lo que no beben,
Por siempre jamás, amen.
  Este de la primavera
El verde palacio es,
Que cada año se erige
Para poco más de un mes.
  Las flores á las personas
Ciertos ejemplos les dén;
Que puede ser yermo hoy
El que fué jardin ayer.

## XIV.

### Á la ciudad de Granada.

  Ilustre ciudad famosa,
Infiel un tiempo, madre
De Cegríes y Gomeles,
De Muzas y Reduanes,
  A quien dos famosos rios
Con sus húmedos caudales,

El uno baña los muros
Y el otro purga las calles;
  Ciudad, apesar del tiempo,
Tan populosa y tan grande,
Que de tus ruinas solas
Se honráran otras ciudades;
  De mi pátria me trujiste,
Y no á darme memoriales
De mi pleito á tus oidores
De mi culpa á tus alcaldes,
  Sino á ver de tus murallas
Los soberbios homenajes,
Tan altos, que casi quieren
Hurtalle el oficio á Atlante;
  Y á ver de tu fuerte Alhambra
Los edificios reales,
En dos cuartos divididos
De leones y comares;
  Do están las salas manchadas
De la mal vertida sangre
De los no menos valientes
Que gallardos Bencerrages;
  Y las cuadras espaciosas
Do las damas y galanes
Ocupaban á sus Reyes
Con sus zambras y sus bailes;
  Y á ver sus hermosas fuentes
Y sus profundos estanques,
Que los veranos son leche
Y los inviernos cristales;
  Y su cuarto de las frutas,

Fresco, vistoso y notable,
Injuria de los pinceles
De Apéles y de Timántes
  Donde tambien las fingidas
Imitan las naturales,
Que no hay hombre á quien no burlen
Ni pájaro á quien no engañen;
  Y á ver sus secretos baños,
Do las aguas se reparten
Á las sostenidas pilas
De alabastro en pedestales;
  Do con sus damas la Reina
Lavándose algunas tardes,
Competian en blancura
Las espumas con sus carnes;
  Y de su chancillería
Á ver los seis tribunales,
Donde cada dosél cubre
Tres ó cuatro majestades,
  Y á ver su real portada,
Labrada de piedras tales,
Que fuera menos costosa
De rubíes y diamantes,
  Para cuyo noble intento,
Porque más presto se acabe,
Echan á culpas de cera
Condenaciones de jaspe;
  Y á ver su sagrado templo,
Donde es vencida en mil partes
De la labor la materia,
Y la natura del arte,

De cuya fábrica ilustre
Lo que es piedra injuria hace
Al fino oro que perfila
Sus molduras y follajes,
De claraboyas ceñido
Por do los rayos solares
Entran á dorar á quien
Les dá la lumbre que valen,
Cuyo cuerpo aun no formado
Nos promete en sus señales
Más fama que los que Roma
Edificó á sus deidades.
Y que aquel cuyas cenizas
En nuestras memorias arden
De aquella á quien por su mal
Vió el que mataron sus canes,
Y al de Salomon, aunque eran
Sus piedras rubios metales,
Marfil y cedro sus puertas,
Plata fina sus umbrales;
Y á ver su hermosa torre,
Cuyas campanas suaves
Del aire con su armonía
Ocupan las cavidades;
Tan perfeta, aun no acabada,
Que no solo los que saben
Mas del arte dicen que es
Obra de arquitecto grande,
Mas del pórfido lo bello,
Lo hermoso del filabre,
Aunque con lenguas de fuego,

Lóan al maestro sage;
Y á ver su real capilla,
En cuyo túmulo yace
Con su cristiana Belona
Aquel católico Marte,
Á cuyos gloriosos cuerpos,
Aunque muertos, inmortales,
Por reliquias de valor
España les debe altares;
Y á ver su fértil escuela
De Bártulos y de Abades,
De Galenos y Avicenas,
De Escotos y de Tomases;
Y á ver su colegio insigne,
Tanto, que puede igualarse
Á los que el agua del Tormes
Beben y las del Henares;
Cuyas becas rojas vemos
Poblar Universidades,
Plazas, Audiencias y Sillas,
De iglesias mil catedrales;
Y á ver el templo y la casa
De los Jerónimos frailes,
Donde está el mármol que sella
El gran Gonzalo Fernandez,
Digo los heróicos huesos
De aquel sol de capitanes,
Á quien mi pátria le dió
El apellido y los padres;
Cuyas armas siempre fueron,
Aunque abolladas, triunfantes

De los franceses estoques
Y de los turcos alfanges;
  De que dan gloriosas señas
Las banderas y estandartes,
Los yelmos y los escudos,
Tablachines y turbantes
  De los genízaros fieros
Y de los bárbaros Traches,
De los segundos Reinaldos
Y de los nuevos Roldanes;
  Que á solo honrar su sepulcro
De trofeos militares,
Unos rompieron el mar
Y otros bajaron los Alpes;
  Y á ver tu Albaicin, castillo
De rebeldes voluntades,
Cuerpo vivo en otro tiempo,
Ya lastimoso cadáver;
  Y á ver tu apacible vega,
Donde combatieron antes
Nuestros cristianos maestres
Con sus paganos alcaides;
  Y á ver tu Generalife
Y aquel retrato admirable
Del terreno deleitoso
De nuestros primeros padres,
  Do el ingenio de los hombres
De murtas y de arrayanes
Ha hecho á naturaleza
Dos mil vistosos ultrajes,
  Donde se ven tan al vivo

De brótano tantas naves,
Que dirán, si no se mueven,
Que es faltarles el aire;
  Y á ver los cármenes frescos
Que al Darro cenefa hacen
De aguas, plantas y edificios,
Formando un lienzo de Flándes,
  Do el céfiro al blando chopo
Mueve con soplo agradable
Las hojas de argentería
Y las de esmeralda al sáuce,
  Donde hay de árboles tal greña
Que parecen los frutales,
Ó que se prestan las frutas,
Ó que se dan dulces paces;
  Y del verde Dinadámar
Á ver los manantiales,
Á quien las plantas cobijan
Porque los troncos se bañen,
  Entre cuyas verdes ramas
Juntas las diversas aves,
Á cuatro y á cinco voces
Cantan motetes suaves;
  Y á Jaragni, donde espiran
Dulce olor los frescos valles,
Las primaveras de gloria,
Los otoños de azahares;
  Cuyo suelo viste Flora
De tapetes de Levante,
Sobre quien vierte el Abril
Esmeraldas y balages;

Y á ver de tus bellas damas
Los bellos rostros, iguales
Á los que en sus jerarquías
Las doradas plumas baten,
Por quien nevado Genil,
Es muy justo que te alabes
Que escedes al sacro Ibero,
Y al rubio Tajo deshaces,
Pues en tus nobles orillas
Milagros de beldad nacen,
Envidia de otras riberas,
Eclipse de otras beldades,
Tan gallardas sobre bellas,
Que no han visto las edades
Ni mantos de mayor brío
Ni mirar de más donaire,
Tan discretas de razones
Y tan dulces de lenguaje,
Que dirán que entre sus perlas
Destila Amor sus panales;
Estas son, ciudad famosa,
Las que del Duero al Hidaspe
Te dan el honor y el lustre
Que al oro dan los esmaltes.
En tu seno ya me tienes
Con un deseo notable
De que alimenten mis ojos
Tus muchas curiosidades,
Dignas de que por gozarlas,
No solo se desamparen
Las comarcanas del Bétis,

Mas las riberas del Ganges,
Y que se pasen por verlas,
No solo dudosos mares,
Mas las nieves de la Scitia,
De Libia los arenales,
Pues eres, Granada ilustre,
Granada de personajes,
Granada de Serafines,
Granada de antigüedades,
Y al fin la mayor de cuantas
Hoy con el tiempo combaten,
Y que mira en cuanto alumbra
El rubio amador de Dafne.

## XV.

Levantando blanca espuma
Galeras de Barbarroja,
Ligeras le daban caza
Á una pobre galeota
En que alegre el mar surcaba
Un mallorquin con su esposa,
Dulcísima valenciana,
Bien nacida cuanto hermosa.
Del Amor agradecido,
Se la llevaba á Mallorca,
Tanto á celebrar las pascuas
Cuanto á festejar las bodas;
Y cuando á los sordos remos
Más se humillaban las olas,
Más se ajustaba á la vela
El blando viento que sopla,

Espiándola detrás
De una cala insidiosa
Estaba el fiero terror
De las playas españolas.
Sobresaltóla en un punto;
Que por una parte y otra
Sus cuatro enemigos leños
Tristemente la coronan,
Crece en ellos la codicia
Y en estotros la congoja,
Mientras se queja la dama,
Derramando tierno aljófar:
«Favorable y fresco viento,
Si eres el galan de Flora,
Válgame en este peligro
Por el regalo que gozas.
»Tú, que embrabecido puedes
Los bajeles que te enojan
Embestillos en la arena
Con mas daño que en las rocas;
»Tú, que con la misma fuerza,
Cuando al humilde perdonas,
Sueles de armadas reales
Escapar barquillas rotas,
»Salga esta vela á lo menos
Destas manos rigorosas,
Cual de garras de alcon
Blancas alas de paloma.»

## XVI.

Amarrado á un duro banco
De una galera turquesa,
Ambas manos en el remo
Y ambos ojos en la tierra,
Un forzado de Dragut
En la playa de Marbella
Se quejaba al ronco son
Del remo y de la cadena.
«¡Oh sagrado mar de España,
Famosa playa serena,
Teatro donde se han hecho
Cien mil navales tragedias!
»Pues eres tú el mismo mar
Que con sus crecientes besas,
Las murallas de mi pátria,
Coronadas y soberbias,
»Tráeme nuevas de mi esposa,
Y dime si han sido ciertas
Las lágrimas y suspiros
Que me dice por sus letras;
»Por que si es verdad que llora
Mi cautiverio en su arena,
Bien puedes al mar del Sur
Vencer en lucientes perlas.
»Dame ya, sagrado mar,
Á mis demandas respuesta;
Que bien puedes si es verdad,
Que las aguas tienen lenguas;
»Pero, pues no me respondes,

Sin duda alguna que es muerta,
Aunque no lo debe ser,
Pues que yo vivo en su ausencia;
»Pues he vivido diez años
Sin libertad y sin ella
Siempre al remo condenado
Á nadie matarán penas.»
En esto se descubrieron
De la religion seis velas
Y el cómitre mandó usar
Al forzado de su fuerza.

## XVII.

### Continuacion del anterior.

La desgracia del forzado,
Y del corsario la industria,
La distancia del lugar
Y el favor de la fortuna,
Que por la boca del viento
Les daba á soplos ayuda
Contra las cristianas cruces
A las otomanas lunas,
Hicieron que de los ojos
Del forzado, á un tiempo huyan
Dulce pátria, amigas velas,
Esperanzas y ventura.
Vuelve, pues, los ojos tristes
Á ver como el mar le hurta
Las torres y de las naves
Las velas y le da espumas.

Y viendo más aplacada
En el cómitre la furia
Vertiendo lágrimas dice,
Tan amargas como muchas:
*¿De quién me quejo con tan gran estremo,*
*Si ayudo yo á mi daño con mi remo?*
«Ya no esperen más mis ojos,
Pues agora no lo vieron
Sin este remo las manos,
Y los piés sin estos hierros;
»Que en esta desgracia mia
Fortuna me ha descubierto
Que cuantos fueren mis años
Tantos serán mis tormentos.
*¿De quién me quejo*, etc.
Velas de la religion
Enfrenad vuestro denuedo,
Que mal podreis alcanzarnos,
Pues tratais de mi remedio.
«El enemigo se os va
Y favorécelo el tiempo,
Por su libertad no tanto,
Cuanto por mi cautiverio.
*¿De quién me quejo*, etc.
Quedáos en aquesta playa,
De mis pensamientos puerto;
Quejáos de mi desventura,
Y no echeis la culpa al viento.
Y tú, mi dulce suspiro,
Rompe los aires ardiendo,
Visita á mi esposa bella

Y en el mar de Argel te espero.
*¿De quién me quejo con tan grande estremo,*
*Si ayudo yo á mi daño con mi remo?*

## XVIII.

Tú, noche, que alivias
Los cansados miembros,
Cuyas negras horas
Convidan á sueño;
Dulce encubridora
De los que despiertos,
De amorosas luces
Sacan lances bellos;
Tú, en cuyo regazo
El grande y pequeño
Suspende la vida
Y afloja el deseo;
Aplica á mis quejas
El oido atento,
Pues dellas el dia
Y de mi vá huyendo,
Mientras mi enemiga
En el casto lecho
Duerme sin cuidado
De mis pensamientos.
En pasados siglos,
Noche, si me acuerdo,
Sus trompetas roncas
Mis ojos rindieron,
Á mi lengua muda
Y á tus ojos ciego,

Sin darme, cuitado,
Presentes tormentos.
Aquel tiempo fuese,
Que en fin era bueno,
Y ojalá el presente
Hiciera lo mesmo.
Agora cuidado
Usurpó los fueros,
Y entre las tinieblas
Oigo, miro y peno.
Hecho centinela
De mis devaneos,
Á mi bien dormido
Y á mi mal despierto,
Canto con los gallos
Cantares funestos,
Responso á mi alma,
Láudes á mi cielo,
Quejas al amor,
Honras á mi cuerpo,
Endechas al daño,
Plegarias al tiempo.
Canto al cabo de año
Con nocturno entero
De mis esperanzas,
Que ya se murieron.
Contemplo los cursos,
Pensando conceptos
Para engrandecer
Á quien me ha desecho.
Consumo las horas

Haciendo sonetos,
Y en ellos alarde
De mis daños ciertos.
Pero ¿qué me importa
Cantar mil sucesos
Á quien no es posible
Que les dé remedio?
Ora estés velando,
Ora estés durmiendo,
Ingrata señora,
Escucha mis versos.
Podráslos cantar
Las noches de invierno,
Los martes aciagos,
Que son propios dellos.
Cuando yo vivia
Más libre y exento,
De mi gusto esclavo,
Solo á mí sujeto,
Burlaba de Amor
Y de sus pecheros,
Porque en mi opinion
Todos eran necios;
Y no andaba errado;
Que quien sirve á un ciego,
Ó no tiene vista
Ó es poco discreto.
No cuidaba de ojos
Garzos ni risueños,
De tiernas palabras
Ni blandos rodeos;

No me suspendian
Cejas ni cabellos,
Nariz afilada
Ni nevado pecho;
No en fuego me helaba,
Ni quemaba el hielo
Ni me alborotaban
Temerarios celos;
No me despertaban
Amorosos miedos,
Ni dueñas ni doñas
Me traian suspenso;
No gastaba arengas
En dulces requiebros,
Ni lágrimas vivas
Ni suspiros recios;
Nunca con mujeres
Hablaba con seso,
Porque me preciaba
De ser lisongero;
Nunca me vió nadie
En anocheciendo
Andar hecho trasgo,
Cargado de hierro.
Estas prevenciones
Poco me valieron;
Que al fin vine á dar
Al despeñadero.
Víte una mañana,
Y quedé suspenso
De unas cejas negras

Y unos ojos negros.
Perdime de vista,
Y dejando el puerto,
En el mar de Amor
Me entré á vela y remo.
Comencé á ser otro;
Descubrite el pecho,
Más tú le cubriste
De amoroso fuego.
Hallóte mi amor
Falsa por estremo,
Las palabras cera,
Las obras acero;
Herviente en las causas,
Tibia en los afectos;
Fácil en promesas,
Y mudable en hechos.
Blanda en los halagos,
Dura en los remedios,
Viva en mis tragedias,
Muerta en mis trofeos;
En presencia gloria,
En ausencia infierno,
En público oveja,
Y tigre en secreto.
Pues no eres eterna,
Ni el tiempo es eterno
Ni tú serás moza
Cuando yo sea viejo,
Si pasa tu flor,
Quedarte hás en seco,

Rica de desdenes,
Pobre de contento.
  Llorarás entonces
Lo que no echas menos,
Y querrás comer,
Y no habrá pan tierno;
  Pero ténte, pluma,
Que aunque no me aduermo,
Hablas con un robre,
De asperezas hecho.

## XIX.

  Jueves era, jueves;
Despertóme el alba
La inquietud con furia
De una triste causa.
  Como enfermo hice,
Nunca tal pensára,
Agasajo al dia,
Desprecio á la cama;
  Troquéla en vestido,
Y ví lo que llaman
Risa de la aurora
Por labios de grana,
  Aunque amanecia
La luz embozada,
Con hocico el cielo,
El sol con lagañas
  De ámbar, decian
Unas voces pardas:
«¡ Agua vá, señores!»

Que las nubes vacian;
Cuando Anica en corto
Por mi calle baja,
Huyendo el aviso,
Flechando la aljaba,
Cubriendo el semblante
La linda rapaza,
Lo lascivo enseña,
Lo divino tapa.
Al tiempo que aplica
Su embozo á la cara,
Por celajes mira,
Por tronera mata.
Cuando airosa pisa,
Parece que calza
Chapin de granizo,
Que cayendo salta,
Picante á menudo,
Su paso imitaba
Mucho á la pimienta,
Algo á la mostaza.
Vístese á lo cielo,
Tápase á lo falsa;
Lo celoso ofrece,
Lo amoroso guarda.
Con bizarro talle
Ostenta gallarda,
Alma en sus acciones,
Azogue en el alma.
Yo la ví, señores,
Yo ví que mostraba

Nieve en sus muñecas
Y nieve sus llamas.
No pensé que fuera
Tan bella y honrada,
Tan briosa y noble,
Tan hermosa y casta.
Con solo un ceceo
Intenté llamarla,
Pues vi que mi afecto
Bosquejó mis ánsias;
Pero sus desdenes
Mi engaño declaran,
Y al desdén entregan
Tanta confianza.
Llaméla corrido,
No por enojarla,
Lo que dice el vulgo
Nombre de las Páscuas.
De vergüenza dicen
Que vistió la cara,
Aumentó rigores,
Prometió venganzas;
Hallé, aunque jamás
Verlo imaginaba,
Hermoso el enojo,
Discreta la rabia.

## XX.

«Junto á una fuente clara
Lloraba Galatea
De sus divinos ojos

Por lágrimas, estrellas.
»Cristal y luces llora,
Y en el cristal que aumenta
Agua y luces agravian
Plata y rayos pelean;
»De ausente pastorcillo,
Que ingrato dueño deja
Desperdiciar al aire
Imperios de oro en trenzas,
»El más hermoso agravio
Que vió la primavera,
Rojo desdén del dia,
Del alba blanca afrenta.
»Ayer bajó embozada
Al baile de su aldea,
Avara con los cielos,
Y con Abril soberbia;
»Que resistir entonces
Amor ni el sol pudieran
A tanta nieve en rayos,
Tanto cristal en flechas.
»Ambar cernió su cófia,
Su boca llovió perlas,
Y vinculó esmeraldas
Su breve pié á las yerbas;
»Que dulcemente muero,
Que vanamente esperan
Los pensamientos mios
Piedad de tal belleza.»
Esto cantaba Lauro
Á la beldad más nueva

Que llenó de suspiros
Los ecos y las selvas.

## XXI.

¡Oh cuán bien que acusa Alcino
Orfeo de Guadiana,
Unos bienes sin firmeza,
Unos males sin mudanza!
Pulsa las templadas cuerdas
De la cítara dorada,
Y al son desata los montes
Y al son enfrena las aguas.
¡Oh cuán bien canta su vida,
Cuán bien llora su esperanza,
Y el monte y el agua escuchan
Lo que llora y lo que canta!
La vida es corta y la esperanza larga,
El bien huye de mi, y el mal se alarga.
El bien es aquella flor,
Que la ve nacer el alba,
Al rayo del sol caduca,
Y á la sombra no la halla.
El mal la robusta encina,
Que vive con la montaña,
Y de siglo en siglo el tiempo
Le peina sus verdes canas.
La vida es ciervo herido,
Que las flechas le dan alas,
La esperanza el animal,

Que en sus piés mueve su casa.
La vida es corta, y la esperanza larga,
El bien huye de mí, y el mal se alarga.

## XXII.

Lloraba la niña
Y tenia razon,
La prolija ausencia
De su ingrato amor.
Dejóla tan niña,
Que apenas creyó,
Que tenia los años
Que há que la dejó.
Llorando la ausencia
Del galan traidor
La halla la Luna,
Y la deja el Sol,
Añadiendo siempre
Pasion á pasion,
Memoria á memoria,
Dolor á dolor.
*Llorad corazon,*
*Que teneis razon.*
Dícele su madre:
—«Hija, por mi amor,
Que se acabe el llanto
Ó me acabe yó.»
Ella le responde;
—«No podrá ser, no,
Las causas son muchas,
Los ojos son dos.

«Satisfagan, Madre,
Tanta sinrazon,
Y lágrimas lloren
En esta ocasion;
»Tantas como de ellos
Un tiempo tiró
Flechas amorosas
El Arquero Dios.
»Ya no canto, Madre,
Y si canto yo,
Muy tristes endechas
Mis canciones son;
Porque el que se fué,
Con lo que llevó
Se dejó el silencio,
Se llevó la voz.
*Llorad corazon,*
*Que teneis razon.*

## XXIII.

Guarda corderos, zagala;
Zagala, no guardes fé;
Que quien te hizo pastora
No te escusó de mujer.
La pureza del armiño,
Que tan celebrada es,
Vístela con el pellico
Y desnúdala con él.
Deja á las piedras lo firme,
Advirtiendo que tal vez,
Á pesar de su dureza

Obedecen al cincel,
  Resiste al viento la encina,
Más con el villano pié,
Que con las hojas corteses,
Á cualquier céfiro creen.
  Aquella hermosa vid,
Que abrazada al olmo vés,
Parte pámpanos discreta
Con el vecino laurel.
  Tortolilla gemidora,
Depuesto el casto desdén,
Tálamo hizo segundo
Los ramos de aquel ciprés.
  No para una aveja sola,
Sus hojas guarda el clavel,
Beben otras el aljófar
Que guarda su rosicler.
  El cristal de aquel arroyo
Undosamente fiel,
Niega al ausente su imájen
Hasta que la vuelve á ver.
  La inconstancia al fin dá plumas
Al hijo de Vénus, que
Poblando dellas, sus alas
Viste sus flechas tambien.
  No pues tu libre alvedrío
Lo tiranice interés,
Ni amor que de singular
Tiene más que de infiel.
  Sacude preciosos yugos,
Coyundas de oro no dén,

Sino cordones de lana
Al suelto cabello ley.
  Mal hayas tú, si constante
Mirases al sol, y quien
Tan águila fuere en esto,
Dos veces mal haya y tres.
  Mal hayas tú, si mirares
En lasciva candidez
Las aves de la deidad,
Que primero espuma fué.
  Solicitando prolija
La ingratitud de un doncel,
Ninfa de las selvas ya,
Vocal sombra vino á ser.
  Si quieres pues, zagaleja,
De tu hermosura cruel
Dar entera voz al valle,
Desprecia mi parecer.

## XXIV.

  Saliéndome estotro dia,
Candidísimo lector,
Á tomar el sol, que ogaño
Se usa tomar hasta el sol,
  Reventando el pensamiento,
De moral, alimento,
Como gusano de seda,
Mi necia imaginacion.
  Baboseando cuidados,
Y agenos, que es lo peor,
Hiló su cárcel la simple

En dos horas de reloj.
¡Qué impertinente clausura
Y qué propiamente error,
Fabricar de agenos yerros
Las rejas de su prision!
En moneda de piedad
Boberia son de dos,
Que no valen ni aun en plata
Un ceutí, aunque sea limon.
Que el vaso de oro en que os sirve
Vuestro gusto su licor
Sea penado para mí
Si es glorioso para vos,
*Caridades escusadas,*
*Mia fé son.*
Que las flechas veniales
De vuestro mortal amor,
Que á vos no os pasan el sayo,
Me pasen á mi el jubon;
Que los alcones del otro
Poderoso gran señor,
Doliéndome de sus gastos,
Los cebe en mi corazon,
*Caridades*, etc.
Que me duela del tahur
Lo que hasta el alba perdió,
Riendo el alba igualmente
Su pérdida y mi dolor;
Que la viudez me lastime
De la moza que quedó,
Si fué el responso del muerto

Del vivo amonestacion,
*Caridades,* etc.
Que sienta la ociosidad
Del vagamundo doctor,
Que herrando nunca su mula
Todas las curas erró.
Que á su mujer le dé un palo
Un marido, y sudeis vos,
Pagándole ella en madera
Lo que él en leña le dió;
*Caridades escusadas,*
*Mia fé son.*
En este capullo estuvo
El juicio de don Yo
Dos horas; lector, *adio*
Que en Bergamasco es *adios.*

## XXV.

Conocidos mis deseos,
Admitidos por constantes,
Merezcan por ofendidos
Licencia para quejarse,
De escuchar obligacíones
Grandes libertades nacen,
De conseguir beneficios
Estrechas cautividades.
Viva libre el que no admite,
Quien no se obliga, no pague;
Satisfacciones á deudas,
Si no prefieren, igualen.
Es la gratitud nn toque

De buena ó villana sangre,
Humildes tocan bajezas,
Nobles descubren quilates.
  Favores que se limitan
Con acciones desiguales,
Arrepentimiento indician,
Arguyen amor con arte.
  Desdeñosa á mis caricias,
Con las agenas afable,
Mas que bonanza aseguran
Gustos de amor inconstantes.
  Ejecutar tiranías,
Preciarse de libertades,
Confianza es el dueño,
Menosprecio en el amante.
  Corta en las satisfacciones,
Larga siempre en dar pesares,
Ó la pérdida no estima
Ó es dar alivio al alcance.
  Imaginadas ofensas,
Que agravian entrambas partes,
Ageno valor se ofende,
El mismo recibe ultraje.
  Guerra de amor y desdén
No sustentan ni combaten
Uniformes elementos
Contrarios en calidades.
  Tus helados Mongibelos
Á mis ardientes volcanes,
Si se oponen, no destruyen,
Esferas de amor tan grandes,

Sola, ó más tirana Filis,
Dó imprimes de amor señales
Y de sus caminos dejas
Los que en el aire las aves;
Fíngete libre laurel
Á los rayos fulminantes,
Que humildes fuegos te observan
Para desdenes de Dafne.

## XXVI.

Cloris divina en todo,
Á cuya discrecion
Tributo dá rendida
Del orbe la mayor;
En cuyos ojos claros
El alígero Dios
Puso de luz saetas,
Fuertes rayos cifró;
Ministrando graciosos
Con suave rigor,
Tus negras cejas, arcos
Á su tirano arpon.
Ninfa, pues, cuyo agrado,
Y decir socarron,
Al más triste suspende
Su penoso dolor;
Escucha del que tiene
Opreso el corazon,
De las crueles vistas
Del ciego traidor.
Del rapaz, cuya ley

Á nadie perdonó,
Desde el zagal inculto
Al cetro superior.
El que su furia emplea
Contra el que se mostró
Más exento á su yugo,
Más libre á su prision.
Como entre gustos varios,
Un tiempo estuve yo
Ignorando sus flechas,
Despreciando su ardor;
Y tanto que el aldea
Mi altivez celebró,
Dándome por renombre
El más libre garzon.
Porque de mis zagalas
Clara afrenta del sol,
No escuchaba las penas,
Burlaba la aficion.
Mas aqueste tirano
Mi libertad robó,
Mostrándome de Aminta
El humano valor.
Aminta á quien el Tormes
En su cristal veloz
La venera deidad,
Supremo le dá honor:
Idolatra á su efigie
Con sacra admiracion,
Que víctimas humildes
Propicia no admitió.

Y desdeñando afectos
Con ajeno favor,
Aniquiló mi gloria,
Mi esperanza frustró.
Trasunto soy de aquel
Admético pastor,
Que humana siguió ninfa
La que laurel gozó.
Si bien feliz en algo
Sus bienes coronó
El ramo á quien adorna
No extinguido verdor.
Y á mi ciprés funesto
Publicando que estoy
Muerto á las manos fieras
Del vengativo amor.

## XXVII.

En lágrimas salgan mudos
Afectos, que hasta hoy
Aun en suspiros el alma
Al aire se las fió.
Afectos que el pié en un grillo
Andan en el corazon
Y se fueran por los ojos
Á no revocarlas yo.
Salgan por los ojos, pues,
Estrellas sin esplendor
Entre hondas sin ruido
Desmintiendo lo que son.
Que recato, aun al silencio

Señas teme, sino voz,
Tanta á la divina causa
Se debe veneracion.
  Adoro en perfiles de oro
Dos bellas copias del sol,
Tan bellas que él pide rayos
Á cualquiera de las dos.
  Adórolas, y tan dulce,
Tan mortal culto les doy,
Que no penetra sus aras
Si no es la imaginacion.
  Por no profanar grosero
Su sagrado templo estoy
Entre zelos y temores
Que la envidia me causó,
  Previniendo diligente
El más luciente arpon
Que viste plumas de fuego
En la aljaba del amor.
  Para ejercitarlo el dia
Que ausencia haga un garzon,
Más que yo si venturoso,
Pero más amante no.
  Entre tanto la lisonja
Me junta á la emulacion,
Que á una deidad el silencio
Mudo es adulador.

## XXVIII.

  La cítara que pendiente
Muchos dias guardó un sáuce

Solicitadas sus cuerdas
De los céfiros suaves,
Amarilis restituye,
Que orillas de Manzanares
Viste armiños por trofeo
Pisa espumas por ultraje.
El dulce, pues, instrumento
Pisados viendo sus trastes,
De los que suavemente
Articuló Amor cristales;
Órgano fué de marfil,
Bien que le faltaba el aire,
Porque enmudeció los soplos
Del viento más aspirante.
Á cuyo son la pastora
Cantando dejó llamarse
Filomena de las gentes,
Amarilis de las aves.
El curso enfrenó del rio,
Y á su voz la verde márgen,
Respondiendo en varias flores
Aplausos hizo fragantes.
De golosos cupidillos
Mudó la corona enjambre,
Libándole en la armonía
Cuantos respira azahares.
Asistir quisieran todos
Á esta lisonja que hacen
El que anudaron esposo
Los mesmos lazos que amante.
Al siempre culto Danteo

Envidia de los zagales,
En valor primero á todos,
En dichas segundo á nadie.
  Manteniendo, pues, los ojos
En lirios que dulces nacen
En la frente de Amarilis
Á caducar nunca ó tarde;
  Néctar bebe numeroso
Entre perlas y corales,
Escuchando á la sirena
Que tremola plumas de ángel.

## XXIX.

### Á la batalla de Lepanto.

  Desbaratados los cuernos,
Y la batalla rompida
Sus escuadras leño á leño,
Sus leños astilla á astilla.
  Luchalí hecho á la mar
Con vergonzosa huida,
Muerto el Bajá, y coronada
De su cabeza una pica.
  Redimidos los forzados
Más por la Merced divina,
Que la Trininad humana
Tres personas, y una liga.
  Vitoria el mar, vitoria el cielo diga;
Triunfos de la liga
Sea á tan gran victoria
Trompa la fama, y pluma la memoria.

Glorioso parte Don Juan
Con estruendo y armonía
De tiros y de clarines,
Dejando entre aquellas islas
Un mar de sangre y de fuego,
Y por espumas cenizas
Tiñe, si no son turbantes
Que van buscando la orilla.
Vitoria dicen los fuegos,
Vitoria la artillería,
Las piedras dicen vitoria,
Que los vencedores pisan.
Vitoria el mar, etc.

## XXX.

Castillo de San Cervantes,
Tú que estás junto á Toledo,
Fundóte el Rey don Alfonso
Sobre las aguas del Tejo.
Robusto, sino galan,
Mal fuerte, peor dispuesto,
Pues que tienes más parientes
Que un hijo de un racionero.
Lampiño, debes de ser,
Castillo, si no estoy ciego,
Pues siendo de tantos años,
Sin barba cana te veo.
Contra ballestas de palo
Dicen que fuiste de hierro,
Y que anduviste muy hombre
Con dos morillos honderos.

Tiempo fué, papeles hablen
Que te respetaba el reino
Por juez de apelaciones
De mil católicos miedos.
Ya menos preciado ocupas
La esperanza de ese cerro,
Mohoso como en Diciembre
El lanzon del viñadero.
Las que ya fueron corona
Son alcándara de cuervos,
Almenas que, como dientes,
Dicen la edad de los viejos.
Cuando más mal de tí diga,
Dejar de decir no puedo,
Si no tienes fortaleza,
Que tienes prudencia al menos.
Tu, que á la ciudad, mil veces
Viendo los moros de lejos,
Sin ser Espíritu Santo
Hablaste en lenguas de fuego.
En las orillas agora
Del sagrado Tajo viendo
Debajo de los membrillos
Engerirse tantos miembros,
Lo callas á los maridos
Que es mucho á fé, por aquello
Que tienes de San Cervantes,
Y que ellos tienen de ciervos.
Entre todas las mujeres
Serás bendito, pues siendo
En el mirar atalaya,

Eres piedra en el silencio.
Mira, Castillo de bien,
Que hagas lo que te ruego,
Aunque te hé obligado poco
Con dos docenas de versos.
Cuando la bella terrible,
Hermosa como los cielos,
Y por decillo mejor,
Áspera como su pueblo,
Si alguna tarde saliere
A disfrutar los almendros,
Verdes primicias del año
Y dulcísimo alimento;
Si de las aguas del Tajo
Hace á su beldad espejo;
Ofrécele tus ruinas
Á su altivez por ejemplo;
Háblale mudo mil cosas;
Que bien sabrás, pues sabemos
Que á palabras de edificios
Orejas los ojos fueron.
Dirásle que con tus años
Regule sus pensamientos,
Que es verdugo de murallas
Y de bellezas el tiempo;
Que no crean á las aguas,
Sus bellos ojos serenos,
Pues no la han lisonjeado,
Cuando la murmuran luego.
Que no fie de los años
Ni aun un mínimo cabello,

Ni le perdone los suyos
Á la ocasion, que es gran yerro.
 Que no se duerma entre flores;
Que recordará del sueño
Mordida del desengaño
Y del arrepentimiento;
 Y abrirá entonces la pobre
Los ojos, ya no tan bellos,
Para bailar con su sombra,
Pues no quiso con su cuerpo.
 ¡Oh, qué diria de tí,
Si tú le digeses esto,
Antigualla venerable,
Sí no quieres ser trofeo!
 Mi musa te antepondrá
Á San Angel y á San Telmo
Aunque no quisiere Roma,
Y Malta quisiere menos;
 Que aunque te han desmantelado,
Y no con tantos pertrechos,
Y tulliduras de grajos
Te defenderás más presto.

## XXXI.

 Los rayos le cuenta al sol
Con un peine de marfil
La bella Jacinta un dia
Que por mi dicha la ví
*En la verde orilla*
*De Guadalquivir.*
 La mano escurece al peine;

Mas ¡qué mucho, si el Abril
Le vió escurecer los lilios,
Que blancos suelen salir!
*En la verde orilla*, etc.

Los pájaros la saludan,
Porque piensan, y es así,
Que el sol que sale en Oriente
Vuelve otra vez á salir
*En la verde orilla*, etc.

Por solo un cabello el sol
De sus rayos diera mil,
Solicitando envidioso
El que se quedaba allí,
*En la verde orilla*
*De Guadalquivir.*

## XXXII.

Las redes sobre el arena
Y la barquilla ligada
Á una roca que las ondas
Convierten la piedra en agua,

El pobre Alcion se queja
Por ver á la hermosa Glauca,
Fuego de los pescadores
Y gloria de aquella playa,

Buscándola con los ojos,
En altas voces la llama:
«Glauca, dice, ¿dónde estás?
¿Por qué nueva ocasion tardas?

»¿Háste arrepentido acaso
De haber dado tu palabra

De llegar á mis rediles
Antes que el lucero salga?
»¡Oh perjura, si á mi fé
Y á tus juramentos faltas,
Esperen mayor tributo
De mis ojos estas aguas!
»Glauca mia, ¿no respondes,
Ó gustas de ver mis ánsias
Porque á costa de mis daños
De mi fé te satisfagas?
»Si es esto, yo te perdono
Todo el tiempo que dilatas
En mostrar de tu Alcion
De su bien y mal la causa;
»¡Mas, triste, cuántos agüeros
Y señales de mudanza!
El fiero viento se esfuerza
Y las olas van más altas;
»Los delfines van nadando
Por lo más alto del agua,
Tormenta amenaza el mar,
Sin duda se muda Glauca.»
Venia la ninfa bella
Por la ribera descalza,
Dando cuerda á los anzuelos
Y requiriendo las nasas.
El rubio cabello al viento
De tal suerte, que quedaban
Más que en sus anzuelos peces,
Entre sus cabellos almas,
Viendo con cuánta pasion,

Más que nunca aljofaradas
Competian en blancura
Las espumas con sus plantas;
Mas la hermosa pescadora,
Que estas voces escuchaba,
No pudo sufrirlas más,
Y fué burla harto pesada;
Y viendo que el pescador
Con atencion la miraba,
De peces privando el mar,
Y al que la mira del alma,
Llena de risa responde:
«Mi Alcion, no haya más, basta;
Perdona el haber tardado,
Pues ganas con mi tardanza.»
Corriendo por la ribera,
Colérica, acelerada,
A su albergue se volvió,
Y el pescador á su barca.

## XXXIII.

En tanto que mis vacas,
Sin oillos condenan
En frutos los madroños
Desta fragosa sierra,
Quiero cantar llorando
Á sombras de esta peña,
De áspera, invencible,
Segunda Galatea;
Que pues osó fiarle
En intrincadas trepas

Sus verdes corazones
Esta amorosa hiedra,
Fiarle podré yo
Lagrimosas endechas;
Más ¡ay triste! que es sorda
Segunda Galatea.
*¡Mal haya quien emplea*
*Su fé en la que con arco y con aljaba*
*Parece niño Amor, y es fiera brava!*
«Divina cazadora,
Que de seguir las fieras,
Has dado en imitallas,
Y para mí excedellas,
»Dé en tu media luna
Junto las empulgueras,
Y al desdén satisfaga
La más volante flecha;
»Que saldrá á recibilla,
Por jubilar sus penas,
En el pecho que huyes
El alma que desdeñas.»
No pudo decir más,
Porque entre la maleza
Un jabalí espumoso
Le salteó sus quejas.
Lebreles le forzaron
Á tomar la defensa
Y á despreciar venablos
Y perros que le aquejan.
El vaquero, admirado
De que rompiendo telas

Huya, «¡Oh fiera, le dice,
Segunda Galatea!»
*¡Mal haya quien emplea*
*Su fé en la que con arco y con aljaba*
*Parece niño Amor, y es fiera brava!*

## XXXIV.

No me bastaba el peligro
De una grave enfermedad
Que pues no me mató ella,
Respiro para inmortal;
Sino condenarme agora
Á deprender á labrar
Un lisongero imposible
Y un suave perdonar.
¿Qué te ha hecho, crudo Amor,
Esta pobre libertad,
Blanco de tus demasías,
No las llamo flechas ya?
Forastero bien venido,
Si vais para la ciudad,
Y acaso os metiere en ella
Amor ó necesidad,
Guardaos mil veces, os digo,
De un basilisco mortal,
Que está su mayor ponzoña
En su más dulce mirar,
De un ángel el más hermoso
Que vistió la humanidad,
Que de cruel y de bello
Tiene dudoso lo más.

Témela el Amor, y tanto,
Que han confirmado amistad
Mayor que se prometia
De mujer y de rapaz.
Todo en daño de las almas,
Ya yo lo sé por mi mal,
Que he pisado entre sus flores
Áspid que sabe matar.
Armado se esconde Amor
De saetas de crueldad
En los ojos que tremolan
Traidoras señas de paz.
Asegúrase el deseo,
Fíase la voluntad,
Y dan en las fieras puntas
Del arquero desleal.
Las señas desta alevosa,
Para que la conozcais,
Son, demás de los estremos
De su gloriosa beldad,
Que si canta se suspende
La armonía celestial,
Y si llora, enjuga el alba
Sus lágrimas de cristal.
Con mi ejemplo y estas señas
Caballero, caminad;
Que ella me condena á muerte
Y yo me voy á enterrar.

## XXXV.

Criábase de Albanes
En la córte de Amurates,
No como prenda cautiva
En rehenes de su padre,
Sino como se criara
El mejor de los sultanes
Del Gran Señor, regalado,
Querido de los bajaes.
Gran capitan en las guerras,
Gran cortesano en las paces,
De los soldados escudo,
Espejo de los galanes;
Recien venido era entonces
De vencer y de ganalles,
Al húngaro dos banderas,
Y al Sofi cuatro estandartes;
Mas ¿qué aprovecha domar
Invencibles capitanes
Y contraponer el pecho
Á mil peligros mortales,
Si un niño ciego le vence,
No más armado que en carnes,
Y en el corazon le deja
Dos arpones penetrantes;
Dos penetrantes arpones,
Que son los ojos suaves
De las dos más bellas turcas
Que tiene todo Levante;
Que no hay turquesas tan finas,

Que á sus ojos se comparen;
Discretas en todo estremo,
Y de gracias singulares?
No le defendió el escudo,
Hecho de finos diamantes.
Porque el amoroso fuego
Es al rayo semejante
Que el duro hierro en sus manos
Disminuye y lo deshace:
No para en hierro el amor,
Pues sin errar tiro sabe
Poner en el alma el hierro
Y en la cara las señales.
Fué tan desdichado en paz
Cuanto en la guerra triunfante;
Rendido en paz de mujeres,
Siendo en guerra un fiero Marte;
Bien conoció su valor
Amor, pues para enlazalle,
Por tener sujeto Amor
Al que sujetó al dios Martes,
Un lazo vió que era poco,
Y quiso con dos vendalle.

## XXXVI.

Al pié de un árbol robusto,
Sacro honor del encinar,
Que há muchos años que el Bétis
Le calza el pié de cristal,
Tan robusto, que compite,
No se cuál pondere más,

Con los montes en dureza
Con los siglos en edad.
Sobre un pedernal torcido
Está Fileno, si hay
Pedernal con ramas donde
Hay troncos de pedernal.
Baston fué, y á pocas horas
La fuerza de amor es tal,
Que baston que fué de encina,
Cayado de mimbre es ya.
Desdeñado anda Fileno
De la más nueva beldad
Que engendró con rayos negros
La blanca espuma del mar.

## XXXVII.

### Á tres damas de Palacio.

Las tres auroras que el Tajo,
Teniendo en la huesa el pié,
Fué dilatando el morir
Por verlas antes nacer,
Las gracias de Vénus son,
Aunque dice quien las vé
Que las gracias solamente
Se le igualan en ser tres.
Flores que dió Portugal,
La menos bella un clavel
Dudoso á cual más le deba,
Al ámbar ó al rosicler.
La que no es perla en el nombre
En el esplendor lo es,

Y concha suya la misma
Que cuna de Vénus fué.
  Luceros ya de Palacio,
Ninfas son de Aranjuez,
Nápeas de sus cristales
Driadas de su vergel.
  Tirano Amor de seis soles,
Suave cuanto cruel,
Si mata á lo castellano,
Derrite á lo portugués.
  Francelisa es quien abrevia
Los rayos de todos seis;
Se que fulmina con ellos,
Como los vibra no sé.
  En un favor homicida
Envaina nn dulce desdén,
Sus fllos atrocidad
Y su guarnicion merced.
  Forastero á quien conduce
Cuanto aplauso pudo hacer
A los años de Fileno
Belisa, lilio francés,
  De los tres dardos te escusa,
Y si puedes, más de aquel
Que resucita al que ha muerto
Para matallo otra vez.

## XXXVIII.

  Menguilla la siempre bella,
La que bailando en el corro,
Al blanco fecundo pié

Suceden claveles rojos;
La que dulcemente abrevia
En los orbes de sus ojos
Soles con flechas de luz,
Cupidos con rayos de oro.
Esta deidad labradora,
Desde donde nace arróyo
Hasta donde muere rio,
Tajo la venera undoso.
Gil desde sus tiernos años
Aras le erigió devoto,
Humildemente celando
Tanto culto aun en sí propio.
Profanóle alguna vez
Pensamiento que amoroso
Volando en cera, atrevido
Nadó, en desengaños loco.
Del color de la violeta
Solicitaba su rostro
En la villana divina
El afecto más ocioso.
Esperanzas pues de un dia,
Prorogando engaños de otro,
Á silencio, al fin no mudo
Respondió mirar no sordo.
Sus zafiros celestiales
Volvió un suspiro tan solo,
Tan pequeño de cobarde,
Cuan mal distinto de ronco.
La divinidad depuesta
Desde aquel punto dichoso,

Mirarse dejó en la aldea
Y saludar en el soto.
  Con más alientos que Mayo
Un blanco sublime chopo
En su puerta amaneció,
De tan bello sol coloso.
  En las hojas de la yedra
Á su muro dió glorioso
Cuantos corazones verdes
Palpitar hizo Favonio,
  Las fiestas de San Ginés,
Cuando sobre nuestro coro
Fulminó rayos Jarama
En relámpagos de toros.
  Mientras distingue las fieras
El garzon, pavor hermoso,
La púrpura robó á Menga,
Y le restituyó el robo.
  Cambiar le hicieron semblante;
Más guardándola el decoro,
En los peligros el miedo,
En las victorias el gozo,
  Paseó Gil el tablado,
De aquella hermosura tronco,
Que en los crespúsculos niega
El temor y el alborozo.
  Nevó jazmines sobre él,
Tan desmentidos sus copos,
Que engañáran á la envidia,
Si no le volvieran loco.
  Desde entonces la malicia

Su diente armó venenoso
Contra los dos, hija infame
De la intencion y del ocio.
  Mucho lo siente el zagal,
Pero Menguilla es de modo
Que, indignada contra sí,
Se venga en sus desenojos.
  Las verdes orlas escusa
De la fuente ó de los olmos,
Por no verse en sus cristales,
Por no leerse en sus troncos.
  Á los desvíos apela,
Partiendo en los más remotos
Con el céfiro suspiros,
Con el eco soliloquios.
  Llora Gil estas ausencias,
Al son de su leño corvo,
En humores que suaves
Desataran un escollo.
  Sus dichas llora, que fueron
En el infelice logro
Pajarillos que serviente
Degolló en su nido pollos.
  Caducaron ellos antes
Con los floridos despojos,
Y el que nació favor casto
Murió aplauso riguroso.
  En los tormentos lo inquiere,
Doliéndose los contornos
De que le niegue un recato
Lo que concediera un ocio (1).

(1) Otros leen: *odio*.

Teme que esta retirada,
Si las flechas no le ha roto,
El amor recien nacido,
Las arme, de ingrato plomo.
Buscándola en vano al fin,
Imitar el babilonio
Ya queria, y de su espada
Buscar por la punta el pomo,
Cuando la brújula incierta
Del bosque le ofreció undoso
Todo su bien no perdido,
Aunque no ganado todo.
Por que sin cometer fuga,
Teatro hizo no corto
Aquel campo de un rigor
Que árbol es ya de Apolo.

## XXXIX.

«Por que corre á despeñarse
Medio asombrado un arroyo,
El paso quiere impedirle
Un arrayan piadoso,
»Y aunque con mil cortesías
Le va obligando á su tronco,
Por entre piés, hecho sierpe,
Se le escapa bullicioso.
»El llevarse cuanto encuentra
Es de sus celos asombro,
Y al fin con precipitarse
Da á su olvido testimonio.
»Corria y andaba manso,

Y una nube embraveciólo
Con piedras que le arrojó,
De que ya corre quejoso
»Lleva el color demudado,
Pues los corderillos todos
Que le bebian cristal,
Ya le beben coral rojo.
»Tambien le sacó de madre
El encontrarse con otro
De su misma pretension,
Mas libre y más poderoso.»
Este ejemplo le contaba
Un pastorcillo celoso
Á una zagala por quien
Hoy le sucede lo propio.

## XL.

Por las faldas del Atlante (1)
No como precipitado,
Sino como conducido,
Arroyo desciende claro,
Á fecundar los frutales
Y á dar librea á los cuadros
De las huertas del Jarife,
Del jardin de su palacio.
Divertido en caracoles,
Como ginete africano,
Comienza en cristal corriendo,
y acaba perlas sudando.

(1) En algunas ediciones se lee: *Atalante*.

Sus ondas besa la copia,
Mas nada lo tiene vano,
Sino el desatar aljófar
Á los deliciosos baños
Donde Amor fomenta el fuego
Con las señas de sus dardos,
Para templar á Jarifa
Uno con otro contrario.
Jarifa, Cintia africana,
Que absuelto el hombro del arco
En las termas de su abuelo
El sudor depone casto.
En tanto, pues, que se baña,
Y se compite lo blanco,
Y aun se desmiente en lo terso,
Sus miembros y el alabastro,
Con dulce pluma Celinda,
Y no menos dulce mano,
En el laud va escribiendo
Lo que Amor le va dictando:
«Con arco y aljaba, ¿quién dice que soy
El hijo de Vénus, la hermana del sol?»
*Quien dice que soy*
*El hijo de Vénus,*
*Dice bien;*
*La hermana del sol,*
*Dice mejor.*
La cuna real,
Que con esplendor
Abrigo inquieto
En la infancia os dió,

Árbol fué en las selvas
Que sombra prestó
En la melodía
De algun ruiseñor.
Esta cuna es, pues,
Quien solicitó
Á su natural
Vuestra inclinacion.
*Quien dice que soy*, etc.
Si ignoras, cruel,
Cuántas deben hoy
Vuestro mirar almas,
Fiero vuestro arpon,
El reino lo diga
Donde más que vos
Tiene que el Jarifa
Vasallos Amor.
El monte lo diga,
Cuyos troncos hoy
Visten por cortezas
Pieles de leon.
*Quien dice que soy*
*El hijo de Vénus*,
*Dice bien*;
*La hermana del sol*,
*Dice mejor.*

## XLI.

La más lucida belleza
Que, ya en ojos, ya en cabellos,
El sol reconoce rayos

Y estrellas envidia el cielo,
Ambiciosa de sus luces,
Jamás sale de su centro,
Compitiéndose á sí propia,
Siendo competencia y premio.
De su voz, en la armonía
Lisongera tierra y viento;
Tanto se agradan, que vuelven
Á repetilla en los ecos.
Vencimientos suyos canta,
Y con tan blandos acentos,
Que hace dulce los estragos
Y apacibles los trofeos.
Las sirenas de los mares,
Las aves de los desiertos,
En sus conferencias vanas,
Glorioso triunfo la dieron;
Porque así el cielo dispone,
Dándole en la tierra asiento,
Que aunque solo en uno vive,
Triunfa ya en dos elementos.
Remedio á sus perfecciones,
La libertad de un deseo,
Que la miraba invencible,
Paga tanto atrevimiento.
Como fuego tan lucido,
Es el que aspira en su pecho,
Halla en las luces deleite,
Como en las llamas tormento;
Y abrasándose en la guerra,
De aquel generoso incendio,

Dijo al cristal fugitivo
De Manzanares risueño:
«Fugitivos cristales,
Corred y volar;
*No espereis á mi fuego,*
*Que os ha de abrasar.*
«Manzanares, que no escaso,
Distrito, aunque hermosa tierra,
Vuestro oriente es una sierra,
Y otro rio vuestro ocaso,
Alentad más vuestro paso,
Huid con velocidad.
*No espereis, etc.*
Cristal que en monte elevado
Rústico orígen teneis,
Y luego en la córte os veis
De su pompa festejado,
Jamás libre y desatado,
Seguro asiento tomad.
*No espereis á mi fuego,*
*Que os ha de abrasar.*
Las auroras de Jacinta,
Nuevas esferas de Amor,
De cuyos rayos apenas
Es un rayo todo el sol;
Aquella deidad del Tajo,
Con quien sus corrientes son
Mucho cristal para rio,
Aunque para espejo no,
Verdes galanes del soto
Olmos la reciben hoy,

Que la tuvieron por nieve
Y la juzgaron por flor.
Músico arroyo la duerme,
Cristalino ruiseñor;
Jacinta le paga en perlas,
Lo que en plata le cantó.
Á las lisonjas del prado
El calzado jazmin dió
Veneno para el Abril
Y para el Mayo favor.
Serranos de Manzanares,
Milagros hace el amor;
Yo he visto llorar al alba,
Yo he visto celoso el sol.

## XLII.

En la beldad de Jacinta
Dulcemente se encubrió
Con bellísimos disfraces,
Cauteloso, el niño Amor.
Entre hermosas lisonjas,
Suavísimas, traidor,
Sus flechas mintió engañosas,
Sus venenos engañó.
Ví rosas, ví azules lirios,
Brillante ví el resplandor
Del Oriente en sus cabellos,
Ví marfil, ví plata, y no
El áspid ví que lascivo
En las flores se engastó,
Pedazos de primavera

Que el alba á Jacinta dió.
El bello, pues, el luciente
Disimulo de traicion,
Del glorioso ya deseo
Con facilidad triunfó,
Solícito el pensamiento,
Por la vista se perdió,
Y entre auroras y entre soles
Sombras mil dulces bebió.
Rico ya se coronaba
De glorias el corazon,
Suaves bebiendo en oro
Rigores del ciego dios.
Risueños cristales, donde
Con artificio celó
Cuanta el Amor en su fuego
Viva esfera alimentó.
Volantes letras, cenizas,
Tumbas del incendio son,
Declarando en sus oscuros
De las llamas el rigor.
El Amor solicitando
La frente de la ocasion,
El corazon más amante,
Pide á Jacinta favor.
Vénus nueva, deidad bella,
De las gracias el honor,
De mis bienes la corona,
De mis males el temor,
Tu rostro me favorezca,
Pues al Abril su color,

Para rosas y jazmines,
Púrpura y nieve prestó,
Dulce ya voz en tu boca
Cuanto ámbar aspiró,
Entre sus hojas lascivas,
El clavel hijo del sol.
No huya la blanca nieve
La mano, á quien envidió
Pompa el copo del aurora,
Desatado su candor.
Propicios tus ojos bellos,
No abrevien su resplandor;
Nortes luminosos guien
Mi naufragante aficion.

## XLIII.

Lluvias de Mayo y de Octubre,
Más que debidos rigores,
Bordaba el sol por las cumbres
Entre rubios tornasoles,
Cuando un pequeño deudor
De grande opinion al Tormes,
En lomos de Manzanares
Forzoso ejercicio escoge.
Lágrimas riegan la tierra,
Que con corvo arado rompe,
Y sembrando atrevimientos,
Á coger iras se pone.
Imperfecto deja el surco,
Bordado de las colores
De un ave que por el cielo

Dulces acentos descoge;
  Rubia y crespa la corona,
Por ojos tiene dos soles,
Que sobre fondos azules
Hacen dos cielos conformes;
  Bruñidas hojas de plata
El cuello altivo componen,
Por donde con dulces pasos
El aire de su voz corre;
  Rizas negras plumas visten
Sus alegres resplandores,
Naufragio de cuantos ojos
Han navegado pasiones;
  Sobre fogosos rubíes,
Que diez diamantes componen,
Labrados todos en largo,
Sus hermosas manos pone.
  Al dulce batir las alas
El villano estremecióse,
Porque en la imágen del ave
La de Amarilis conoce.
  Sintió la flecha en las plumas,
Que le atravesó de un golpe,
Y con las ánsias herido,
Comenzó á decir á voces:
  «Cielo son tus ojos
En ser azules,
Y en los rayos que arrojan
Parecen nubes.

# XLIV.

De Tisbe y Píramo quiero,
Si quisiere mi guitarra,
Contar la historia y ejemplo
De firmeza y de desgracia.
No sé quien fueron sus padres,
Mas bien sé quien fué su pátria;
Todos lo que yo sabeis,
Y para introduccion basta.
Era Tisbe una pintura
Hecha en lámina de plata,
Un brinco de oro y cristal
De un rubí y dos esmeraldas.
Su cabello eran sortijas,
Memorias de oro y del alma;
Su frente el color bruñido
Que dá el sol hiriendo el nácar;
Sus labios la grana fina,
Sus dientes las perlas blancas,
Porque, como el oro en paño,
Guarden las perlas en grana.
Desde la barba al pié Vénus,
Su hijuelo y las tres gracias
Deshojando están jazmines
Sobre rosas encarnadas.
La alegría eran sus ojos,
Si no eran la esperanza,
Que vistió la primavera
El dia de mayor gala.

La edad, ya habeis visto el diente,
Entre mozuela y rapaza,
Pocos años en chapines,
Con reverendas de dama.
Señor padre era un buen hijo,
Señora madre una paila
Dulce, pero simple gente,
Conserva de calabaza.
Regalaban á Tisbica
Tanto, que si la muchacha
Pedia leche de cisnes,
Le traian ellos natas.
Más ¿qué mucho, si es la niña,
Como quien no dice nada,
La niña de sus dos ojos
Los ojos de sus dos almas?
Los brazos del uno fueron,
Y del otro eran las faldas,
Los primeros años cuna,
Los siguientes almohada.

## XLV.

### Á la fábula de Píramo y Tisbe.

La ciudad de Babilonia,
Famosa, no por sus muros,
Fuesen de tierra cocidos,
Ó sean de tierra crudos;
Sino por los dos amantes
Desdichados hijos suyos,
Que, muertos, y en un estoque,
Han peregrinado el mundo;

Citarista dulce, hija
Del archipoeta rubio,
Si al brazo de mi instrumento
Le solicitas el pulso,
Digno sugeto será
De las orejas del vulgo;
Popular aplauso quiero,
Perdónenme sus tribunos.
Píramo fueron y Tisbe,
Los que en verso hizo culto
El licenciado Nason,
Bien romo ó bien narigudo.
Dejar el dulce candor
Lastimosamente oscuro
Al que túmulo de seda
Fué de los dos casquilucios,
Moral que los hospedó,
Y fué condenado al punto,
Si del Tigris no en raices,
De los amantes en fruto.
Estos pues dos babilonios
Vecinos nacieron mucho,
Y tanto, que una pared
De oidos no muy agudos
En los años de su infancia
Oyó á las cunas los tumbos,
Á los niños los gorgeos,
Á las amas los arrullos.
Oyólos, y aquellos dias
Tan bien la audiencia le supo,
Que años despues se hizo

Rajas en servicio suyo.
En el interin nos digan
Los mal formados rasguños
De los pinceles de un ganso
Sus dos hermosos dibujos,
Terso marfil su esplendor
No sin modestia interpuso
Entre las ondas de un sol
Y la luz de dos carbunclos.
Libertad dice llorada
El corvo suave luto
De unas cejas, cuyos arcos
No serenaron diluvios.
Luciente cristal lascivo
La tez digo de su bulto,
Vaso era de claveles
Y de jazmines confusos.
Árbitro de tantas flores,
Lugar el olfato obtuvo
En forma, no de nariz,
Sino de un blanco almendruco.
Un rubí concede ó niega,
Segun alternar le plugo,
Entre doce perlas netas
Veinte aljófares menudos.
De plata bruñida era
Proporcionado cañuto
El órgano de la voz,
La cervatana del gusto.
Las pechugas, si hubo fénix,
Suyas son; si no lo hubo,

De los jardines de Vénus
Pomos eran no maduros.
El ecétera es de mármol,
Cuyos relieves ocultos
Ultraje mórbido hicieran
Á los divinos desnudos.
La vez que se vistió Páris
La garnacha de Licurgo,
Cuando Pálas por vellosa
Y por zamba perdió Juno,
A esta desde el primero (1)
Umbral de su primer lustro,
Niña la estimó el Amor
De los ojos que no tuvo.
Creció deidad, creció envidia
De un sexo y otro, ¿qué mucho
Que la fé erigiese aras
Á quien la emulacion culto?
Tantas veces de los templos
Á sus posadas redujo
Sin libertad los galanes,
Y las damas sin orgullo,
Que viendo quien la vistió,
Nueve meses que la trujo,
De terciopelo de tripa
Su peligro en los concursos.
Las reliquias de Tisbica
Engastó en lo más recluso
De su retrete, negado

(1) Seguimos el testo de Pellicer; en otras ediciones se lee:
Á esta desde el glorioso.

Aun á los átomos puros.
¡Oh Píramo! lo que hace
Joveneto ya robusto,
Que sin alas podia ser
Hijo de Vénus, segundo
Narciso, no el de las flores,
Pompa que vocal sepulcro
Construyó á su boboncilla
En el valle más profundo.
Sino un Adonis caldeo,
Ni jarifo ni membrudo,
Que traia las orejas
En las jaulas de dos tufos.
Su copetazo pelusa,
Si tafetan su testuzo,
Sus mejillas mucho raso,
Su bozo poco velludo;
Dos espadas eran negras
Á lo dulcemente rufo
Sus cejas, que las doblaron
Dos estocadas de puño.
Al fin en Píramo quiso
Encarnar Cupido un chuzo,
El mejor de su armería,
Con su herramienta al uso.
Este, pues, era el vecino,
El amante y aun el cuyo
De la tórtola doncella
Gemidora á lo viudo;
Que de las penas de amor
Encarecimiento es muro

Escuchar ondas sediento
Quien siente frutas ayuno.
Intimado el entredicho
De un ladrillo y otro duro,
Llorando Píramo estaba
Apartamientos conjuntos,
Cuando fatal carabela,
Émula, mas no del humo,
En los corsos repartidos
Aterró puerto seguro.
Familiar tapetada,
Que aun, á pesar de lo adusto,
Alba fué, y alba á quien debe
Tantos solares anuncios,
Calificarle sus pasas
Á fuer de aurora propuso;
Los críticos me perdonen
Si dijere con ligustros.
Abrazóla sobacada,
Y no de clavos malucos,
En nombre de la azucena
Desmentidora del tufo,
Siendo aforismo aguileño,
Que matar basta á un difunto
Cualquier olor de costado,
Ó sea morcillo ó rucio (1).
Al estoraque de Congo
Volvamos, Dios en ayuso,
Á la que cuatro de á ocho
Argentaron el pantuflo.

(1) Quiere decir, sea de blanca ó de negra el olor del costado.

Abrica con libramiento
No voló, con ella anduvo,
Menos un torno responde
Á los devotos impulsos

Que la mulata se gira
Á los pensamientos mudos;
¡Oh destino inducidor
De lo que has de ser verdugo!

Un dia que subió Tisbe,
Humedeciendo discursos,
Á enjugarlos en la cuerda
De un inquieto columpio,

Halló en el desván acaso
Una rima que compuso
La pared sin ser poeta,
Más clara que las de alguno (1).

Habia la noche antes
Soñado sus infortunios,
Y viendo el resquicio, entonces,
«Esta es, dijo, no lo dudo;

»Esta es, Píramo, la herida
Que en aquel sueño importuno
Abrió dos veces el mio
Cuando una el pecho tuyo.

»La fé que se debe á sueños
Y á celestiales influjos
Bien lo dice de mi aya
El incrédulo repulgo.

»Lo que he visto á ojos cerrados

(1) En este alguno alude á Quevedo. En algunas ediciones se lee: *que la de alguno.*

Más auténtico presumo
Que del amor que conozco
Los favores que descubro.
»Efecto improviso es,
No de los años diuturno,
Sino de un niño en lo flaco
Y de un Dios en lo oportuno (1).
»Pared que nació conmigo,
Del amor solo el estudio,
No la fuerza de la edad
Desatar sus piedras pudo;
»Más ¡ay! que taladró niño
Lo que dilatára astuto;
Que no poco daño á Troya
Breve portillo introdujo.
»La vista que nos dispensa
La desmiente el atributo
De ciego en la que le ata
Ociosa venda el abuso.»
Llegó en esto la morena
Los talares de Mercurio,
Calzada en la diligencia
De diez argentados puntos;
Y viendo estinguido ya
Sus poderes absolutos
Por el hijo de la tapia,
Que tiene veces de nuncio,
Si distinguirse podia
La turbacion de lo turbio,

(1) Segun Pellicer, debe decir *importuno*.

Su ejercicio ya fustrado
Le dejó el ébano sucio.
  Otorgó al fin el infausto
Abocamiento futuro,
Y citando la otra parte,
Sus mismos autos repuso.
  Con la pestaña de un lince
Barrenando estaba el muro,
Sino adormeciendo Argos
De la suegra sustitutos,
  Cuando Píramo, citado,
Telares rompiendo inmundos,
Que la émula de Pálas
Dió á los divinos insultos,
  Barco ya de vistas, dijo,
Angosto no, sino augusto,
Que velas hecho tu lastre,
Nadas más cuanto más surto,
  Poco espacio me concedes,
Mas basta, que á Palinuro
Mucho mar le dejó ver
El primero breve surco.
  «Si á un leño conducidor
De la conquista ó del hurto,
De una piel fueron los dioses
Remuneradores justos,
  »Á un bagel que pisa inmóvil
Un Mediterráneo enjuto
Con los suspiros de un sol
Bien le deberán coluros.
  »Tus bordes beso, piloto,

Ya que no tu quilla buzo,
Si revocando su voz
Favorecieres mi asunto.»
  Dando luego á sus deseos
El tiempo más oportuno,
Frecuentaron el desván
Escuela ya de sus cursos.
  Lirones siempre de Febo,
Si de Diana lechuzos,
Se bebian las palabras
En el polvo del conducto.
  ¡Cuántas veces impaciente
Metió el brazo, que no cupo,
El garzon, y lo atentado
Lo revocaron por nulo!
  ¡Cuántas el impedimento
Acusaron de consuno,
El pozo que es de por medio,
Si no se besan los cubos!
  Orador Píramo entonces,
Las armas jugó de Julio;
Que no hay áspid vigilante
Á poderosos conjuros.
  Amor, que los asistía,
El vergonzoso capullo
Desnudó á la vírgen rosa
Que desprecia el tirio jugo.
  Abrió su esplendor la boba,
Y á seguillo se dispuso;
Trágica resolucion,
Digna de mayor coturno.

Media hora era por filo,
Hora que el farol nocturno,
Reventando de muy casto,
Campaba de muy sañudo,
Cuando tropezando Tisbe,
Á la calle dió el pié zurdo,
De no pocos endechada
Caniculares ahullos.
Dejó la ciudad de Nino,
Y al salir funesto buho
Alcándara luz umbrosa
Un verdinegro aceituno.
Sus pasos dirigió donde
Por las bocas de dos brutos
Tres ó cuatro siglos há
Que está escupiendo Neptuno;
Cansada llegó á su márgen,
Apesar del Abril, mustio,
Y lágrimosa, la fuente
Enronqueció su murmurio.
Olmo que en jóvenes hojas
Disimula años adultos,
De su vid florida entonces
En los más lascivos nudos,
Un rayo sin escuderos,
Ó de luz ó de tumulto,
Le desvaneció la pompa,
Y el tálamo descompuso.
No fué nada; á cien legías
Dió ceniza ¡oh cielo injusto!
Si tremendo en el castigo,

Portentoso en el indulto.
La planta más convecina
Quedó verde, el seco junco
Ignoró aun lo más ardiente
Del acelerado incurso.
Címtica caló el papahigo
Á todo su plenilunio
De temores velloríes,
Que ella dice que son nublos.
Tisbe entre pavores tantos
Solicitando refugios,
Á las ruinas apela
De un edificio caduco.
Ejecutarlo queria,
Cuando la selva produjo
Del egipcio ó del tebano
Un cleonco triunfo,
Que en un próximo cebado,
No sé si merino burdo,
Babeando sangre, hizo
El cristal líquido impuro.
Temerosa de la fiera
Aun más que del estornudo
De Júpiter, puesto que
Sobresalto fué machucho,
Huye, perdiendo en la fuga
El manto: ¡fatal descuido,
Que protonecio hará
Al señor Piramiburro!
Á los estragos se acoge
De aquel antiguo reducto,

Noble ya, edificio agora
Jurisdicion de Vertumno.
  Alondra no con la tierra
Se cosió al menor barrunto
De esmerjon, como la triste
Con el tronco de un saúco.
  Bebió la fiera, dejando
Torpemente rubicundo
El cendal que fué de Tisbe
Y el monte penetró inculto (1).
  En esto llegó el tardon,
Que la ronda le detuvo
Sobre el quitalle el que fué
Aun envainado verdugo.
  Llegó (pisando cenizas,
Del lastimoso trasunto
De sus bodas) á la fuente
Al término constituto;
  Y no hallando la moza,
Entre ronco y tartamudo
Se enjuagó con sus palabras,
Regulador de minutos.
  De su alma la mitad
Cita á voces, más sin fruto,
Que socarron se las niega
El eco más campanudo.
  Troncos examina huecos,
Mas no le ofrece ninguno
El panal que solicita

(1) Así es el texto de Pellicer; otros dicen *el bosque*.

En aquellos senos mudos.
  Madama Luna á este tiempo,
Á peticion de Saturno,
El velo corrió al melindre
Y el papahigo depuso
  Para leer los testigos
Del proceso ya concluso,
Que publicar mandó el hado
Cual más, cual menos perjuro;
  Las huellas cuadrupedales
Del coronado abrenuncio,
Que en esta sazon bramando
Tocó á vísperas de susto;
  Las espumas que la yerba
Mas sangrienta las espuso;
Que el signo las babeó,
Pompa rugiente de Julio.
  Indignamente estragado
Los pedazos mal difusos
Del velo de su retablo,
Que ya de sus duelos juzgo,
  Viólos, y al reconocellos
Mármol obediente al duro
Cincel de Lisipo, tanto
No ya desmintió lo esculto,
  Como Píramo lo vivo,
Pendiente en un pié á lo grullo
Sombra hecho de sí mismo,
Con facultades de bulto.
  Las señas repite falsas
Del engaño á quien le indujo

Su fortuna, contra quien
Ni lanza vale ni escudo.
  Esparcidos imagina
Por el fragoso arcabuco
¿Ebúrneos diré ó divinos?
Divinos digo y ebúrneos,
  Los bellos miembros de Tisbe,
Y aquí otra vez se traspuso
Fatigando á Praxiteles
Sobre copiallo de estuco.
  La Parca en esto, las manos
En la rueca y en el huso,
Como dicen, y los ojos
En el vital estatuto,
  Inexorable sonó
La dura tijera, á cuyo
Mortal son, Píramo vuelto
Del parasismo profundo;
  El acero que Vulcano
Templó en venenosos zumos,
Eficazmente mortales
Y mágicamente infusos,
  Valeroso desnudó,
Y no como el otro Mucio
Asió intrépido la mano
Sino el asador tradujo
  Por el pecho á las espaldas.
¡Oh tantas veces insulso,
Cuantas vueltas á tu yerro
Los siglos dieran futuros!
  ¿Tan mal te olia la vida,

Ó bien, hi de puta puto,
El que sobre tu cabeza
Pusiera un cuerno de juro?
  De violas coronada
La aurora salió con zuño,
Cuando un gemido de á ocho
(Aunque mal distinto el cuño),
  Cual engañada avecilla
De cautivo contrapunto,
A implicarse desalada
En la hermana del engrudo,
  La llevó dondo el cuitado
En su postrimero turno
Desperdiciaba la sangre
Que recibió por embudo.
  Ofrécele su regazo,
Y yo le ofrezco en su muslo
Desplomadas las delicias
Del pájaro de Catulo
  En cuanto boca con boca,
Confitándole disgusto
Y heredándole aun los trastos
Menos vitales, estuvo;
  Espiró al fin en sus labios;
Y ella con semblante enjuto,
Que pudiera por sereno
Acatarrar á un centurio
  Con todo su morrion,
Haciendo el alma trabuco
De un ¡ay! se cayó en la espada
Aquella vez que le cupo.

Prodigio desató el yerto,
Si cruel, un largo flujo
De rubíes de Ceilan
Sobre esmeraldas de Muro.
Hermosa quedó la muerte
En los lilios amatuntos
Que salpicó dulce hielo,
Que tiñó palor venusto.
Lloraron con el Eufrates,
No solo el fiero Danubio,
El siempre Arajes flechero,
Cuando parto y cuando turco;
Mas con su llanto lavaron
El Bucentauro diurno,
Cuando sale el Ganges loro,
Cuando vuelve el Tajo rubio.
El blanco moral de cuanto
Humor se bebió purpúreo,
Sabrosos granates fueron,
Ó testimonio ó tributo.
Sus muy reverendos padres,
Arrastrando luengos lutos
Con más colas que cometas,
Con más pendientes que pulpos,
Jaspes y demás colores
Que un áulico disimulo
Ocuparon en su huesa,
Que el siro llama sepulcro;
Aunque es tradicion constante,
Si los tiempos no confundo
De cronógrafos, me atengo

Al que calzare más justo,
Que ascendiente pio de aquel
Desvanecido Nabuco,
Que pació el campo medio hombre,
Medio fiera, y todo mulo,
En urna dejó decente
Los nobles polvos inclusos,
Que absolvieron de ser huesos
Cinamomo y Calambuco.
Y en letras de oro: «Aquí yacen
Individualmente juntos,
A pesar del Amor, dos;
A pesar del número, uno.

## XLVI.

Tendiendo sus blancos paños
Sobre el florido ribete
Que guarnece la una orilla
Del frísado Guadalete,
Halló el sol una mañana
De las que el Abril promete
Á la violada señora
Violante de Navarrete,
Moza de manto tendido,
Lavandera de rodete,
Entre hembras luminaria
Y entre lacayos cocte.
Quiso á un mozo de nogal,
De mostacho á lo turquete,
Cuyas espaldas pudieran
Dar tablas para un bufete,

De la cámara de Marte
Gentil-hombre, mata-siete,
Como lo muestra en la cinta
La llave de un pistolete;
Que viste coleto de ante
Vírgen de todo piquete,
No tanto porque el flamenco
Lo dió á prueba de mosquete,
Cuanto porque el español
En las lides que le mete
Hizo más fuga con él
Que Guerrero en un motete.
Dejóle ya por un paje
Bien peinado de copete,
Que arrima á una guitarrilla
Su poquito de bajete;
Dignísimo citarista
De un canicular bonete,
Poeta de Andalucía,
Como cristiano Hamete.
Por hacelle, pues, á solas
De sus pechugas banquete,
Sobre la piadosa sombra
De un álamo su alcahuete,
Descalzar le ha visto el alba
Botines de tafilete,
Y lavar cuatro camisas
Del veinticuatro Alderete;
Los blancos paños cubrian
El verde y claro tapete
Que dió flores á Violante

Para más de un ramillete,
  Cuando por la puente abajo
Del lavadero acomete
Un mozuelo vellorí (1),
Entre lacayo y corchete;
  Y llegando al vado, lleno
De celos hasta el gollete,
Y de vino hasta las asas,
Esto á los aires comete:
  «Violante, que un tiempo fuiste
Pelota de mi trinquete,
De mis botones ojal
Y de mis cintas ojete,
  »Palomeque y Fuenmayor
Me han dicho que es un pobrete
Ídolo de tus cuidados,
Y de tu libertad brete;
  »Un músico que tremola
Las plumas de un martinete,
Bujía en lo delicado,
Y en lo moreno pebete.
  »Llamaránle á desafío
Los renglones de un billete,
Cuando yo presuma dél
Que lo lea y que lo acete;
  »Y entonces vístase el pollo
Sobre un jaco un coselete,
Que yo le torceré el alma
Como tuerces tú un roquete.

(1) Lo mismo que *bellorio*. El *Carrasco*, como se ve despues, era mulato.

»—Más quisiera, le responde,
Una lonja entre un mollete,
Que tus bravatas, Carrasco,
Humos de blanco y clarete.
»Quiero bien á ese galan,
Y si no te quies mal, véte,
Que arena viene pisando
El de lo perdiguillete.»
Con un suspiro que fuera
Respuesta dc un morterete,
Respondió Carrasco el Bravo
Cuando hablar más le compete.
Llegó entonces Jimenillo,
Y torciendo el de florete,
Guarnecido de oro y pardo,
Con el mulato arremete,
Haciendo que una guitarra
Las negras sienes le apriete,
Música siembra en sus cascos
Y en el campo pinabete.
Mostróle las herraduras
El sevillano jinete
Al tiempo que el jerezano
Le asegundaba un puñete.
Participó dél Violante,
Mas túvolo por juguete,
Guardándole á su Medoro
Con un abrazo un rosquete.

## XLVII.

¡Qué necio que era yo antaño,
Aunque ogaño soy un bobo;
Mucho puede la razon,
Y el tiempo no puede poco!
Á fé que dijo muy bien
Quien dijo eran de corcho
Cascos de caballo viejo,
Y cascos de galan mozo.
Serví al amor cuatro años,
Que sirviera mejor ocho
En las galeras de un turco,
Ó en las mazmorras de un moro.
Lisonjas majaba y celos,
Que es el esparto de todos
Los majaderos cautivos
Que se vencen de unos ojos.
De esta dura esclavitud
(Hace un año por Agosto)
Me redimió la merced
De un tabardillo dichoso.
Á este mal debo los bienes
Que en dulce libertad gozo,
*Y váme tanto mejor,*
*Cuanto va de cuerdo á loco.*
Heme subido á Tarpeya,
Á ver cual se queman otros
En tan vergonzosas llamas,
Que su honor volará en polvo;

Y he de ser tan inhumano,
Que á quien otra vez piadoso
Ayudára con un grito,
Acudiré con un soplo.
Háganse tontos cenizas,
Que con cenizas de tontos,
Discretos cuelan sus paños,
Manchados, pero no rotos.
Quince meses há que duermo,
Porque há tantos que reposo,
Sobre piedras, como piedra,
Sobre plumas, como plomo.
No rompen mi sueño celos,
Ni pesadumbres mi ocio,
Ni serenos mi salud,
Ni mi hacienda mal cobro.
Tengo amigos los que bastan
Para andarme siempre solo,
*Y váme tanto mejor,*
*Cuanto va de cuerdo á loco.*
Con doblados libros hago
Los dias de Mayo cortos
Las noches de Enero breves
Por lo lacio y por lo tosco.
Cuando ha de echarme la musa
Alguna ayuda de Apolo,
Desatácase el ingenio,
Y algunos papeles borro.
Á devocion de una ausente,
Á quien ausente y devoto
Con tiernos ojos escribo,

Y con dulce pluma lloro;
  Discreciones leo á ratos,
Y necedades respondo,
A tres ninfas que del Tajo
Dan al aire trenzas de oro,
  Y á la que ya vió Pisuerga
La aljaba pendiente al hombro,
Seguir la casta Diana,
Y eclipsar su hermano rojo.
  Salgo alguna vez al campo
Á quitar al alma el moho,
Y dar verde al pensamiento,
Con que purgue sus enojos.
  En mi aposento otras veces
Una guitarrilla tomo,
Que como barbero templo,
Y como bárbaro toco.
  Con esto engaño las horas
De los dias perezosos,
*Y váme tanto mejor,*
*Cuanto va de cuerdo á loco.*
  Pagaba al tiempo dos deudas.
Que tenia tras de un torno;
Mas ya há dias que á la iglesia
Del desengaño me acojo.
  En cuyo lugar sagrado
Me ha comunicado Astolfo
Todo el licor de su vidrio,
Y la razon sus antojos;
  Con que veo á la fortuna
De la fábrica de un trono

Levantar un cadahalso
Para la estátua de un monstruo,
Y por las calles del mundo
Arrastrar colas de potros,
Á quien de carro triunfal
Se apeó en el Capitolio.
Veo pasar como humo
Afirmado el tiempo cojo
Sobre un cetro imperial,
Y sobre un cayado corvo.
Despues que me conocí,
Estas verdades conozco,
*Y váme tanto mejor*
*Como va de cuerdo á loco.*

## XLVIII.

**Á la Fábula de Leandro y Ero (1).**

Aunque entiendo poco griego,
En mis gregüescos he hallado
Ciertos versos de Museo,
Ni muy duros ni muy blandos.
De dos amantes la historia
Contiene, tan pobres ambos,
Que ella para una linterna,
Y él no tuvo para un barco.
Dice, pues, que Doña Ero
Tuvo por padre á un hidalgo,
Alcaide que era de Sexto,
Mal vestido y mal barbado.

(1) Algunos dicen que este romance fué escrito contra Quevedo; pero no apoyan en sólidas razones sus asertos.

Su madre una buena griega,
Con más partos y pospartos
Que una vaca, y el castillo,
Una casa de Descalzos.
Cernícalos de uñas negras,
En las almenas criados,
Muchos dones á un candil,
Y témporas todo el año.
Tambien dice este poeta
Que era hijo don Leandro,
De un escudero de Avido,
Pobrísimo, pero honrado.
Grandes hombres padre y hijo
De regalarse el verano
Con jigotes de pepino,
Y los inviernos de nabo.
La política del diente
Cometian luego á un palo,
Vara, y no de vagamundos,
Pues no los ha desterrado.
Era, pues, el mancebito
Un Narciso iluminado,
Birote de amor, no pobre
De plumas y de penachos.
De su barrio y del ajeno,
Diligentísimo brazo,
Grande orinador de esquinas,
Pero ventor por el cabo;
Citarista, aunque nocturno,
Y Orfeo tan desgraciado,
Que nunca enfrenó las aguas,

Que convocó el dulce canto,
Puesto que ya de Anfion
Imitando algunos pasos,
Llamó así muchas más piedras
Que tuvo el muro tebano.
Este, pues, galan un dia,
No sé si á pié ó á caballo,
Salió, Dios en hora buena,
No muy bien acompañado.
Cualquier lector que quisiere
Entrarse en el campo largo
De las obras del Boscan,
Se podrá ir con él despacio;
Que yo á pié quiero ver más
Un toro suelto en el campo,
Que en Boscan un verso suelto,
Aunque sea en un andamio.
Y así, no sé dónde fueron,
Ni cómo se convocaron
Los devotos convecinos
De templo tan visitado.
Sé al menos que concurrieron
Cuantos baña comarcanos
El sepulcro de la que iba
Á las ancas de su hermano.
Esto solo de Museo
Entendí, y abreviando,
Á la vela ó romería
Llego en un rocin muy flaco.
El noble alcaide de Sexto
Y la alcaidesa en un asno

(Con perdon de los cofrades),
Doña Ero en un cuartago.
  Gallarda de Capitolio,
Y de sombrero bordado,
Que le prestó para ello
La mujer de un veinticuatro.
  Los demás caballeritos
En la torre se quedaron,
Cuál sin pluma, cuál con ella,
Y todos de hambre piando.
  Alborotó la áula Ero,
Que el muro del velo blanco
Tenia dos saeteras
Para dos ojos rasgados.
  A quien se calaron luego
Dos ó tres torzuelos bravos,
Como á buho tal, y entre ellos
Al Avideno bizarro.
  Pióla cual gorrion,
Cacareóla cual gallo,
Arrullóla cual palomo,
Hízola ruedas cual pavo.
  Ello del guante al descuido,
Desenvainando una mano,
Lo aseguró, y le dió un bello,
Cristalino cintarazo.
  Quedó aturdido el mozuelo,
Y medio desatinado,
Almíbar dejó de amor
Caérsele por los labios.
  Poco fué lo que le dijo,

Mas tan dulce, aunque tan bajo,
Que hecho sacristan Cupido,
Le corrió el velo al retablo.
  Dejó caer el rebozo,
Y descubrió el sepancuantos,
Esta buena cara vieren,
Que han de morir anegados.
  Crepúsculo era el cabello
Del dia, entre oscuro y claro,
Rayos de una blanca frente,
Si hay marfil con negros rayos.
  De ébano quiere el Amor
Que las cejas sean dos arcos,
Y no de ébano bruñido,
Sino recien aserrado.
  Los ojazos negros dicen:
«Aunque negros gente samo,
Condes somos de Buendía
Si no somos condes claros.»
  Los títulos me perdonen,
Y el dibujo prosigamos,
Que si no los tuvo Grecia,
Los pidió á España prestados.
  La nariz algo aguileña,
Que lo corvo vinculado
Lo dejó Ciro á los griegos,
Como alfanje en mayorazgo.
  De rosas y de jazmines
Mezcló el cielo un encarnado,
Que por darlo á sus mejillas,
Se lo hurtó al alba aquel año.

En dos labios dividido,
Se rie un clavel rosado,
Guarda-joyas de unas perlas,
Que envidia el mar Indiano.
Lo torneado del cuello,
Y del pecho el alabastro,
Tentaciones son, Señor;
*Sed libera nos á malo.*
Entre lo que no se vé,
Y lo que brujuleamos,
Metió una basquiña verde,
El baston terciopelado.
Estas eran las bellezas
De aquel ídolo de mármol,
Que á razones y á pellizcos
Tenia ya al mozuelo blando.
Favorecióles la noche,
Prestándoles tiempo, y tanto,
Que se contaron sus vidas,
Y sus muertes concertaron.
Señora madre devota,
Se estuvo siempre rezando,
Y señor padre poltron,
Se salió á dormir al patio.
Con esto dieron lugar
Á que el galan diese asalto,
Y escalase el pecho bobo,
Sin tocar nadie á rebato.
Celebrada, pues, la fiesta,
Por aquellos mismos pasos,
Si bien con otros intentos,

Que vinieron, se tornaron.
 Pulgas pican al pelon,
Y tiênenlo tan picado,
Que diera al tiempo las plumas
De su sombrerillo pardo,
 Para que le sincopara
El término señalado,
Á los gustos no cumplidos,
Y á los dias malogrados.
 Llegó al fin, que no debiera,
En un dia muy nublado
Y una noche muy lluviosa,
Luto el uno, el otro llanto.
 Apenas la obscura noche
Las cintas se ató del manto,
Y no del manto de lustre,
Sino de soplos del Austro;
 Cuando el mozuelo orgulloso,
Hácia el mar alborotado,
Un pié con otro se fué,
Descalzando los zapatos.
 Llegó desnudo á la orilla,
Donde estuvieron un rato
Las faldas de la camisa
Á las olas imitando.
 Haciendo con el estrecho,
Que ya le parece ancho,
Lo que el dia de la purga
El enfermo con el vaso.
 La trémula seña aguarda
Que de luz corone lo alto,

Si tanta distancia puede
Vencella farol tan flaco.
  Présaga al fin del suceso,
Turbada salió del caso,
Y cobarde á fiero soplo
Del animoso contrario.
  Leandro en viendo la luz,
La arena besa, y gallardo,
«¡Oh de la estrella de Vénus,
Le dice, ilustre traslado!
  »Norte eres ya de un bajel
De cuatro remos por banco;
Si naufragare, serás
Santelmo de su naufragio.
  »Á tus rayos me encomiendo;
Que si me ayudan tus rayos,
Mal podrá un brazo de mar
Contrastar á mis dos brazos.»
  Esto dijo, y repitiendo
*Ero*, y *Amor*, cual villano,
Que á la carrera ligero
Solicita el rojo palio.

## XLIX.

### Continuacion del anterior.

  Arrojóse el mancebito
Al charco de los atunes,
Como si fuera el estrecho
Poco más de media azumbre.
  Ya se va dejando atrás
Las pedorreras azules,

Con que enamoró en Avido,
Mil mozuelas agridulces.
  Del estrecho la mitad,
Pasaba con pesadumbre,
Los ojos en el candil,
Que del fin templado luce.
  Cuando el enemigo cielo
Disparó sus arcabuces,
Se desatacó la noche,
Y se orinaron las nubes.
  Los vientos desenfrenados
Parece que entonces huyen
Del órden donde los tuvo
El griego de los embustes.
  El fiero mar alterado,
Que ya sufrió como un yunque
Al ejército de Jerges,
Hoy un mozuelo no sufre.
  Mas el animoso jóven,
Con los ojos cuando sube,
Con el alma cuando baja,
Siempre su norte descubre.
  No hay ninfa de Vesta alguna
Que así de su fuego cuide,
Como la dama de Sexto
Cuida de guardar su lumbre.
  Con las almenas la ampara
Porque ve lo que le cumple;
Con las manos la defiende,
Y con las ropas la cubre.
  Pero poco le aprovecha,

Por más remedios que use;
Que el viento con su esperanza
Y con la llama concluye.
  Ella, entonces derramando
Dos mil perlas de ambas luces,
Á Vénus y á Amor promete
Sacrificios y perfumes.
  Pero Amor, como llovia,
Y estaba en cueros, no acude,
Ni Vénus, porque con Marte
Está cenando unas ubres.
  El amador, en perdiendo
El farol que le conduce,
Menos nada y màs trabaja,
Más teme y menos presume.
  Ya tiene menos vigor,
Ya más veces se zabulle,
Ya ve en el agua la muerte,
Ya se acaba ya se hunde.
  Apenas espiró, cuando
Bien fuera de su costumbre
Cuatro palanquines vientos
Á la orilla lo sacuden.
  Al pié de la amada torre,
Donde Ero se consume,
No deja estrella en el cielo,
Que no maldiga y acuse.
  Y viendo el difunto cuerpo,
La vez que se lo descubren,
De los relámpagos grandes
Las temerosas vislumbres.

Desde el alta torre envia
El cuerpo á su amante dulce,
Y el alma donde se queman
Pastillas de piedra azufre.
Apenas del mar salia
El sol á rayar las cumbres,
Cuando la doncella de Ero,
Temiendo el suceso, acude;
Y viendo hecha pedazos
Aquella flor de virtudes,
De cada ojo derrama,
De lágrimas dos almudes.
Juntando los mal logrados
Con un punzon de un estuche,
Hizo que estas tristes letras
Una blanca piedra ocupe:
«Ero somos y Leandro,
No menos necios que ilustres,
En amores y firmezas,
Al mundo ejemplos comunes.
»El amor, como dos huevos
Quebrantó nuestras saludes;
Él fué pasado por agua
Y yo estrellado fin tuve.
»Rogamos á nuestros padres,
Que no se pongan capuces;
Sino pues un fin tuvimos,
Una tierra nos sepulte.»

# L.

Agora, que estoy despacio,
Cantar quiero en mi bandurria
Lo que en más grave instrumento
Cantára; más no me escuchán.
Arrímense ya las veras,
Y celébrense las burlas;
Pues da el mundo en niñerías,
Al fin como quien caduca.
Libre un tiempo y descuidado,
Amor, de tus gatatusas,
En el coro de mi aldea
Cantaba mis aleluyas;
Con mi perro y mi huron
Y mis calzas de gamuza,
Por ser recias para el campo,
Y por guardar las velludas.
Fatigaba el verde suelo,
Donde mil arroyos cruzan,
Como sierpes de cristal
Entre la yerba menuda,
Ya cantando orilla el agua
Ya cazando en la espesura,
Del modo que se ofrecian
Los conejos ó las musas.
Volvia de noche á casa,
Dormia sueño y soltura,
No me despertaban penas
Mientras me dejaban pulgas;

En la botica otras veces
Me daba muy buenas zurras
Del triunfo con el alcalde,
Del ajedrez con el cura;
Gobernaba de allí el mundo,
Dándole á soplos ayuda,
Á las católicas velas
Que el mar de Bretaña surcan;
Y hecho otro nuevo Alcides
Trasladaba sus colunas
De Gibraltar al Japon,
Con su segundo *plus ultra*;
Daba luego vuelta á Flandes,
Y de su guerra importuna
Atribuia la palma,
Ya á la fuerza, ya á la industria.
Y con el beneficiado,
Que era doctor por Osuna,
Sobre Antonio de Lebrija
Tenia cien mil disputas.
Argüiamos tambien
Metidos en más honduras,
Si se podian comer,
*Espárragos sin la bula.*
Veníame por la plaza,
Y de paso ver alguna
Para mí compraba pollos,
Para mis vecinas turmas.
Comadres me visitaban
Que en el pueblo tenia muchas;
Ellas me llaman compadre

Y taita sus criaturas.
  Lavábanme ellas la ropa,
Y en las obras de costura
Ellas ponian el dedal
Y yo ponia la aguja.
  La vez que se me ofrecia
Caminar á Extremadura,
Entre las más ricas dellas,
Me daban cabalgadura.
  Á todas queria bien,
Con todas tenia ventura,
Perque á todas igualaba
Como tijeras de murtas.
  Esta era mi vida, Amor,
Antes que las flechas tuyas,
Me hicieran su terrero,
Y blanco de desventuras.
  Enseñásteme, traidor
La mañana de San Lúcas
En un rostro como almendras,
Ojos garzos, trenzas rubias:
  Tales eran trenzas y ojos,
Que tengo por muy sin duda
Que cayera en tentacion,
Un viejo con estangurria.
  Desde entonces acá sé,
Que matas y que aseguras
Que das en el corazon,
Y que á los ojos apuntas.
  Sé que nadie se te escapa,
Pues cuanto más de tí huya,

No hay vara de Inquisicion,
Que así halle al que tú buscas;
Sé que esta guerra civil,
Y sé que esta paz de Judas;
Que esperas para batalla,
Y convidas para justa;
Sé que armas de diamante,
Y nos das lanzas de juncia,
Y para arneses de vidrio
Espada de acero empuñas;
Sé que es la del rey Fineo,
Tu mesa, y tu cama dura
Potro en que nos das tormento,
Tu sueño, sueño de grullas.
Sé que para el bien te duermes,
Y que para el mal madrugas,
Que te sirves como grande,
Y que pagas como mula.
Perdona, pues, mi bonete;
No muestres en él tu furia;
Válgame esta vez la Iglesia,
Y mira que descomulga.
Levantas el arco, y vuelves,
De tus saetas las puntas,
Contra los que sus juicios,
Significan bien sus plumas;
Mas con los que ciñen armas,
Bien callas y disimulas;
De gallina son tus alas,
Véte para hí de puta.

## LI.

Triste pisa y afligido
Las arenas de Pisuerga,
El ausente de su dama
El desdichado Zulema.
Moro alcaide y no Bellido,
Amador con ajaqueca
Arrocinado de cara,
Y carigordo de piernas.
No lleva por la marlota,
Bordada cifra, ni empresa,
En el campo de la adarga
Ni en la banderilla letra;
Porque es el moro idiota
Y no ha tenido poeta
De los sastres de este tiempo,
Cuyas plumas son tijeras.
Los ojos tiene en el río,
Cuyas ondas se lo llevan,
Y envueltas entre las ondas,
Lleva sus lágrimas tiernas.
Tanto llora el hi de puta,
Que si el año de la seca
Llorára en dos hazas mias,
Acudiera á diez hanegas.
Los espacios que no llora,
De memorias se alimenta,
Porque le dan las memorias,
Lo que los ojos le niegan.

Piensos se dá de memorias,
Rumiando glorias y penas,
Como rábanos mi mula,
Y una mona berengenas,
Contempla luego en Velaja,
La cuál, mientras la contempla,
Olas de imaginacion
O se la traen ó la llevan.
Y ella se está merendando
Duraznitos en su huerta,
Y tirándole los cuescos
Al que tal pasa por ella.
Ojos claros, cejas rubias
Al vivo se le presentan
Lanzando rayos los ojos,
Y flechas de amor las cejas.
El moro, contemplativo,
Á los de su dama vuela,
Como á los ojos del buho,
Cernícalos de uñas prietas.
—«¡Ay, Mora bella, le dice,
No menos dulce que bella,
No estraguen tu condicion
Las condiciones de ausencia.
—»¡Ay, Moro, más gemidor
Que el eje de una carreta!
Pues no soy tu mora yo,
No me quiebres la cabeza.
—»Recibe allá este suspiro,
Y este llanto de esta tierra,
Donde el rey me ha desterrado,

Y mis cuidados me entierran.
—»Lloré alto, moro amigo,
Suspiré recio y con fuerza,
Que han de andar llanto y suspiro
Más de noventa y dos leguas.»
En esto, ya salteado
De una varonil vergüenza,
Á lavar el tierno rostro
De su caballo se apea.
Tambien se apea el galan,
Porque quiere en el arena
Sembrar peregil guisado,
Para vuestras reverencias.

## LII.

Hermana Marica,
Mañana, que es fiesta
No irás tú á la amiga
Ni yo iré á la escuela.
Pondráste el corpiño,
Y la saya buena,
Cabezon labrado,
Toca y alba negra;
Y á mí me pondrán
Mi camisa nueva,
Sayo de palmilla,
Media de estameña;
Y si hace bueno
Traeré la montera,
Que me dió la Pascua
Mi señora agüela,

Y el estadal rojo,
Con lo que le cuelga,
Que trajo el vecino
Cuando fué á la feria.
Iremos á Misa,
Veremos la iglesia
Darános un cuarto
Mi tia la ollera,
Compraremos dél,
Que nadie lo sepa,
Chochos y garbanzos,
Para la merienda;
Y en la tardecita,
En nuestra plazuela,
Jugaré yo al toro
Y tú á las muñecas.
Con las dos hermanas,
Juana y Madalena,
Y las dos primillas
Marica y la Tuerta;
Y si quiere madre
Dar las castañetas,
Podrás tanto de ello,
Bailar en la puerta.
Y al son del adufe
Cantará Andregüela,
«No me aprovecharon
Madre las yerbas;»
Y yo de papel
Haré una librea,
Teñida con moras

Porque bien parezca,
Y una caperuza
Con muchas almenas;
Pondré por penacho
Las dos plumas negras
Del rabo del gallo
Que acullá en la huerta
Anarangeamos
Las carnestolendas;
Y en la caña larga
Pondré una bandera,
Con dos borlas blancas
En sus tranzaderas;
Y en mi caballito
Pondré una cabeza
De guardamecí,
Dos hilos por riendas;
Y entraré en la calle
Haciendo corbetas,
Yo y otros del barrio,
Que son más de treinta.
Jugaremos cañas
Junto á la plazuela,
Porque Bartolilla
Salga acá y nos vea;
Bartola, la hija
De la panadera,
La que suele darme
Tortas con manteca,
Porque algunas veces
Hacemos yo y ella,

Las bellaquerías
Detras de la puerta.

## LIII.

Hanme dicho hermana,
Que teneis cosquillas
De ver al que hizo
Á hermana Marica.
Porque no movais (1),
Él mismo os envía
De su misma mano
Su persona misma,
Digo su aguileña
Filomocosia,
Ya que no pintada
Al menos escrita;
Y su condicion,
Que es tan peregrina
Como cuantas vienen
De Francia á Galicia.
Cuanto á lo primero,
Es su señoría
Un bendito zote
De muy buena vida,
Que come á las diez,
Y cena de dia,
Que duerme en mollido,
Y bebe con guindas:
En los años mozo,

(1) *Mover* aquí se tomó como neutro, y significa *abortar*.

Viejo en las desdichas,
Abierto de sienes,
Cerrado de encías;
No es grande de cuerpo,
Pero bien podria
De cualquier higuera
Alcanzaros higas;
La cabeza al uso,
Muy bien repartida,
El cogote atrás,
La corona encima.
La frente espaciosa,
Escombrada y limpia,
Aunque con rincones
Cual plaza de villa;
Las cejas en arco
Como ballestillas,
De sangrar á aquellos
Que con el pié firman;
Los ojos son grandes,
Y mayor la vista
Pues conoce un gallo
Entre cien gallinas.
La nariz es corva,
Tal que bien podria
Servir de alquitara
En una botica;
La boca no es buena,
Pero á medio dia
Le da ella más gusto
Que la de su ninfa;

La barba, ni corta,
Ni mucho crecida,
Porque así se ahorra
Cuellos de camisa;
Fué un tiempo castaña,
Pero ya es morcilla;
Volveránla penas,
En rucia ó tordilla;
Los hombros y espaldas
Son tales, que habria
Á ser él San Blas,
Para mil reliquias;
Lo demás, señoras,
Que el manto cobija,
Parte son visiones,
Parte maravillas.
Sé decir al menos
Que en sus niñerías
No pide á vecinos,
Ni falta á vecinas.
De su condicion
Deciros podria
Como quien la tiene,
Tan reconocida,
Que es el mozo alegre,
Aunque su alegría
Paga mil pensiones
Á la melarquía.
Es de tal humor
Que en salud se cria,
Muy sano, aunque no,

De los de Castilla;
  Es mancebo rico
Desde las mantillas,
Pues tiene, demás
De una sacristía,
  Barcos en la tierra
Y en el rio viñas,
Molinos de aceite,
Que hacen harina;
  Un jardin de flores,
Y una muy gran silva
De varia lecion
Adonde se crian
  Árboles que llevan
Despues de vendimias,
Á poder de estiércol
Pasas de legia;
  Es enamorado,
Tan en demasía,
Que es un mazacote,
¿Qué digo? un Macías;
  Aunque no se muere
Por aquestas niñas,
Que quieren con presa,
Y piden con pinta.
  Dales un botin,
Dos octavas rimas,
Tres sortijas negras
Cuatro clavellinas;
  Y á las damiselas
Más graves y ricas

Costosos regalos,
Joyas peregrinas;
  Porque para ellas,
Trae cuanto de Indias
Guardan en sus senos
Lisboa y Sevilla.
  Tráelas de las huertas,
Regalos de limas,
Y de los arroyos
Joyas de la China.
  Tampoco es amigo
De andar por esquinas
Vestido de acero
Como de palmilla;
  Porque para él
Del Ave María
Al cuarto del Alba,
Anda la estantigua;
  Y porque á su abuela
Oyó que tenian
Los de su linage
No más de una vida.
  Así desde entonces
La conserva y mira
Mejor que oro en paño
Ó pera en almibar;
  No es de los curiosos,
Á quien califican
Papeles de nuevas
De estado ó milicia;
  Porque son, y es cierto

Que el Bernia lo afirma
Hermanas de leche
Nuevas y mentiras;
  No se le dá un bledo
Que al otro le escriba,
Ó dosél le cubra
Ó adórnele mitra;
  No le quita el sueño
Que de la Turquía
Mil leños esconda
El mar de Sicilia,
  Ni que el inglés baje
Hácia nuestras islas
Despues que ha subido
En la que le envia.
  Es su reverencia
Un gran canonista
Porque en Salamanca
Oyó teología.
  Sin perder mañana
Su leccion de prima,
Y al anochecer
Leccion de sobrina;
  Y así, es desde entonces
Persona entendida
Si á su oido tañen
Una chirimía;
  De las demás lenguas
Es gran humanista,
Señor de griega
Como de la escita.

Tiene por más suya
La lengua latina,
Que los alemanes
La persa ó la egipcia;
Habla la toscana
Con tal policía,
Que quien lo oye, dice
Que nació en Coimbra;
Y en la portuguesa
Es tal, que dirian
Que mamó en Logroño
Leche de borricas;
De la cosmografia
Pasó pocas millas,
Aunque oyó al infante
Las Siete Partidas;
Y así entiende el mapa
Y de sus medidas
Lo que el mapa entiende
Del mal de la orina.
Sabe que en los Alpes
Es la nieve fria,
Y calienta el fuego
En las Filipinas;
Que nació Zamora,
Del Duero en la orilla,
Y que es natural
Búrgos de Castilla;
Que desde la Mancha
Llegan á Medina
Más tarde los hombres

Que las golondrinas;
Es hombre que gasta
En Astrología
Toda su pobreza
Con su picardía;
Tiene su astrolabio
Con sus baratijas,
Su compás y globos
Que pesan diez libras;
Conoce muy bien
Las siete Cabrillas,
La Bocina, el Carro,
Y las tres Marías;
Sabe alzar figura,
Si halla por dicha,
Ó rey ó caballo,
Ó sota caida;
Es fiero poeta,
Si le hay en la Libia,
Y cuando le toma
Su mal de poesía,
Hace verso suelto
Con Alejandría,
Y con algarrobas
Hace redondillas;
Compone romances
Que cantan y estiman
Los que cardan paños,
Y ovejas esquilan;
Y hace canciones
Para su enemiga,

Que de todo el mundo
Son bien recibidas.
Pues en sus rebatos
Todo el mundo limpia
Con ellas de ingleses,
Á Fuenterrabía;
Finalmente, él es,
Señorazas mias,
El que dos mil veces
Os pide y suplica:
Que con los gorrones
De las plumas ricas
Os hagais gorronas
Y os mostreis harpías;
Que no sepulteis
El gusto en capillas,
Y que á los bonetes
Querais las bonitas.

## LIV.

Diez años vivió Belerma
Con el corazon difunto
Que le dejó en testamento
Aquel francés boquirubio.
Contenta vivió con él,
Aunque á mí me dijo alguno
Que viviera más contenta,
Con trescientos mil de juro.
Á verla vino Doña Alda,
Viuda del conde Rodulfo,
Conde que fué en Normandía

Lo que á Jesucristo plugo;
  Y hallándola muy triste
Sobre un estrado de luto,
Con los ojos que ya eran
Orinales de Neptuno.
  Riéndose muy despacio
De su llorar importuno,
Sobre el muerto corazon,
Envuelto en un paño sucio,
  Le dice: «Amiga Belerma,
Cese tan necio diluvio,
Que anegará vuestros años,
Y ahogará vuestros gustos.
  Estése allá Durandarte
Donde la suerte le cupo;
Buen pozo haya su alma,
Y pozo que esté sin cubo.
  Si él os quiso mucho en vida,
Tambien le quisistes mucho,
Y si tiene abierto el pecho,
Queréllese de su escudo.
  ¿Qué culpa tuvísteis vos
De su entierro, siendo justo
Que el que como bruto muere,
Que le entierren como bruto?
  Muriera el acá en París,
Donde tiene su sepulcro,
Que allí le hicieran lugar
Los antepasados suyos.
  Volved luego á Montesinos
Ese corazon que os trujo,

Y enviadle á preguntar
Si por gavilan os tuvo.
  Descosed y desnudad
Las tocas de angeo crudo,
El monjilon de bayeta,
Y el manto basto peludo;
  Que aun en las viudas más viejas
Y de años más caducos,
Las tocas cubren á Enero,
Y los monjiles á Julio,
  Cuanto y más á una muchacha
Que la faltan dias algunos,
Para cumplir los treinta años
Que yo desdichada cumplo
  Seis hace, si bien me acuerdo,
El dia de santo Nuflo,
Que perdí aquel malogrado,
Que hoy entre los vivos busco.
  Holguéme de cuatro y ocho
Haciéndoles dos mil hurtos,
Á las palomas de besos,
Y á las tórtolas de arrullos.
  Sentí su fin; pero mas
Que muriese sin ver fruto,
Sin ver flujo de mi vientre
Porque siempre tuve pujo;
  Más no por eso ultrajé
Mi buena tez con rasguños;
Cabal me quedó el cabello,
Y los ojos casi enjutos.
  Aprended de mí, Belerma,

Holguémonos de consuno,
Llévese el mar lo llorado
Y lo suspirado el humo.
  No hilcis memorias tristes
En este aposento obscuro;
Que cual gusano de seda,
Morireis en el capullo.
  Haced lo que en su fin hace
El pájaro sin segundo,
Que nos habla en sus cenizas
De pretérito y futuro.
  Llorad su muerte, mas sea
Con lagrimillas al uso;
De lo mal pasado nazca
Lo porvenir más seguro.
  Pongámonos á la par
Dos toquitas de repulgo,
Ceja en arco, manos blancas
Y dos perritos lanudos.
  Yedras verdes somos ambas,
Á quien dejaran sin muros
De la muerte y del amor
Baterías é infortunios.
  Busquemos por dó trepar
Que á lo que de ambas presumo,
No nos faltarán en Francia
Pared gruesa, tronco dnro.
  La iglesa de San Dionis,
Canónigos tiene muchos,
Delgados, cariaguileños,
Carihartos y espaldudos.

Escojamos como en peras
Dos clérigos capotuncios
De aquestos que andan en mulas
Y tienen algo de mulos;
Destos Alejandros Magnos,
Que no tienen por disgusto,
Por dar en nuestros broqueles,
Que demos en sus escudos.
De todos los doce Pares,
Y sus nones abrenuncio,
Que calzan bragas de malla,
Y de acero los pantuflos.
¿De qué nos sirven, amiga,
Petos fuertes, yelmos lucios?
Armados hombres queremos,
Armados, pero desnudos.
De vuestra mesa redonda
Francos paladines hubo
Donde ayunos os sentais
Y os levantais más ayunos.
La de cuatro esquinas quiero;
Que la ventura me puso
En casa de un cuatro picos,
De todos cuatro picudo;
Donde sirven la Cuaresma
Sabrosísimos besugos,
Y turmas en el Canal
Con su caldillo y su zumo.
Más iba á decir Doña Alda;
Pero á lo demás dió un nudo,
Porque de Don Montesinos

Entró un pajecillo zurdo.

## LV.

Noble desengaño,
Gracias doy al cielo,
Que rompiste el lazo
Que me tenia preso.
Por tan gran milagro
Colgaré en tu templo
Las graves cadenas,
De mis graves yerros.
Las fuertes coyundas,
El yugo de acero,
Que con tu favor
Sacudí del cuello.
Las húmedas velas,
Y los rotos remos,
Que escapé del mar
Y ofrecí en el puerto.
Ya de tus paredes
Serán ornamento
Gloria de tu nombre
Y de amor descuento.
Y así, pues que triunfas
Del rapaz arquero,
Tiren de tu carro
Y sean tu trofeo
Locas esperanzas,
Vanos pensamientos,
Pasos esparcidos,
Livianos deseos,

Rabiosos cuidados
Ponzoñosos celos,
Infernales glorias
Gloriosos infiernos.
Compónganle himnos,
Y digan sus versos
Que libras cautivos
Y das vista á ciegos.
Ante tu deidad
Hónrense mil fuegos
Del sudor precioso
Del árbol Sabeo.
Pero ¿quién me mete
En cosas de seso,
Y en hablar de veras
En aquestos tiempos?
Porque el que mas trata
De burlas y juegos,
Ese es quien se viste
Mas á lo moderno.
Ingrata señora,
Desde tu aposento
Mas dulce y sabrosa,
Que nabo en adviento.
Aplícame un rato
El oido atento,
Que quiero hacer auto
De mis devaneos.
¡Qué de noches frias,
Que me tuvo el hielo,
Tal, que por esquina

Me juzgó tu perro,
Y alzando la pierna
Con gentil denuedo,
Me argentó de plata
Los zapatos negros!
¿Qué, de noches destas,
Señora me acuerdo,
Que andando á buscar
Chinas por el suelo,
Para hacer la seña
Por el agujero,
Al tomar la china
Me ensucié los dedos!
¡Qué de dias anduve
Cargado de acero
Con harto trabajo,
Porque estaba enfermo!
Como estaba flaco
Parecia cencerro,
Hierro por defuera,
Por de dentro hueso.
¡Qué de meses y años
Que viví muriendo,
Empeñado pobre,
Sin ser Baltenebros;
Donde me acaeció,
Mil dias enteros
No comer sino uñas,
Haciendo sonetos!
¡Qué de necedades,
Escribí en mil pliegos,

Que las ries tu ahora,
Y yo las confieso!
Aunque las tuvimos
Ambos en un tiempo,
Yo por discreciones
Y tú por requiebros.
¡Qué de medias noches
Canté en mi instrumento
«Socorre, Señora,
Con agua mi fuego.»
Donde, aunque tu no
Socorriste, luego
Socorrió el vecino
Con algun caldero.
Adios, mi Señora,
Porque me es tu gesto
Chimenea el verano,
Y nieve el invierno,
Y el brazo me tienes
De guijarros lleno,
Porque creo que bastan
Seis años de necio.

## LVI.

Murmuraban los rocines
Á la puerta de Palacio,
No en sonorosos relinchos,
Que eso es ya muy de caballos.
Sino en sü bestial idioma,
Ni gruñendo, ni rifando
Para mejor engañar

Las varas de los lacayos.
Cabecijuntos murmuran,
Tres á tres, y cuatro á cuatro;
De sus amos lo primero,
Por más parecer criados.
Un castaño comenzó,
Rocin portugués fidalgo,
Cuyo pelo es un erizo,
Por ser fruta de castaño.
Con más paramentos negros,
Que el rocin de Arias Gonzalo,
Que en la cadera y el luto,
Mas es tumba que caballo.
«Sirvo, les dijo, á un ratiño
Macias enamorado,
Tan flaco en las carnes él,
Como yo en las carnes flaco.
»Como un esclavo le sirvo,
Aunque nunca me ha herrado,
Ni la cadera con S,
Ni la herradura con clavo.
»Dos cosas pretende en corte,
Y ambas me cuestan mis pasos,
La verde insignia de Avis,
Y un Serafin castellano;
»Porque en África su abuelo
Mató un leon cuartanario,
Desde una palma subido,
De cuarenta arcabuzazos.
»Fatiga tanto al Consejo,
Y al Amor fatiga tanto,

Que no irá cruzado el pecho,
Sin ir el rostro cruzado;
»Porque el padre de la moza,
Me dicen que le ha jurado,
De darle la cruz en leño,
Que pide al Consejo en paño.»
Apenas el portugués
Acabó sus quejas, cuando
Una remendada pia,
De un comiscal cortesano;
Mordiendo el freno tres veces,
Y otras tres humo espirando.
(Que es cólera de que escriben
Autores arrocinados).
«Sirvo, les dice, á un pelon,
Que no solo há veinte años
Que come de aventurero,
Mas que duerme de prestado.
»Con esta gualdrapa corta,
Y tan corta, que ha guardado
Mejor que si fuera cuello,
La medida del dozavo.
»La tercia parte me cubre
De este nudoso espinazo,
Que puede ser mojonera,
De un término pleiteado.
»No hay alcon hoy en Noruega,
Donde el sol es más escaso,
Tan solícito en cebarse,
Como mi dueño ó mi daño.
»Que volando pico al viento

Sale muy bien fatigado,
Á escuchar los almireces,
De las casas do hacen plato.
»Éntrase donde los oye,
Limpiándose los zapatos,
Y déjame á la pared
Pegado como gargajo.
«No sé como lo reciben,
Mas si sé, que dias hartos
Mirándome á mí los pajes,
Esto salen murmurando:
»Juro á Dios que en el comer
Es el dueño deste haco,
Sabañon en el invierno
Salpullido en el verano.»
»Desciende luego tras ellos,
Á mi pesar, porque al cabo,
Ya que no hay cebada, hay ocio,
Que no es mal pienso el descanso.
»Cobíjame los cuadriles,
Y sale podenqueando,
Nuevas que el dia siguiente
Valgan cocido y asado.»
De un procurador de Cortes
Habló allí un rocin más largo,
Que una noche de Diciembre,
Para un hombre mal casado.
«Escuchado hé vuestras quejas,
Con las orejas de un palmo,
Y á no sentir yo mis duelos,
Sintiera vuestros trabajos.

»Diez años tiramos juntos,
Por todo tierra de Campos,
Yo y un tio de Babieca,
El carreton de Lain Calvo.
»Serví á condes, serví á reyes,
Hasta que por varios casos,
*Tendimus in Latium*, digo,
Me mirais tendido y lacio.
»Trájome á Madrid mi dueño,
Donde apenas hay establo
Á dó quepa mi largueza,
Sino duermo como galgo.
»La calle Mayor abrevio,
Y la carrera del Prado
Desde el copete á la cola
Lo ocupo sino la paso.
»Como tan largo me ven,
Piensan todos los muchachos
Que soy algun pasadizo
De la posada á Palacio.
»Por descendiente me juzgan,
Los que me miran de espacio,
En la materia y la forma,
De aquel caballo troyano.
»Y si como tanto hierro,
Como se queja mi amo,
Ya que no lo esté de griegos,
Estaré lleno de armados.
»De noche me quita el freno,
Porque dice que lo gasto,
Y lo pongo en cuatro dias

Como soneto limado.»
No lo consintió acabar
Un extranjero cuartago,
Porque entendió que tenia,
Razones de su tamaño.
«No sirvo, dijo, á pelones,
Como vosotros, cuitados,
Sino á un extranjero rico
Miserable por el cabo.
»Y advertid, que siendo aquestos
Hombres míseros y avaros,
Vereis que se llaman todos,
Ó Césares ó Alejandros.
»La paja me dá por libras,
La cebada por puñados,
Y para engañar mi hambre,
Este artífice de engaños,
»Unos antojos me pone,
De unos vidrios tan doblados,
Que hacen de una paja ciento,
Y cuatro cientos de un grano.
»Pero bien me satisface
Desta burla y deste agravio,
Un dia cuya memoria,
Á la venganza consagro,
»Solia decir, (trayéndome
Por las caderas la mano):
—Como un banco estás, amigo,
Poco te luce el regalo.—
»Tantas veces me lo dijo,
Que una de ellas por un lado,

Le dí muy bien á entender
Que tenia pies el banco.»
Dieron entonces las once,
Y al mismo punto dejaron
Su plática los rocines,
Sus quínolas los lacayos.
Cualquier docto en esta lengua
Podrá mañana temprano
Ir á escuchar otro poco
Las mulas de los letrados.

## LVII.

*Que se vá la Páscua*, *mozas*,
*Que se nos vá la Páscua.*
Mozuelas las de mi barrio,
Loquillas y confiadas,
Mirad no os engañe el tiempo,
La edad y la confianza.
No os dejeis lisongear
De la juventud lozana,
Porque de caducas flores
Teje el tiempo sus guirnaldas.
*Que se nos vá*, etc.
Vuelan los ligeros años,
Y con presurosas alas
Nos roban como harpías
Nuestras sabrosas viandas.
La flor de la maravilla
Esta verdad nos declara,
Porque le hurta la tarde,
Lo que perdió la mañana.

*Que se nos vá*, etc.

Mirad que cuando pensais
Que hacen la señal del alba
Las campanas de la vida,
Es la queda, y os desarma
De vuestro color ilustre,
De vuestro donaire y gracia,
Y quedais todas perdidas
Por mayores de la marca.
*Que se nos vá*, etc.

Yo sé de una buena vieja
Que un tiempo rubia y zarca,
Aunque al presente le cuesta
Harto caro en ver su cara;
Porque su bruñida frente
Y sus mejillas se hallan
Más que roquete de Obispo
Encogidas y arrugadas.
*Que se nos vá*, etc.

Y sé de otra buena vieja,
Que un diente que la quedaba
Se lo dejó esotro dia
Sepultado en unas natas.
Y con lágrimas le dice:
«Diente mio de mi alma,
Yo sé cuándo fuísteis perla,
Aunque ahora no sois nada.»
*Que se nos vá*, etc.

Por eso, mozuelas locas,
Antes que la edad avara
El rubio cabello de oro

Convierta en luciente nácar,
Quered, cuando sois queridas,
Amad, cuando sois amadas,
Mirad, bobas, que detrás
Se pisa la ocasion calva.

## LVIII.

Labrando estaba Artemisa
Aquel famoso sepulcro
Que fué milagro de Grecia,
Y maravilla del mundo,
Llorando la noche y dia
El malogrado difunto,
Sus impertinentes ojos
Parecen arroyos turbios.
Consolábala una dama
Más elegante que Julio,
Boquifruncida de labios,
Nariz corva y rostro enjuto.
«Deja ese llanto, le dice,
Porque ya está puesto en uso
Que no llegue el sentimiento
Más que á cumplir con el vulgo.
»Si el estado que te queda
Supieses bien, yo presumo
Que estarias más contenta
Que con su renta el Gran Turco.
»Si es muerte la esclavitud,
Y la libertad bien sumo,
Si quedas libre, y comienzas
A tener vida de gusto,

»Compañía de varon,
Ni la apruebo, ni la culpo,
Que voluntaria es suave,
Y pesada si es con yugo.
»Bien parece un hombre en casa,
Pero si contíno es uno,
Es muerte civil, y más
Si acierta á ser calvo ó zurdo.
»El primer mes de marido
Puede sufrirse á lo sumo,
Y es suma felicidad
Cuando se muere al segundo.
»El más afable es celoso,
El más discreto importuno,
Si es mozo, es despreciador,
Y avariento si es caduco.
»El estado de casada
Solo ha de servir de punto
Ó escala para subir
Al de viuda, que es seguro.
»De una cama y de un lecho
La mujer dueño absoluto,
Dicen algunos doctores
Que engorda y alegra mucho.
»Comer siempre de un manjar,
¿Á quién no causa disgusto?
Y más cuando acierta á ser
Algo desabrido ó sucio.
»Un marido es vaca eterna,
Mejor es que hoy á tu gusto
Dés un sazonado pavo,

Mañana un lego besugo.
»Si te da pena ese traje,
Á que te obliga el difunto,
Viste el tronco de colores
Y la corteza de luto.»
Con esto templó Artemisa
Su pensamiento confuso,
Medio arrepentida ya
De haber labrado el sepulcro.

## LIX.

Recibí vuestro billete,
Dama de los ojos negros,
Con mil donaires cerrado,
Y con mil ansias abierto.
En fé de los treinta escudos,
Que en vuestro renglon tercero
Vienen en un alma mia
Disimulados y envueltos;
Os envio ese inventario
De las partidas que tengo,
Que es como si os enviára
Las del infante Don Pedro.
Porque en materia de escudos
Solo tengo un pavés viejo,
Y en moneda de reales,
Yo soy de un lugar Realengo.
Y cuanto á las alcabalas,
Tengo un grande privilegio,
Que como no hay que vender,
Ni las pago ni las debo.

De los navíos de Indias
Poderosos y soberbios,
Me viene la dulce nueva
Como llegaron al puerto.
Cúpome de particion
De molinos de agua y viento;
El molino de mis dientes
Que no muele á todos tiempos.
De dehesas y cortijos,
Viñas, huertas y majuelos;
Me cupieron los caminos,
Y la ciudad por linderos.
No se me quejan las fuentes,
Ni los claros arroyuelos,
Que los enturbian cabezas
Señaladas de mi hierro.
Al fin mis hatos se incluyen
En los que ciñen mi cuerpo,
Y en un Agnus Dei de alquimia
Se rematan mis corderos.
Solo el adorno de casa
Es Señora de momento,
Porque en un momento es visto,
Y se acaba en un momento.
Tambien tengo alguna plata,
Por ser poca no la cuento,
Que es una santa patena
Que heredé de mis abuelos.
No tengo paños de corte,
Mas no me faltan enteros,
Porque ya tengo la corte,

Solo el paño es el que espero.
  Tambien para mi salud,
Que es la prenda que más quiero,
Hay muy gentiles gallinas
En mi mozo y en su dueño.
  En cosas dulces, Canaria
No iguala la que poseo,
Pues gozo una linda sarna
Rascada con cinco dedos.
  Al fin, que, Señora mia,
Dicho por menos rodeos,
Si yo tengo solo un cuarto,
Muera de cuatro contrecho,
  Sin duda que solo hallaron
En mi triste nacimiento
Las estrellas en ayunas,
Pues tal hambre en mí influyeron.
  Aguarde que otra vez nazca
En más venturoso agüero,
Que por desnudo, mi madre
Me puede parir de nuevo.

## LX.

  Á mis señores Poetas,
Descúbranse ya esas caras,
Desnúdense aquesos moros,
Y acábense ya esas zambras.
  Váyase con Dios Gazul,
Lleve el diablo á Celindaja,
Y vuelvan esas marlotas
Á quien se las dió prestadas.

Que quiere Doña María
Ver bailar á Doña Juana
Una gallarda española
Que no hay danza más gallarda.
Y Don Pedro y Don Rodrigo
Vestir otras más galanas,
Ver quien son estos danzantes,
Y conocer estas Damas.
Y el Señor Alcaide quiere
Saber quien es Avenamar,
Estos Zegries y Aliatares,
Y dulces Zaides y Andallas;
Y de qué repartimiento
Son Celinda y Guadalara,
Estos moros y estas moras,
Que en todas las bodas danzan.
Y por hablarles más claro
Así tengan buena Pascua,
¿Ha venido á su noticia
Que hay cristianos en España?
¿Quieren que diga el herege
De nuestra Fé sacrosanta,
Que de los nombres de pila
Se nos sigue alguna infamia?
Saben si alguna Nacion
Persa, Scita, ú Otomana,
Á nuestros nombres celebran,
Y cuentan nuestras hazañas?
Si dicen que no lo ignoran
¿Por qué los cuentan y cantan
En nombre de los moriscos

Abatiendo nuestras lanzas?
  Y cubren nuestras naciones
De alquiceles, almalafas,
Y mil falsos testimonios
Que á los moriscos levantan?
  Están Fátima y Jarifa
Vendiendo higos y pasas,
Y cuenta Lagarto Hernandez
Que danzan en el Alhambra.
  Estanse los Aliatares
Tegiendo esteras de palma,
Y Almadan sembrando coles,
Y levántanles que rabian.
  Viene Arbolan todo el dia
De cavar cien aranzadas
Por un puño de harina
Y una tarja horadada.
  Viene el otro delincuente
Y sácale á la mañana
Á la gineta vestido
De verde y flores de plata,
  Y al Zegrí que con dos asnos
De echar agua no se cansa,
El otro disciplinante,
Píntale rompiendo lanzas.
  Hace Muza sus buñuelos;
Dice el otro aparta, aparta,
Que entra el valeroso Muza
Cuadrillero de unas cañas.
  Los de la Santa Hermandad
Por delitos que otros hagan

Os saquen, Samaritanos,
Á virotazos el alma.
Dejais un fuerte Bernardo,
Vivo honor de nuestra España,
Asombro de la morisma,
Terror general de Francia.
Dejais un Cid Campeador,
Un Diego Ordoñez de Lara,
Un valiente Arias Gonzalo,
Y un famoso Rodrigo Arias.
Un gran Gonzalo Fernandez,
Lustre y honor de mi pátria,
Siendo tan grande en el nombre,
Como temida su espada.
Y aquellos héroes famosos
Dignos de gloriosa fama,
Que eternizó sus memorias
La conquista de Granada.
Celebran chusmas moriscas
Vuestros cantos de cigarra,
Hechos pobres mendigantes
Del Albaicin al Alhambra.
Si importa celar los nombres,
Porque lo impiden las causas,
¿Por qué no vais á buscarlos
Á las selvas y cabañas?
Á las banderas francesas,
Ó las legiones romanas,
Á Cartago ó á Sagunto,
Ó á la infelice Numancia?
Mas do vuelas, pluma mia,

Ténte que vas desmandada,
Que haces mal en condenar
Invencibles ignorancias.

## LXI.

De amor con intercadencias,
Que es de linaje de pulsos,
Que por momentos se mueve,
Y se para por minutos,
Abrenuncio.
De doncellas alcorzadas,
Que siendo plantas sin fruto,
Pretenden adoracion
Por lo blanco y por lo rubio,
Abrenuncio.
De terceras disonantes,
Que pegan en mí de agudo,
Teniéndome por tan necio
Que no entiendo el contrapunto,
Abrenuncio.
De peticiones en tercio,
Hechas con trazas y estudio,
Y dichas despues á versos
Como salmos de Nocturno,
Abrenuncio.
De damas que si os ofrecen
Medio cornado de gusto,
Á fuer de la vida eterna
Esperan ciento por uno,
Abrenuncio.

De aficiones repartidas,
Más que pecho ni tributo,
Que en admitir variedades
Son el arca del Diluvio,
Abrenuncio.
De reinas en cuyas Córtes
Sin guardar á nadie el turno,
Habla si es rico Toledo,
Y calla si es pobre Búrgos,
Abrenuncio.
De tablas de malos lejos,
Damas que aunque quieran mucho,
Hacen los mismos obsequios
Al presente que al difunto,
Abrenuncio.
De las que no se enternecen
No siendo de oros el triunfo,
Si las tañen más guitarras
Que fueron contra el Maluco,
Abrenuncio.
De poetas que no escriben,
Sino Apolo el rubicundo,
Y por más soles que gastan
No deja de hacer obscuro,
Ábrenuncio.
De tiples que meten letra,
Y dan tan bajo los puntos,
Que podian ser polilla
Del Serrallo del Gran Turco,
Abrenuncio.
De cascos desvanecidos,

Bonetes que tienen humo
De Nuncios del Padre Santo,
Pudiendo estar en el nuncio,
Abrenuncio.

De fanfarrones de la hampa,
Que pretenden por lo rufo
Dar á las damas en votos
Lo que ellas quieren en juros,
Abrenuncio.

De varas que al primer toque
Cual de otro Moysen segundo,
Sacan arroyos de plata
De los peñascos más duros,
Abrenuncio.

De discretos putativos
En el aplauso del vulgo,
Que por más que anden compuestos
Son simples en todo el mundo,
Abrenuncio.

De buenas caras al olio,
Que á pura fuerza del unto
Piensan dejar encubiertos
Los defectos del dibujo,
Abrenuncio.

De otras mil cosas que veo
En estos siglos caducos,
Que las hé por espresadas,
Y de mí porque las sufro,
Abrenuncio.

## LXII.

Así Riselo cantaba
En su rabel de tres cuerdas,
Aquel de la tapa blanca,
Y de las costillas negras.
El que tiene por remate
Una burlada Sirena,
Divisa contra engañosas
Que cantan y desesperan.
Como hizo aquella fácil
De cuya voz no se acuerda,
Porque amor que es ave y niño,
Si no le regalan, vuela.
Digo pues que así cantaba
Con su tiple de corneja,
Oyéndole cuatro esquinas,
Dos calles, y una taberna.
Vamos horros en los gustos,
Aldeana, que rebientas
Por mostrarme, que en tu lumbre
Mil corazones se queman.
Á lo simple nos queramos,
Sea nuestra fé de cera,
Cada cual siga su antojo,
Pues que la gracia no es deuda.
Franca de celos te hago,
Porque los llamó mi abuela
Brujas que á las almas niñas
Les chupan la sangre nueva.

Y yo que soy bachiller
Por Alcázar de Consuegra
Los comparo á los erizos
Que á quien los toma, penetran.
No quiero que á nuestras vidas,
Que son dos palomas duendas,
Las tienten esos pecados,
Que la voluntad infiernan.
Si te vás por la mañana,
Yo te aguardaré á la siesta,
Y si á la noche faltares,
Dormiré aunque no parezcas.
Si quieres tener visitas,
Sin miedo puedes tenerlas,
Que aunque yo esté solo un año,
Vé galana á la merienda,
Y si á mí me convidaren
Déjame ser Perontrellas.
Ya no quiero que me digas
Que un Señor de Cruz bermeja
Te promete montes de oro
Por galopear tu vega.
Ni tampoco que te tañan
Con cajas ni con trompetas,
Á que seas capitana
De faldellin por bandera,
Porque pienso que lo dices
Aplicando la conseja,
Para que ligeras anden
Mis pesadas faltriqueras.
Bien se me trasluce á mí,

Que el arco de amor se flecha
Por las poderosas manos
De su Consejo de Hacienda.
  Vénus la Diosa de Chipre,
Ya es matrona ginovesa,
Guarísmo sabe su niño,
Multiplica, suma y resta.
  Ya el rapaz anda vestido,
Las alas aforra en tela,
Y el que esperanzas comia,
Pavos come y tortas cena.
  Á la discrecion le ha dicho
Que compre, y no diga, perlas,
Y á la gentileza pobre
Á pintura la condena.
  Con la flota está casado,
Mujer cosca y marinera
  Su secretario es el dar
Un mozo que allana sierras,
Robador de voluntades,
Y cumplidor de promesas.
  Por esto, aldeana mia,
Quiero yo seguir la seta
De aquellos cuyas entrañas
Parecen carne y son piedras.
  Si no merezco tus glorias,
No me revista tus penas,
Y si por dicha te agrado,
Más verdad y menos tretas.

# LXIII.

Mil años há que no canto,
Porque há mil años que lloro
Cuidados del mal pasado
Que ha puesto fin á mis tonos.
Ingrato mundo, de tí
Estoy de veras quejoso,
Pues con tan poca razon
Me castigas á mi solo.
Ello consiste en ventura,
Que mil pecados conozco,
Más graves que el mio, algunos,
Y más sin castigo, todos.
Pues vive Dios que en mi vida
Llevé mujer para otro,
Ni he procurado privanza
Por bajo ni humilde modo.
Consuélome con que el tiempo
No tiene los piés de plomo,
Que si es Mercurio en las alas
Con sus verdades me abono.
Muchos faltan de la plaza
Que los ví salir al coso,
Muchos se llevan los dias,
Todo se vá poco á poco.
Yo he visto con calzas largas
Algun señor de los Godos,
Que ya se humilla á greguiescos
Como inglés, cortos y angostos.

Y he visto con más salud
Algun pastor boquirojo,
Que paso de buey camina,
Y volaba como un corzo.
Y aun alguna dama he visto
Que tiene acabado el rostro,
Con arrugas por lo mico,
Con juanetes por lo mono;
Ralo, y lamido el cabello,
Y sin pestañas los ojos,
Los dientes menos y negros,
La nariz más larga un poco;
Lácio el brio y agostado,
Y de no pocos Agostos,
Y para tener el tiempo,
Un brazo más largo que otro.
¿Más por qué me maravillo,
Y con el tiempo me tomo?
Los bueyes fueron becerros,
Y los mastines cachorros.
Yo conocí un aguileño,
Que ahora ha dado en ser romo,
Y un gordo que fué muy flaco,
Y un flaco que fué muy gordo.
Los sombreros eran altos,
Ya son bajos y redondos,
Colchones eran las calzas,
Ya no consienten aforros.
Desbarrigados los sayos,
Los jubones á lo corto,
Lacayos se visten pita,

Y rameras telas de oro.
Sin duda se acaba el mundo,
¡Oh! cuatro veces dichoso
El que en un pobre sayal
Del mundo se pone en cobro;
De la premática nueva
Se anda descuidado y sordo,
Ni mira en seda ni en puntas,
Almidon, flete, ni oro.
Y si descubren mujeres
Sus bellos rostros hermosos,
Dá gracias á Dios por ello,
Y míralos vergonzoso.
Y aunque es el trabajo grande,
De la obediencia, y el coro
¡Cuán bueno es saber que hay
En conventos refitorio!
Cuando miro las crueldades
De esta nuestra edad de lodo,
Aunque no la merecemos
Vivir de hierro mohoso.
El más bajo estado envidio
Á pesar de oro le compro,
Por quien yo trocára el mio,
Y aun en esto hiciera poco.
¿Qué villano vá á sus viñas,
Con las alforjas al hombro,
Por quien no trocára Ovidio
De Tristibus y de Ponto?
¿Qué marinero embreado,
Ó qué velador piloto,

Qué forzado de galera
Qué negro de Monicongo,
  Qué recuero de la Alcarria,
Qué pobre importuno y roto
De los de sopa Francisca
Ó de Gerónimo bodrio?
  ¡Oh! venturosos picaños,
Que del Señor poderoso,
En vagamundos corrillos
Estais murmurando el toldo.
  No os habeis diciplinado
Por la armada, ni á vosotros
Os píden lanzas de ristre,
Sobrándoos lanzas á todos.
  ¿Qué se os dá que nunca llueva,
Pues el año más costoso,
A un mismo tiempo comeis
Pan y vino, y carne abondo?
  ¿Qué se os dá que vaya el Draque
De nuestras naves en corso,
Y que se lleve de España
Los trabajados tesoros?
  Sobre Juanilla y Lucía
Á veces andais al morro,
Por cuernos averiguados,
No por cuidados celosos.
  ¿Qué Cardenal come en Roma
Más seguro y más sabroso?
Pues nunca á nadie en la tierra
Se dió veneno en mondongo.
  Ya en efecto hemos nacido,

Y aunque seamos de lodo
Sabemos bien en el mundo
Quién es oveja y quién lobo.
  Lleguémonos siempre al bueno,
Huyamos del mentiroso,
Que importa vivir en paz,
Sufrir mucho y hablar poco.

## LXIV.

  Pensó rendir la mozuela
El alférez de mentira,
Soldado por cien mil partes,
Y rompido por las mismas.
  Pensó que la sujetára
El gabion de la liga,
Y de las terciadas plumas
La crespa volatería,
  Y la capa verde obscura,
Golpeada la capilla
En más inciertos reveses
Que una mula, y sea la mia,
  Y la salta en barca azul
Con más pendientes de alquimia,
Que la noche de San Juan
Saca toda la Justicia,
  Y los greguiescos de seda
Aforrados en telilla,
Mucho más acuchillados
Que mulatos en esgrima,
  Y la espada en tiros cortos
Mal pendiente de la cinta

Por las obras temerosa,
Por las palabras temida.
  Pensó con lo dicho el hombre
Sujetar la mujercilla,
Torciendo rubios bigotes
Ayudados de alquitira,
  Hablándola con los ojos,
Pisando de gallardía,
Suspirando por la calle,
Y apuntalando su esquina.
  Camafeo de la moza
Ser el necio pretendia;
Y á la verdad era feo,
Aunque cama no tenia.
  Pero tenia un rasguño
Del bigote para arriba,
Que le hizo de merced
El padre de las pupilas.
  Y aun creo que al otro lado
Le hubiera hecho otra firma,
Á no tenerlo ocupado
Con no sé qué niñería,
  Con un cierto bofeton
Que en la casa de Sevilla
Llevó vencido en la entrada
Con las manos menos limpias.
  Una, pues, alegre noche
Que lo halló por su desdicha
Alumbrando con su cara
Su calleja sin salida;
  Llegándose poco á poco

Debajo la ventanilla
Como estudiante francés
Este salmo le decia:

Yo soy de Santo Domingo
Una ciudad de Castilla,
Donde aunque es de la Calzada
Hay descalzas hidalguías.

Bien nacido como el sol,
Gracias á los Chavarrías;
Inquieto fuí desde niño
Inclinado á la milicia.

Apenas tenia quince años,
Cuando un dia á medio dia
Dejé mi tierra por Flandes,
Sepulcro de nuestras crismas;

Donde padecí peligros
Tan grandes, que juraria
Que no me halló la muerte,
Porque triunfeis de mi vida,

Cuando en el cerco de Chipre
Estaba yo en Gravelinga
Con un bravo romadizo
Sonando la batería.

Nunca salí de mi tienda,
Mientras Ambers padecia,
Porque no me acabó un sastre
Unas calzas amarillas.

Y aun allí por gran ventura
No me halló una culebrina,
Que me pasó por los ojos
Poco más de media milla.

Otra vez que hubo en Bruselas
Una pendencia reñida,
Puse paz desde un terrado
Aunqne casi no me oian.
Y aún me acuerdo por más señas,
Que todo el mundo decia
Que, á ser yo de la pendencia,
Me prendiera la Justicia.
Dejé al fin guerras y Flándes,
Porque era tierra tan fria,
Y yo triste andaba enfermo
De cámaras cada dia.
Como partí de allá pobre,
Atravesé á Picardía,
Y en un bergantin el mar
De la Rochela á Galicia.
Del golfo destas desgracias,
Señora, he llegado á vista
De vuestra merced, Dios quiera
Que fuese en su enjuta orilla.
Bien le debo á la fortuna
El fin de tantas desdichas,
Mas otra fuerza mejor
De todas ellas me libra.
Porque al salir de mi tierra
Saqué entre muchas reliquias
Algunas plumas de gallo,
Pero más de la gallina.
Asado vivo por vos,
Y quisiera, Reina mia,
Que ya que habeis sido el fuego

Fuérades tambien parrillas.
Atenta escucha la moza
Toda su oracion prolija,
Unas veces con enfado;
Pero más veces con risa.
No le respondió palabra
Mas ella y otra su prima
Le esprimieron al asado
El zumo de una jeringa.

## LXV.

Á vos dijo, señor Tajo,
El de las ninfas y ninfos,
Boquirubios toledanos,
Gran regador de membrillos;
Á vos el vanaglorioso
Por el estraño artificio,
En España más sonado
Que nariz con romadizo.
Famoso entre los poetas,
Tan leido como escrito,
Y de todos celebrado,
Como el dia del domingo.
Por las musas pregonado
Más que jumento perdido,
Por rio de arenas de oro,
Sin habéroslas cernido;
Llamado sois con razon
De todos sagrado rio,
Pues que pasais por en medio
Del ojo del Arzobispo.

Vos, que en las sierras de Cuenca,
Mirad que humildes principios,
Naceis de una fuentecilla
Adonde se orina un risco;
Vos, que por pena cada año,
De vuestros grandes delitos,
Os menean las espaldas
Mas de doscientos mil pinos;
Acordáos de todo aquesto,
Y bajad el toldo, amigo,
Cuando furioso regais
Los jardines de Filipo;
Cuando vuestras aguas sean
Municiones de mil tiros,
Admiracion de los ojos,
Bateria de castillos;
Cuando mil nevados cisnes
Pasen vuestros vados frios,
Cuando beben vuestras aguas
Mil ciervos de Jesucristo.

## LXVI.

Manzanares, Manzanares,
Vos, que en todo el acuatísimo
Duque sois de los arroyos
Y vizconde de los rios,
Soberbio correis, mi pluma,
Miercoles sea corvillo
Del polvo canicular
En que os vereis convertido.

Bien es verdad que os harán
Marqués de Poza en estío
Los que, entrando á veros sucios,
Saldrán de veros no limpios.
No os desvanezcais por esto,
Que de la piedra sois hijo,
Pues tomastes carne undosa
En las entrañas de un risco.
Enano sois de una puente,
Que pudiérais ser marido,
Si al besalla en los tres ojos
Le llegárais al tobillo.
Al tobillo, mucho dije,
Á la planta apenas dígo,
Y esa no siempre desnuda,
Porque calzada ha vivido.
Solicitad diligente,
Alcanzándoos á vos mismo,
Los abrazos del Jarama,
Minotauro cristalino,
Para que sirvais la copa
Á los parientes del signo
Que lame en su pié diamantes
Y pisa en Abril zafiros.
Y sepa luego de vos
Todo cuervo masculino
Que de sus agitaciones
Está ya acabado el circo;
La real plaza del Fénix
De Pisuerga ilustre olvido,
Teatro de carantoñas,

Cadahalso de castigos.
Decidles á esos señores
Que há más que fueron novillos
Que serán sin duda encinas
Deste hermoso edificio.
Espectáculo feroz,
Émulo de los antiguos,
Mas desmentido en España
De dos cañazos moriscos.
Decidles que á tanta fiesta
Prevengan los más lucidos
Sus martinetes de hueso,
Pompa de tantos cintillos;
Que estudien ferocidad,
Y de sus corvos cuchillos,
Si tienen sangre las sombras,
Beban la sangre los filos;
Que salgan de los toriles
Entre feroces y tibios,
Sin bramar á lo casado
Ni escarbar á lo gallino;
Más si escarbaren, que sea
Para dar luz al abismo,
O sepulcros á los muertos
Que no se comieron vivos.
Toros sean de Dionides,
Á cuyo rocin morcillo
El pienso mas venial
Fué un celemin de homicidios;
Que aspiren á ser leones
Para que los haga erizos,

Pluralidad generosa
De rejones bien rompidos;
Que más se querrá un bicorne
Que verse hecho un sotillo
De fresnos azafranados,
Desbarrigando pollinos.
Perdonen que el asonante
Rebuzno ha hecho el relincho
Del que morirá cornado,
Y escudos costó infinitos.
Los menos pues criminales
Por esta vez consentimos
Que ronden, que prendan capas,
Y dén en fiado silbos;
Porque un silbo es necesario
Para cómicos delitos,
Municion de mosqueteros
Que pretende por amigos;
Que al fin para embravecerse
Vacunos armen garitos
Que juego del hombre, padre
De chachos ó de codillos;
Y á fé que reyes fallados
Y matadores vencidos
Hagan á los bueyes toros
Y á los toros basiliscos.

## LXVII.

Érase una vieja
De gloriosa fama
Amiga de niñas,

De niñas que labran.
Para su contento
Alquiló una casa
Donde sus vecinas
Hagan sus coladas.
Con la sed de amor
Corren á la balsa
Cien mil sabandijas
De natura varia,
Á que con sus manos,
Pues tiene tal gracia
Como el unicornio
Bendiga las aguas.
Tambien acudia
La viuda honrada,
Del muerto marido
Sintiendo la falta,
Con tan grande estremo
Que allí se juntaba
A llorar por él
Lágrimas cansadas.

## LXVIII.

Al pié de un álamo negro,
Y más que negro bozal,
Pues há tanto que no sabe
Sino gemir y callar,
Algo apartado de Esgueva,
Porque el sucio Esgueva es tal,
Que ni aun los álamos quieren
Dalle sus piés á besar,

Estaba en lo más ardiente
De un dia canicular,
Entre dos cigarras, que
Le cantan el sol que fá,
Un miércoles de ceniza,
Vestido de humanidad,
Á cuya mesa ayunaron
Los martes de Carnaval,
Un hidalgo introduciendo
En las cuchilladas paz
De un follado incorregible,
Puesto que mayor de edad;
Que la vejez de unas calzas
Desgarros contiene más
Que la juventud traviesa
Del cantado escarraman.
Repararlas pretendia,
Si se pueden reparar
Cuchilladas tan mortales
Con una aguja no más.
Mecánica valentía,
Bien que su temeridad
Lo va entrando en un confuso
Laberinto criminal.
Donde fincára, no obstante
Que con fin particular
Envaine su dueño el mismo
Dedalísimo dedal;
Porque le ha metido el hilo
Y ha de quedarse ó andar
Requiriendo á fojas ciento

Las verdes bragas de Adan.
Congójalo esto de suerte,
Que desatado nos dà
Lo rengifo en el sudor
A veinte mil el millar;
Porque el sudor de un hidalgo
Todo ha de ser calidad,
Tanto, que su escarpin diga
Á cien pasos el solar.
Mayores el sol hacia
Las sombras del árbol ya,
Cuando el prado pisó alegre
La portada del lugar.
Temiendo porque la gente
No gustase de pasar
Por las que fueron calzadas
A vista del arrabal,
Justicia en dos puntos hecho,
Si vara de tafetan,
Por lo menos llama cuantos
De laton esbirros tráe
Alfileres que le prendan
Lo que pendiendo de atrás
Nos hacia su pendencia
Sentir no bien y ver mal.
Consiguiólo y atacando
Las que por su antigüedad
Primadas fueron de España,
Á mi voto en Portugal;
Á solicitarse fué
Dos mulas de cordobán,

Que le hierran de ramplon
Vecinos de Fregenal.
  Infante quiere seguir
Á los Príncipes que irán
Con Su Majestad á Irun
El Octubre que vendrá.
  Previene, pues, carruaje,
No alegue anterioridad,
Cualque Marqués de Alfarache.
Ó Conde de Rabanal.
  Porque si no, Montesino
Montañas desea catar
A Francia, y con el de Guisa
Tener estrecha amistad;
  Que tanta hambre, no solo
Cata á Paris la ciudad,
Sino á la mesa redonda
Do los doce comen pan.
  Penetrar quiere aquel reino,
Pues á la necesidad
Debe cuanto lemosino
En Francia puede gastar.
  Seguro de encontrar nones
Donde tantos pares hay,
Si ya no es que en latin
Son más francos que en vulgar.
  No está España para pobres,
Donde esconde cada cual
En el arca de Noé
Lo que vais á demandar.
  Las espaldas vuelven todos

Al pedir con prisa tal,
Que al que buscais con un peto
Le hallareis con espaldar.
  Esto, pues, hará á Rengifo
Llevando más de real
En las venas que en la bolsa,
Seguir á Su Majestad.

## LXIX.

  «Ensíllenme el asno rucio
Del alcalde Anton Llorente,
Dénme el tapador de corcho
Y el gaban de paño verde,
  »El lanzon en cuyo hierro
Se han orinado los meses,
El casco de calabaza
Y el vizcaino machete,
  »Y para mi caperuza,
Las plumas del tordo dénme,
Que por ser Martin el tordo,
Servirán de martinetes.
  »Pondréme el orillo azul
Que me dió para ponelle
Teresa la del Villar,
Hija de Pascual Vicente;
  »Y aquella patena en cuadro,
Donde de laton se ofrecen
La madre del virotero
Y aquel dios que calza arneses,
  »Tan en pelota y tan juntos,
Que en ciegos mudos los tienen,

Al uno redes y brazos
Y al otro brazos y redes;
»Cuyas figuras en torno
Acompañan y guarnecen
Ramos de nogal y espinas,
Y por letras pan y nueces.»
Esto decia Galayo
Antes que al tajo partiese
Aquel yegüero lloron
Aquel jumental ginete,
Natural de dó nació
De yegüeros descendiente,
Hombres que se proveen ellos,
Sin que los provean los reyes.
Tragéronle la patena,
Y suspirando mil veces,
Del dios garañon miraba
La dulce Francia y la suerte.
Piensa que será Teresa
La que descubren y prenden
Agudos rayos de envidia
Y de celos nudos fuertes.
»Teresa de mis entrañas,
No te gazmies ni ajaqueques;
Que no faltarán zarazas
Para los perros que muerden.
»Aunque es largo mi negocio,
Mi vuelta será muy breve,
El dia de San Ciruelo
Ó la semana sin viernes.
»No te pareces á Vénus,

Ya que en verdad le pareces,
En hacer de tantos huevos
Tantas frutas de sartenes.
»Cuando sola te imagines,
Para que de mi te acuerdes,
Ponle á un pantuflo aguileño
Un reverendo bonete.
»Si creciere la tristeza,
Una lonja cortar puedes
De un jamon, que bien sabrá
Tornarte de triste alegre.
»¡Oh como sabe la lonja
Más que á todos cuantos leen,
Y rabos de puercos más
Que lenguas de bachilleres!
»Mira, amiga, tu pantuflo,
Porque verás si lo vieres,
Que se parece á mi cara
Como una leche á otra leche.
Acuérdate de mis ojos,
Que están cuando estoy ausente
Encima de la nariz,
Y debajo de la frente.»
En esto llegó Bandurrio,
Diciéndole que se apreste;
Que para sesenta leguas
Le faltan tres veces veinte.
Á dar, pues, se parte el bobo
Estocadas y reveses
Y tajos orilla el Tajo
En mil hermosos broqueles.

# LXX.

Dejad los libros agora,
Señor licenciado Ortiz,
Y escuchad mis desventuras,
Que á fé que son para oir.
Yo soy aquel gentil hombre,
Digo, apuel hombre gentil,
Que por su Dios adoró
A un cieguezuelo ruin;
Sacrifiquéle mi gusto,
No una vez, sino cien mil,
En las aras de una moza
Tal cual os la pinto aquí.
El cabello es de un color
Que ni es cuarto ni florin,
Y la relevada frente
Ni azabache ni marfil.
La ceja entre parda y negra,
Muy mas larga que sutil,
Y los ojos mas compuestos
Que son los de *quis vel qui*;
Entre cuyos bellos rayos
Se deriva la nariz,
Terminando las dos rosas
Frescas señas de su Abril.
Cada labio colorado
Es un precioso rubí
Esmaltado entre el aljófar
Que el alba suele vestir;

El aliento de su boca,
Todo lo que no es pedir,
¡Mal haya yo si no escede
Al más suave jazmin!
Con su garganta y su pecho
No tienen que competir
El nácar del mar del Sur,
La plata del Potosí,
La blanca y hermosa mano
Hermoso y blanco alguacil
De libertad y de bolsa,
Es de nieve y de nebli.
Lo demás, letrado amigo,
Que yo os pudiera decir,
Por mi fé que me ha rogado
Que lo calle el faldellin;
Aunque por brújula quiero,
Si estamos solos aquí,
Como á la sota de bastos
Descubriros el botin.
Cinco puntos calza estrechos;
Esto, señor, basta al fin;
Si hay serafines trigueños
La moza es un serafin.
Pudo conmigo el color,
Porque una vez que la ví
Entre más de cien mil blancas,
Ella fué el maravedí;
Y porque no sin razon
El discreto en el jardin
Coge la negra violeta

Y deja el blanco alhelí.
Dos años fué mi cuidado
Lo que llaman por ahí
Los jacarandos respeto,
Los modernos tahalí;
En cuyos alegres años
Desde el ave al peregil,
Por esta negra Odiesca
La bucólica le dí.
Sus piezas en el invierno
Vistió flamenco tapiz,
Y en el verano sus piezas
Andaluz guardamecí.
Hoy desechaba lo blanco,
Mañana lo carmesí,
Hasta que en la peña pobre
Quedó hermitaño Amadis.
Preguntadlo á mi vestido
Que riéndose de mí,
Si no habla por la boca,
Habla por el bocací.
Ya iba quedando en cueros
Á la lumbre de un candil,
Casi pasando el estrecho
De no tener y pedir;
Cuando, Dios en horabuena,
Me fué forzoso partir
Á la ciudad de la córte,
Á la villa de Madrid.
Comenzó á mentir congojas
A suspirar y gemir

Mas que viuda en el sermon
De su padre fray Martin.
  Dijo que acero seria
En esperar y sufrir;
Fué despues cera, y sí acero,
Ella se tomó de orin.
  Ternísima me pidió
Que, ya que quedaba así
La ovejuela sin pastor
No la deje sin mastin;
  Y así le dejé un mulato
Por espia y adalid,
Que á mí me espió en saliendo,
Y se lo vino á decir;
  Dejéle en su antiguo lustre,
Y luego que me partí
Echó la carnaza afuera;
¡Oh maldito borceguí!
  Púsome el cuerno un traidor
Mercadante corchapin;
Que tiene bolsa en Oran
É ingénio en Mazalquivir;
  Rico es y mazacote
De los más lindos que ví,
Precioso, pero pesado
Como palo de Brasil.
  ¡Oh interés, y cómo eres,
Ó por fuerza ó por ardid,
Para los diamantes sangre,
Para los bronces buril!
  Déme Dios tiempo en que pueda

Tus proezas escribir,
Y quítemelo en buen hora
Para los hechos del Cid.
Y vos, tronco, á quien abraza
La más lujuriosa vid
Que este lagrimoso valle
Ha sabido producir,
Vivid en sabrosos nudos,
En dulces trepas vivid
Siempre juntos, á pesar
De algun loco paladin.

## LXXI.

Comadres, las mis comadres,
Con quien tuve, no lo niego,
Correspondencias quebradas
Tocantes al trato muerto;
Mucho del bello placer
Y mucho del placer bello,
Que si triaca me distes
Ponzoña bebí primero;
Todas mezclais ¡mal pecado!
Favores con menosprecios,
Esperanzas con agravios,
Con fé grande, grandes celos.
Oidme si estais despacio;
Que os doy voces desde lejos,
Sentado al tronco de un pino,
Testigo de mi destierro.
Ya sabeis que entre vosotras
Tuve solaces diversos,

En verano en lo regado
Y en el hogar el invierno;
Y que en Marzo entre mis arcas
Anduvo tan grande cierzo,
Que de ellas me aventó el oro
De la hija de mi suegro.
Para pagar este soplo
Vine á vender mis barbechos;
De ellos la cadena sale;
Los botones ya los tengo.
Esto, amigas y señoras,
Se quede aquí, porque quiero
Deciros cuál volveré
Ante vuestro acatamiento;
Porque si me reservais
De algunos forzosos censos,
Visite vuestros estrados,
Y si no, que huya de ellos.
En las fiestas de tres altos
Sortijas, toros, torneos,
Del libro de vuestros vivos
Me podreis borrar por muerto;
Que si me pedís ventanas,
Diré que veais los juegos
En las de vuestras narices,
Puestas en el primer suelo.
Comedia con arrequives
De soledad y aposento
Para las graves y esotras
Alhombra con silla en medio.
Merienda, rios, aguadores

Que porteen vuestros cuerpos,
Puerta de Guadàlajara
Y tercios de cara os vedo;
  Porque la media ataujia,
Medida con flacos dedos,
Helada, espumilla y córtes
No lo sufre mi decreto.
  La preñada que tuviere
Antojos de terciopelo,
Que los trueque en damerías,
Vinagre, barros ó yeso;
  Si el sábado la toquera
Ó el portugués que dá lienzo
Viniere estando yo allí,
Que pagueis sin pedir trueco;
  Que aunque pasen por la calle
Innumerables fonteros
No despleguéis vuestras bocas,
Y el por qué á mi Dios lo dejo.
  En pago de esta exencion,
Obligo mi pobre pecho
Á todos los menoscabos
Que puede sufrir un ciervo.
  Ellas son bajezas grandes,
Yo pecador las confieso;
Más contra necesidades
¿Qué pundonor habrá enhiesto?
  Si estando yo con vosotras
Viniesen vuestros don Diegos,
Que como á piedra sin fruto
Me lanceis á cualquier centro;

Que no llame á vuestras puertas
Si no de tal á tal tiempo,
Porque no espante la caza
Si aguardais penantes frescos;
Que aunque seais más comunes
Que fué la estrella de Vénus,
Jure que estais más cerradas
Que en Vizcaya los conceptos;
Que no tome silla baja
Ni os pueda tocar el pelo,
Hasta que con castañeta
Me llameis como á podenco;
Que aunque necias y afeitadas
Estéis, os salude el gesto
Como en Franca, y os escuche
Seis horas sin rallo en medio.
No se ha visto sufridor
En todo el mundo universo,
Cuya paciencia por yunque
Quebrante tan pocos yerros.
Prolijo he sido, señoras;
Que como estoy en el yermo,
Ajeno de ocupaciones,
Escribo más que diez presos.
Pues teneis más secretarios
Que tiene el mundo secretos,
Respondedme, aunque negueis
La paz de nuestros conceptos.
De esta tierra bruta y sola
Á dos del mes en que el cuerno
Derrama Amaltea hermosa,

De fruta y de flores lleno.

## LXXII.

Apeóse el caballero
(Víspera era de San Juan)
Al pié de una peña fria,
Que es madre de perlas ya,
Tan liberal, aunque dura,
Que al más fatigado más
Le sirve en fuente de plata
Desatado su cristal.
Lisongeado del agua,
Pide al sol, ya que no paz,
Templadas treguas al menos,
Debajo de un arrayan.
Concedióselas, cuando
Vió venir de un colmenar
Muchos siglos de hermosura
En pocos años de edad,
Con un cántaro una niña,
Dígo, una perla oriental,
Arracada de su aldea,
Si no lo es de la beldad.
Cantando viene contenta,
Y valiente por su mal
(Clavija hecha instrumento),
Este atrevido cantar:
«Al campo te desafia
La colmeneruela;
Vén, Amor, si eres dios, y vuela;
Vuela, Amor, por vida mia;

Que de un cantarillo armada,
En la estacada
Mi libertad te espera cada dia.
»Este cántaro que ves
Será contra tu fiereza
Morrion en la cabeza,
Y embrazándolo, pavés.
Si ya tu arrogancia es
La que solia,
Al campo te desafia
La colmeneruela;
*Vén*, *Amor*, etc.»
Saludóla el caballero,
Cuyo sobresalto al pié
Grillos le puso de hielo,
Y yendo á limallos él,
Amor, que hace donaire
Del más bien templado arnés,
Embebida ya en el arco
Una saeta cruel,
Perdona el pavés de barro,
No á la que embraza al pavés,
Escondiéndole un arpon
Donde las plumas se ven.
Llegó el galan á la niña,
Y en un bello rosicler
Convirtió el color morado,
Y saludóla otra vez.
Ella, que sobre diamantes
Tremolar plumajes vé
Y brillar espuelas de oro,

Dulce le miró y cortés.
  Lo lindo al fin, lo luciente,
Si la saeta no fué,
Esta lisonja afianza,
Que ella escucha sin desdén:
  «Colmenera de ojos bellos
Y de labios de clavel,
¿Que hará aquel
Que halla flechas en aquellos
Cuando en estos busca miel?
Dímelo tú, y sépalo él;
Dímelo tú, si no eres cruel.
  »Colmeneruela animosa
Contra el hijo de la diosa,
Si vé tus ojos divinos
Y esos dos claveles finos,
*¿Qué hará aquel*, etc.»
  Desde el árbol de su madre,
Trincheado Amor alli,
Solicita la venganza
Del montaráz serafin.
  Segunda flecha dispara,
Tal, que con silbo sutil
Las plumas de la primera
Las viste de carmesí.
  Tomóla el galan la mano,
Cometiéndola á un rubí
Que le prenda el corazon
En un dedo de marfil.
  La sortija lo ejecuta,
Y Amor, que fuego y ardid

Está fomentando en ella,
Le hace decir así:
«Tiempo es, el caballero,
Tiempo es de andar de aquí,
Que tengo la madre brava,
Y el veros será mi fin.»
Él, contento, fia su robo
De las ancas de un rocin;
Y ella, amante, ya en su fuga
Del caballero gentil.
«Decilde á su madre, Amor,
Si la viniere á buscar,
Que una abeja le lleva la flor
A otro mejor colmenar;
Picar, picar,
Que cerquita está el lugar.
»Decilde que no se aflija,
Y perdone al llanto tierno,
Pues grangeó galan yerno
Cuando perdió bella hija.
»El rubí de una sortija
Se lo podrá asegurar,
*Que una abeja le lleva la flor*
*Á otro mejor colmenar.»*

## LXXIII.

Al campo salió el estío
Un serafin labrador,
Que el sol en su mayor fuerza
No puede ofender al sol,
Bien que de su blanca frente

Ventecillo adulador,
Si aljófares suda el nácar,
Aljófares le enjugó.
  A dorar, pues, con su luz
Tantas espigas salió,
Cuantas al pié se le inclinan
Sin esperar á la hoz;
  Que no puede una beldad,
Si la tierra dos á dos
Emulos lilios aborta
Del pié que los engendró;
  Porque no pise rastrojos
La alba de Villa Mayor,
Sol de Uclés, y de Cupido
El más luciente arpon.

SEGADOR. *¿Á qué salió, Amor, me digas,*
*Tu mayor gloria?*
AMOR. *Á segar*
*Más almas con el mirar*
*Que tú con la hoz espigas.*
SEGADOR. Si lo mejor ya te dí
Que en tus altares humea,
Vuelva hoy, Amor, á la aldea
Tan libre como salí.
AMOR. ¿Tienes alma?
SEGADOR. Creo que sí.
AMOR. Pues ¿qué aguardas, segador,
Si yo, con ser el Amor
Sus armas temo enemigas?
SEGADOR. *¿Á qué salió, Amor, me digas,*
*Tu mayor gloria?*

AMOR. *Á segar*
*Más almas con el mirar*
*Que tú con la hoz espigas.*

# LXXIV.

Contando estaban sus rayos
Aún las más breves estrellas
En el cristal que guarnecen
Los claros muros de Huelva,
Cuando á las serenidades
Cometieron dulce ofensa,
De la playa y de la noche
Poco leño y muchas quejas.
*¡Ah cómo gime,*
*Más ¡ay cómo suena*
*El remo á que nos condena*
*El niño Amor!*
*Clarín que rompe el albor*
*No suena mejor.*
Quejas de un pescadorcillo,
Honor de aquella ribera,
Que una roca solicita,
Sorda tanto como bella.
Con un remo y otro creo
(Ondas terminando y tierra)
Que su fé escribe en el agua,
Que su fé, escribe en la arena.
*¡Ay cómo gime!*
*Más ¡ay cómo suena*
*El remo á que nos condena*
*El niño Amor!*

*Clarin que rompe el albor*
*No suena mejor.*
Lisonja del Occéano
Fué, y de la noche tambien,
Cuanta celebra beldad
Y cuanto acusa desdén.
Del llanto pues numeroso
Lo que pudo recoger,
Apesar de las tinieblas,
Eco piadoso, esto fué:
*Viva mi fé,*
*Viviré como desdichados,*
*Viviré,*
*Moriré.*
Dulce escollo, que aun agora
Raya el sol que no se vé,
Viva mi fé.
Si eres alabastro el pecho,
Cuando no cristal el pié;
*Viviré como desdichado.*
¿Qué roca de tí no sabe
Aun más de lo que yo sé?
*Viva mi fé.*
Pues tu nombre en tu dureza
Con tu dureza grabé,
*Viviré como desdichado.*
Desátenme ya tus rayos;
Que no los perdonaré.
*Viva mi fé.*
Sepulcro el mar á su abuelo,
Si no á Licidas, le dé,

*Viviré como desdichado.*

Salió Cloris de su albergue,
Dorando el mar con su luz,
Por señas que á tanto oro
Holgó el mar de ser azul.

Cáñamo anudando, engaña
El ejercicio comun,
Esto fiando del viento,
Y él lo escuchó con quietud:

»*Pues nacistes en el mar*
*Nadad, Amor, ó creed*
*Que os ha de pescar la red*
*Que veis agora anudar.*
*Par, par, par;*
*Que vuela y sabe nadar.*

»Ciego nieto de la espuma
Par, par, par;
Mónstruo con escama y pluma,
Par, par, par;
Nadad, pez, y volar, pato,
Par, par, par;
Que en estas redes que trato
El pato habeis de pagar.

«*Pues nacistes en el mar,*
*Nadad, Amor, ó creed*
*Que os ha de pescar la red*
*Que veis agora anudar*
*Par, par, par;*
*Que vuela y sabe nadar.*

# LXXV.

## Cuando estuvo en Cuenca D. Luis.

En los pinares de Júcar
Ví bailar unas serranas
Al son del agua en las piedras
Y al son del viento en las ramas.
No es blanco coro de ninfas
De las que aposenta el agua
Ó las que venera el bosque,
Seguidoras de Diana.
Serranas eran de Cuenca,
Honor de aquella montaña,
Cuyo pié besan dos rios
Por besar dellas las plantas.
Alegres corros tegian,
Dándose las manos blancas
De amistad, quizá temiendo
No la truequen las mudanzas.
*¡Qué bien bailan las serranas,*
*Qué bien bailan!*
El cabello en crespos nudos
Luz dá al sol, oro al Arabia,
Cuál de flores impedido,
Cuál de cordones de plata.
Del color visten del cielo,
Si no son de la esperanza,
Palmillas que menosprecian
Al zafiro y la esmeralda.
El pié (cuando lo permite

La brújula de la falda)
Lazos calza, y mirar, deja
Pedazos de nieve y nacar.
  Ellas, cuyo movimiento
Honestamente levanta
El cristal de la coluna
Sobre la pequeña vara,
  *¡Qué bien bailan las serranas!*
*¡Qué bien bailan!*
  Una entre los blancos dedos
Hiriendo lisas pizarras,
Instrumentos de marfil,
Que las musas lo envidiaran,
  Las aves enmudeció
Y enfrenó el curso del agua;
No se movieron las hojas,
Por no impedir lo que canta:
  *Serranas de Cuenca*
*Iban al pinar,*
*Unas por piñones,*
*Otras por bailar.*
  Bailando y partiendo
Las serranas bellas
Un piñon con otro
Si ya no es con perlas,
  De amor las saetas
Huelgan de trocar,
*Unas por piñones,*
*Otras por bailar.*
  Entre rama y rama
Cuando el ciego Dios

Pide al sol los ojos
Por verlas mejor,
  Los ojos del sol
Las vereis pisar
*Unas por piñones*
*Otras por bailar.*

## LXXVI.

  En el baile del egido
(Nunca Menga fuera al baile)
Perdió sus corales Menga
Un disanto por la tarde (1).
  Dicen que se los dió en ferias
Tres ó cuatro dias antes
El Píramo de su aldea,
El sobrino del alcalde.
  Los corales no tenian
Los estremos que ella hace,
Y porque de cristal fuesen,
Lloró Menguilla cristales.
  *¿Quién oyó, zagales,*
*Desperdicios tales,*
*Que derrame perlas*
*Quien busca corales?*
  Veinte los buscan perdidos,
Y no es mucho en casos tales,
Que un perdido haga veinte,
Pues un loco ciento hace.
  En el egido los buscan;

(1) Otros leen: *un dia santo.*

Que yendo Menga á lavarse,
Se los dejó entre la juncia
Del arroyo de los sauces,
  Do en pago de su blancura
Menosprecian arrogantes
Blancas espumas que orlan (1)
El verde florido márgen;
  Que la nieve es sombra oscura
Y el marfil negro azabache
Con la garganta de Menga,
Coluna de leche y sangre.
  *¿Quién oyó, zagales*, etc?
  Ya el cura se prevenia
De los antojos, que saben
En rúbricas coloradas
Hacer las letras mas grandes,
  Cuando albricias pidió á voces
Bartolillo con donaire,
Por haber hallado Menga
En sus labios sus corales.
  Los ojos fueron de antojos,
Los que descubrieron antes,
En la juncia los claveles,
En la arena los granates.
  Y viendo purpurear;
Las rojas prendas del ángel,
Al son dijo del salterio
Que tañia Gil Perales;
  *¿Quien oyó, zagales*

(1) Otros dicen: *que tenia.*

*Desperdicios tales,*
*Que derrame perlas*
*Quien busca corales?*

## LXXVII.

Los montes que al pié se lavan
En los cristales del Tejo
Cuando las frentes se miran
En los záfiros del cielo,
Tiranizados tenia
Un cerdoso animal fiero,
Terror del campo y ruina
De venablos y de perros.
Buscándolo errante un dia,
Perdido un galan montero,
Segunda envidia de Marte
Primer Adonis de Vénus,
Escalando la montaña
Y penetrando sus senos
Lo dejó la blanca luna
Y lo halló el luciente Febo.
*¡Oh, perdido primero*
*Tras un jabalí fiero,*
*No te pierdas agora*
*Tras esa que te huye cazadora!*
La luz le ofreció una ninfa,
Que en duda pone á los cerros
Á cual se deben sus rayos,
Al sol ó á sus ojos bellos.
De tres arcos viene armada,
El uno contra los ciervos,

Contra los hombres los dos
Blanco el uno, los dos negros.
De un cordon atraillado
Un diligente sabueso,
El viento solicitaba,
Y desafiaba el viento;
Apenas vió el jóven cuando
Las cumbres vence huyendo
Él la sigue, ambos calzados,
Ella plumas y el deseos.
*Oh perdido*! etc.
Flores le valió la fuga
Al fragoso verde suelo,
Varias de color, y todas
Hijas de su pié ligero.
Á las malezas perdona
Mal su fugitivo vuelo,
Ellas, sí, al coturno de oro
Engastes al cristal tierno
«¡Oh cobarde hermosura!
Dice el garzon sin aliento,
No huyas de un hombre más
Que sabes huir del tiempo.»
Volviendo los ojos ella
Por flecharle más el pecho,
De que le alcance aun la voz
Acusa al aire con ceño.
*¡Oh, perdido primero*
*Tras un jabalí fiero,*
*No te pierdas agora*
*Tras esa que te huye cazadora!*

## LXXVIII.

Sin vela y sin esperanza
Rompe el mal seguro leño
Su serenidad al mar,
Y á la noche su silencio;
Un pobre pescadorcillo,
Ausente de sus deseos
Lo que hay del mar andaluz
A los valencianos senos,
A calar salió sus redes;
Mas el hijuelo de Vénus,
Suspendiéndole de oficio,
Le condenó á pensamientos.
A dulces memorias dado,
Y arrebatado á su cielo,
Los remos deja á las aguas
Y la rey ofrece al viento.
*¡Barquero, barquero,*
*Que se llevan las aguas los remos!*
No teme enemigas velas
Ó de renegado griego
Ó de enemigo pirata
De la laguna al estrecho;
Porque el amor lo asegura,
Que no hay corsario tan fiero,
Que para un cuerpo sin alma
Embista un bajel sin dueño.
Y así la incierta derrota
Prosigue, velando en sueños,

Animosamente vivo
Humilde pescador muerto.
  Lágrimas vierten sus ojos,
Suspiros lanza su pecho
Por pagar al mar y al aire
Forzados y marineros.
  *¡Barquero, barquero,*
*Que se llevan las aguas los remos!*

## LXXIX.

  En dos lucientes estrellas,
Y estrellas de rayos negros,
Dividido he visto el sol
En breve espacio de cielo.
  El luciente oficio hacen
De las estrellas de Vénus,
Las mañanas como el alba,
Las noches como el lucero.
  Las formas perfilan de oro,
Milagrosamente haciendo,
No las bellezas oscuras,
Sino los oscuros bellos;
  Cuyos rayos para él
Son las llaves de su puerto,
Si tiene puertos un mar
Que es todo golfo y estrechos.
  Pero no son tan piadosos,
Aunque sí lo son, pues vemos
Que visten rayos de luto
Por cuantas vidas han muerto.

## LXXX.

Cloris el más bello grano,
Si no el más dulce rubí
De la Granada á quien lame
Sus cáscaras el Genil,
Enjaulando unos claveles,
Estaba en el Jaraguí,
Purpúreas aves con hojas,
Muda pompa del Abril,
Bien que muda su fragancia
Era un canoro ámbar gris,
Que ella no oye por ser roma,
Sorda, digo, de nariz.
De cañas labra sutiles
Prision tan cerrada al fin,
Que el aire dudaba entrar
Porque dudaba salir.
Entre estos nudos abeja,
Que haciendo puntas mil,
Tratar quiso como á flor
Un ruiseñor carmesí,
Pagára su golosina
Al cerrar la clave, si
En el quinto no pecára
Mandamiento de marfil.
Un dedo picó, el menor
De la arquitecta gentil,
Juzgándolo quinta hoja
De una blanca flor de lís.

Cuánto lo siente la moza
Otro lo diga por mí,
Que de casos criminales
Soy coronista civil.
Lloró aljófar, lloró perlas,
Pienso yo que un celemin,
Y aun este *pienso* no es mio,
Puntualmente fué así.
Discursos ha hecho el ócio,
Y aun se ha dejado decir
Que la abejuela era breve
Y el ceguezuelo ruin.
Mal venerado el Amor
Deste romo serafin,
Sus armas envainó todas
En el aguijon sutil.
Ganando, pues, cielo á dedos
El rapaz con este ardid,
Perdió Cloris tierra á palmos
Entre uno y otro alhelí.
Solicitábala entonces
El señor don Belianís,
Mostachos hasta los tufos,
Con rumbos de paladin.
Tenia de mal francés
Lo que de obispo Turpin,
Y en español la dejó
Trompa hecha de París.
Dió pares luego uno á Francia
Que estaba lejos de allí,
Si no al Darro, al Dauro digo,

Y aun güele mal en latin.
  Glorioso cupidillo,
En las ramas de un jazmin
Colgando sus agridulces
Instrumentos de herir,
  Á enjaular flores convida
Las damas del Zacatin
En cañas cuantas refinan
Los trapiches de Motril.

## LXXXI.

  Por una negra señora
Un negro galan doliente
Negras lágrimas derrama
De un negro pecho que tiene.
  Hablóle una negra noche,
Y tan negra, que parece
Que de su negra pasion
El negro luto le viene,
  Lleva una negra guitarra,
Negras las cuerdas y verdes,
Negras tambien las clavijas,
Por ser negro el que las tuerce.
  «Negras pascuas me dé Dios,
Si más negro no me tienen
Los negros amores tuyos
Que el negro color de allende.
  »Un negro favor te pido,
Si negros favores vendes,
Y si con favores negros
Un negro pagarse debe.»

La negra señora entonces,
Entafada del negrete,
Con estas negras razones
Al galan negro entristece:
«Vaya muy en hora negra
El negro que tal pretende,
Que para galanes negros
Se hicieron negros desdenes.»
El negro señor éntonces,
No queriendo ennegrecerse
Mas de lo negro, quitóse
El negro sombrero y fuese.

## LXXXII.

En aquel siglo dorado,
Cuando floreció Amadis
Y el mes de Mayo vivia
Pared en medio de Abril,
En unas vistas secretas
Detrás de un zaquizamí,
De la sabijonda Urganda
Tuvo un hijo Gaudalin,
Mas valiente que Macías,
Mas derretido que el Cid,
Más sabido que Roldan,
Más membrudo que Merlin.
Este andaba á caza y pesca
Por la orilla del Genil,
En la mano esparavel
Y en los hombros un neblí.
Al filo de medio dia,

No más que por su nariz,
Señalaba las doce horas
En el tronco de un brasil;
  Á la sombra que hacian
Cuatro flores de alhelí,
Aquejado de la hambre,
Que era comedor gentil,
  Sacó poquito á poquito
De las bolsas de un cojin
Dos varitas de virtudes
De traza y valor sutil;
  Y vuelta la cara al cielo,
Porque habia de estar asi
Tomando la mayor de ellas,
Le comenzó de decir:
  «Varica, la mi varica,
Por la virtud que hay en tí
Pues que gerigonza entiendes,
Que me traigan que mugir.»
  Apenas cerró los labios,
Cuando al son de un añafil
Vió ponerse unos manteles
De delgado caniquí,
  Un barril de vino blanco
Y de tinto otro barril,
Del metal de las entrañas
Del cerro de Potosí;
  Dos cuchillos de Malinas
Y un salero de marfil
Y un platillo de ensalada
De yerbas trescientas mil;

Entre dos roscas de Utrera,
Que por estos ojos ví,
Unas lonjas de tocino
Como corchos de chapin,
Desde aquí á las aceitunas
No les dió merienda ansí
El bruto Sardanápalo
Al Gran Turco y al Sofí.
Estando la mesa puesta,
Poblada de lo que oís,
Debiera comerlo solo,
Más no lo pudo sufrir;
Y volviendo á ver al cielo,
Porque habia de estar así,
Á la segunda varica,
Le dice el mozo Celin;
«Así te otorguen los cielos
De venturas un cahíz,
Que me traigas una dueña,
Con quien mis dichas partir.»
Fué á revolver la cabeza
Y vido cerca de sí
La doncella Dinamarca
Atándose un cenojil;
Y aunque se habian ya visto
En las salas de Paris,
Mirábanse el uno al otro
Y hartábanse de reir.

## LXXXIII.

Con ropilla y sin camisa,

No por falta de tenella,
Que una que le dió su madre
Le perdió la lavandera,
  Su jubon por zaragüelles
Y el sombrero por chinelas,
Y por reposo del cierzo
Una capa de bayeta;
  Al sol, que muerto de risa,
De lástima le calienta
Esto cantaba Fernandez
Cosiendo sus pedorreras:
  «Desdichado del hidalgo
Que con sobra de nobleza
Y con falta de dinero
Viene á pleitear á esta tierra.
  »Soy de Cangas de Tineo,
Desciendo por línea recta
Del infante Don Pelayo;
¡Ved que honrada descendencia!
  »Y agora por mi desdicha
Venido soy á esta tierra,
Dó traigo sobre una moza
Un pleito con una vieja.
  »Levantóme la falsaria
¡Jesucristo me defienda!
Que fuí malo de mi cuerpo
En un molino con ella.
  »Y aunque el falso testimonio
No para aquí, porque llega
Á que con doce testigos
Prueba que estaba doncella.

»No sé quién jurar tal pudo,
¡Defienda Dios mi inocencia,
Que bien sé que soy de carne
Y tengo algunas flaquezas,
»Más, decid, testigos falsos,
¿Cuándo en Castilla la Vieja
Vído el cielo cuervos blancos
Ni doncellas montañesas?
»Dejando el pleito á una parte
Ya que el pleito no me deja,
Aunque no para medrar,
Para echar la sarna afuera,
»Á ruego de buenos hombres,
¡Pluguiera á Dios no los viera!
Asente con un pleiteante
En San Martin de la Vega.
»Por la costa concertarios
De serville esta cuaresma,
Dó á pura fuerza de ayunos
Me han convertido en poeta.
»Pensarán que estoy burlando;
Pues no es así como quiera,
Que del trato de mi amo
Hago agora una comedia.
»Toda la primer jornada
Trata de que nunca almuerza,
La segunda que no come,
La tercera que no cena.»

FIN.

# ÍNDICE.


PÁGINAS.

Biografía ........ V
Sonetos ........ 1

## Canciones.

I. *A la Armada* INVENCIBLE. —Levanta, España, tu famosa diestra ........ 34
II. *Al sepulcro de Garcilaso de la Vega*—Piadoso hoy celo culto. 37
III. *A los Lusiadas de Camoens.*—Suene la trompa bélica ...... 38
IV. Corcilla temerosa ........ 40
V. *A D. Diego Lopez de Haro.*—Donde las altas ruedas ........ 42
VI. Vuelas, oh tortolilla ........ 43
VII. Del mar y no de Huelva ........ 44
VIII. *A una dama presentándola unas flores.*—De la florida falda. 45
IX. Dichosa pastorcilia ........ 45
X. *A una golondrina.*—A la pendiente cuna ........ 47
XI. Tenia Mari-Nuño una gallina ........ 48

## Tercetos burlescos.

A lo poco que hay que fiar de los favores de los príncipes cortesanos.—¡Mal haya el que en señores idolatra! ........ 50
Fábula de Polífemo y Galatea ........ 54

## Décimas.

I. *Amorosas.*—Flechado vi con rigor ........ 70
II. *Otras.*—Pintado he visto al Amor ........ 72
III. *Líricas.*—El pensar como pensar ........ 73
IV. *Fúnebres.*—A la muerte de D. Rodrigo Calderon—Cuanto el acero fatal ........ 74
V. *Contra las costumbres.*—Ya de mi dulce instrumento ........ 75
VI. *Otras.*—Cuán venerables que son ........ 78
VII. *Contra los que dijeron mal de las Soledades.*—Por la estafeta he sabido ........ 79
VIII. *A una dama sevillana.*—Con la estafeta pasada ........ 80
IX. ¡Oh jurisprudencia, cual ........ 80

PÁGINAS.

X. *A la muerte del Conde de Villamediana.*—Mentidero de Madrid.... 81
XI. *A un poeta.*—Ya de las fiestas Reales.... 81

## Letrillas.

I. Aprended, flores, de mí.... 82
II. La vaga esperanza mía.... 83
III. *A un Fulano de Arroyo.*—Arroyo ¿en qué ha de parar.... 84
IV. *A dos hijos de un zapatero.*—Los dineros del sacristan.... 85
V. Dineros son calidad.... 88
VI. Si las damas de la córte.... 89
VII. Un buhonero ha empleado.... 90
VIII. Cada uno estornuda.... 93
IX. Que pida á un galan Menguilla.... 94
X. Ande yo caliente.... 98
XI. Da bienes fortuna.... 100
XII. Que pretenda el mercader.... 101
XIII. Que haya gustos en la villa.... 102
XIV. En la almoneda.... 104
XV. Tenga yo salud.... 106
XVI. Todo el mundo está trocado.... 107
XVII. Que tenga el engaño asiento.... 110
XVIII. Hay unos hombres de bien.... 112
XIX. De unos enigmas que traigo.... 114
XX. Ya que rompí las cadenas.... 116
XXI. Mo me llame fea, calle.... 118
XXII. Cual más, cual menos.... 119
XXIII. De aquel buen siglo dorado.... 121
XXIV. No vayas, Gil, al sotillo.... 123
XXV. Háganme tantas mercedes.... 124
XXVI. Digamos de lo que siento.... 125
XXVII. Hermosa es y con dinero.... 126
XXVIII. Que un galan enamorado.... 127
XXIX. Allá darás rayo.... 129
XXX. Manda amor en su fatiga.... 130

## Romances.

I. Aquí entre la verde juncia.... 132
II. Aquel rayo de la guerra.... 134
III. Famosos son en las armas.... 138
IV. Las flores del romero.... 141
V. Servia en Orán al Rey.... 142
VI. Entre los sueltos caballos.... 144
VII. Ciego que apuntas y atinas.... 148
VIII. En el caudaloso rio.... 149

PÁGINAS.

IX. Segun vuelan por el agua.................................. 151
X. La más bella niña.................................. 154
XI. Frescos airecillos.................................. 156
XII. *A Angélica y Medoro.*—En un pastoral albergue............ 160
XIII. Esperando están la rosa.................................. 164
XIV. *A la ciudad de Granada.*—Ilustre ciudad famosa.......... 167
XV. Levantando blanca espuma.................................. 175
XVI. Amarrado á un duro banco.................................. 177
XVII. *Continuacion del anterior.*—La desgracia del forzado....... 178
XVIII. Tú, noche, que alivias.................................. 180
XIX. Jueves era, jüeves.................................. 185
XX. Junto á una fuente clara.................................. 187
XXI. ¡Oh cuán bien que acusa Alcino.................................. 189
XXII. Lloraba la niña.................................. 190
XXIII. Guarda corderos, zagala.................................. 191
XXIV. Saliéndome estotro dia.................................. 193
XXV. Conocidos mis deseos.................................. 195
XXVI. Cloris divina en todo.................................. 197
XXVII. En lágrimas salgan mudos.................................. 199
XXVIII. La cítara que pendiente.................................. 200
XXIX. *A la batalla de Lepanto.*—Desbaratados los cuernos........ 202
XXX. Castillo de San Cervantes.................................. 203
XXXI. Los rayos le cuenta al sol.................................. 206
XXXII. Las redes sobre el arena.................................. 207
XXXIII. En tanto que mis vacas.................................. 209
XXXIV. No me bastaba el peligro.................................. 211
XXXV. Criàbase de Albanes.................................. 213
XXXVI. Al pié de un árbol robusto.................................. 214
XXXVII. *A tres damas de Palacio.*—Las tres auroras que el Tajo.... 215
XXXVIII. Menguilla la siempre bella.................................. 216
XXXIX. Porque corre á despeñarse.................................. 220
XL. Por las faldas del Atlante.................................. 221
XLI. La más lucida belleza.................................. 223
XLII. En la beldad de Jacinta.................................. 226
XLIII. Lluvias de Mayo y de Octubre.................................. 228
XLIV. De Tisbe y Píramo quiero.................................. 230
XLV. *A la fábula de Píramo y Tisbe.*—La ciüdad de Babilonia.... 231
XLVI. Tendiendo sus blancos paños.................................. 248
XLVII. ¡Qué necio que era yo antaño.................................. 252
XLVIII. *A la fábula de Leandro y Ero.*—Aunque entiendo poco griego 255
XLIX. *Continuacion del anterior.*—Arrojóse el mancebito......... 262
L. Agora, que estoy despacio.................................. 266
LI. Triste pisa y afligido.................................. 270
LII. Hermana Marica.................................. 272
LIII. Hánme dicho, hermana.................................. 275

| | | PÁGINAS. |
|---|---|---|
| LIV. | Diez años vivió Belerma | 283 |
| LV. | Noble desengaño | 288 |
| LVI. | Murmuraban los rocines | 291 |
| LVII. | Que se va la Páscua, mozas | 297 |
| LVIII. | Labrando estaba Artemisa | 299 |
| LIX. | Recibí vuestro billete | 301 |
| LX. | A mis señores Poetas | 303 |
| LXI. | De amor con intercadencias | 307 |
| LXII. | Así Riselo cantaba | 310 |
| LXIII. | Mil años há que no canto | 313 |
| LXIV. | Pensó rendir la mozuela | 317 |
| LXV. | A vos dijo, señor Tajo | 321 |
| LXVI. | Manzanares, Manzanares | 322 |
| LXVII. | Erase una vieja | 325 |
| LXVIII. | Al pié de un álamo negro | 326 |
| LXIX. | Ensíllenme el asno rucio | 330 |
| LXX. | Dejad los libros agora | 333 |
| LXXI. | Comadres, las mis comadres | 337 |
| LXXII. | Apeóse el caballero | 341 |
| LXXIII. | Al campo salió el estío | 344 |
| LXXIV. | Contando estaban sus rayos | 346 |
| LXXV. | *Cuando estuvo en Cuenca D. Luis.*—En los pinares de Júcar | 349 |
| LXXVI. | En el baile del egido | 351 |
| LXXVII. | Los montes que al pié se lavan | 353 |
| LXXVIII. | Sin vela y sin esperanza | 355 |
| LXXIX. | En dos lucientes estrellas | 356 |
| LXXX. | Cloris el más bello grano | 357 |
| LXXXI. | Por una negra señora | 359 |
| LXXXII. | En aquel siglo dorado | 360 |
| LXXXIII. | Con ropilla y sin camisa | 362 |

